

HARLEQUIN®

Deseo®

UN CASO PERDIDO

Connie Flynn

Cuando Ducan Mulcahey, empedernido soltero, descubrió que su dulce había robado un antigua vestido de novia, hizo lo que habría hecho cualquier buen hijo: encubrirla. Pero la atractiva investigadora de seguros Vicky Deidrich estaba tras el caso, decidida a no darle respiro…



Connie Flynn

Un caso perdido

Deseo - 987

ePub r1.0
LDS 11.11.18

Capítulo Uno

¿Quién en su sano juicio habría decidido instalar las oficinas allí abajo?, se preguntó Vicky Deidrich, irritada, mientras caminaba por los oscuros pasillos de los sótanos del museo Horace Whitfield en busca de un escurridizo demandante.

Y sintiéndose un tanto inquieta al respecto.

Se detuvo un momento para dejar que sus pies se recuperaran un poco y miró la lista que sostenía en la mano. Allí estaba. Profesor Duncan Mulcahey, sótano 33. Aquel era el lugar, sin duda.

La primera planta del museo era un lugar aireado, espacioso y animado, sobre todo gracias a la colorida exposición del día de San Valentín, pero el hombre al que perseguía había decidido elegir el sótano.

Guardó la lista de empleados del museo en el bolsillo lateral de su cartera de trabajo. Estaba a punto de volver a ponerse en marcha cuando unos pasos que se acercaban le hicieron sentir un repentino pánico. La etiqueta de Visitante que llevaba sujeta a la solapa no le daba derecho a estar en el sótano del museo, de manera que se situó rápidamente tras una gruesa columna de cemento y se asomó a mirar discretamente. A la escasa luz de las bombillas del techo vio a un hombre que avanzaba hacia ella con la mirada fija en el suelo. Pasó rápidamente en dirección a las escaleras, y Vicky solo pudo captar una marca de nacimiento en su barbilla en forma de media luna y una nariz prominente y aguileña.

Luego se esfumó.

Vicky dejó escapar un gemido. ¡Ese podía ser el hombre al que buscaba! Después de todo, su jefa tenía razón. Le faltaba valor. Nervio. Agallas. Y todo lo necesario para conseguir que alguien firmara una reclamación. Más le valía irse de Denver. Sus días como

perito de la compañía de seguros Global Fidelity Mutual estaban contados. En cualr quier caso, estaba claro que no merecía ascender a investigadora.

Recordándose que las auto recriminaciones no servían para nada, y que Ida no le había dicho en ningún momento que su trabajo peligrara, decidió que lo único que podía hacer era seguir buscando el despacho del profesor Mulcahey.

Siguió avanzando con paso decidido, mirando a derecha e izquierda en busca de la puerta de algún despacho. Sus pasos resonaban inquietantemente en el lúgubre pasillo, acrecentando sus nervios, pero ofreciéndole también cierta satisfacción mientras rebatía las acusaciones de Ida al ritmo que sus altos tacones golpeaban el suelo.

Toc, toc. «Falta de iniciativa…» ¡Totalmente falso!

Toc, toc, toc. «Y de audacia…» Cierto, ¡pero groseramente injusto!

Toc, toc, toc, toc. «Debes arriesgarte más».

A aquellas críticas, su jefa había añadido que era demasiado respetuosa con la autoridad y que necesitaba demasiado asesoramiento. Buenas cualidades para una empleada de la compañía, pero no para una investigadora. Si quería aquel ascenso, debía desarrollar más astucia. En ocasiones, debía ser capaz de romper las reglas. Y el caso del vestido de boda Whitfield, aún abierto, era un ejemplo de cómo había fallado en mostrar aquellas habilidades.

Normalmente, a Vicky le gustaba su jefa, pero esta consideraba obligaciones cosas que ella consideraba cualidades personales. Equilibrada y constante; así era como se veía Vicky a sí misma, y hasta el pasado lunes por la mañana se sentía orgullosa de ello. Pero también había creído hasta ese momento que tenía asegurado el ascenso.

Estaba equivocada. No ascendería a menos que consiguiera que la demanda Whitfield quedara firmada esa semana.

Había ido tantas veces al museo durante los últimos días que el recepcionista ya la saludaba por su nombre antes de negarle educadamente acceso al despacho del director. Ya era viernes y aún no había conseguido ver al profesor Mulcahey.

Y ese desafortunado hecho la había impulsado a dar un paso

desesperado.

No podía olvidar la expresión del rostro de Greg cuando, simulando un tropiezo, había dejado que el contenido de su cartera cayera sobre el escritorio del sorprendido recepcionista. Si alguien descubría que había utilizado aquella treta para llevarse sin permiso una etiqueta de visitante y la lista de empleados del museo, Greg se vería metido en un buen lío.

Sin duda, con aquella hazaña ella había demostrado iniciativa y empuje. Pero lo cierto era que no se sentía especialmente bien por ello. Más bien, sentía que había cruzado una línea y que ya no podía dar marcha atrás.

Aquel ascenso significaba mucho para ella. Aunque estaba bastante segura de que no dependía exclusivamente de aquella única e insignificante demanda, también temía perder todas sus posibilidades de prosperar si fallaba.

Aquel pensamiento la impulsó a avanzar más rápido, a pesar de los molestos tacones altos que calzaba. No estaba dispuesta a permitir que un intelectual que se consideraba demasiado importante como para ocuparse de aquellas minucias se interpusiera en su camino.

¿Dónde diablos estaba aquella carta?

Duncan Mulcahey revisó una vez más las carpetas que había en el cajón archivador de su escritorio, aunque sin esperanzas reales de encontrar el documento en cuestión. Una sola hoja era todo lo que necesitaba, y estaba seguro de haberla guardado allí.

De manera que, ¿por qué no aparecía?

Frustrado, cerró el cajón con más fuerza de la necesaria. Había buscado por todas partes, incluso bajo el monitor de su ordenador. Ylos papeles que asomaban por los bordes de todos los cajones de su escritorio lo atestiguaban.

Sintió un enfado totalmente irracional hacia Horace Whitfield por haber muerto tan inconvenientemente el verano anterior. Si el viejo aún viviera, Duncan ni siquiera necesitaría la carta dando a su familia derechos sobre el vestido de boda, y tampoco estaría pasando por aquella molesta situación. Los herederos de Horace no habrían vendido el museo a la fría e impersonal sociedad Calwood Entertainment y él no se habría visto obligado a aceptar el puesto de director en funciones solo para asegurarse de que no lo ocupara

Alistair Shields, evitando así que este destruyera todo lo que tanto había valorado Horace.

Hacía unos momentos, Shields había entrado y salido a toda prisa de la oficina de Duncan, como un remolino de polvo, dejando a su paso un montón de pequeñas notas rosas sobre su escritorio. Duncan las recogió distraídamente y las colocó bajo la cabeza reducida que utilizaba como pisapapeles. No necesitaba mirarlas. Los veintitantos mensajes eran idénticos y procedían de la misma persona, una tal Vicky Deidrich, de la compañía de seguros Global Fidelity Mutual.

«Deja resuelta esa demanda», había exigido Shields, como si Duncan trabajara para él, y no al revés. Pero no estaba dispuesto a añadir el cargo de fraude a aquellos con los que podía acabar enfrentándose.

El vestido de boda desaparecido estaba causando más problemas a Duncan que el propio Shields, Calwood y toda una tribu de cazadores de cabezas juntos. Además, su hermana Meg había puesto el grito en el cielo porque no quería dejar que se lo pusiera durante la recepción de su boda.

Agotado, descansó los codos en el escritorio y apoyó la frente en las manos. Los continuos viajes del último mes le habían provocado un caso serio de desfase horaria. Necesitaba un respiro, pero ese no era el momento. La tarde anterior había recibido una llamada urgente de la Sociedad Histórica de Colorado alertándolo sobre una casa histórica en Idaho Springs que estaba a punto de ser demolida. Tras numerosas llamadas, Duncan había logrado que la empresa de demoliciones retrasara el trabajo hasta que él pudiera examinar el lugar. Y más le valía ponerse en marcha.

Tres días más, se dijo. Solo tres días más. Todo habría acabado el lunes. Lo único que debía hacer hasta entonces era evitar a la perito de la compañía aseguradora. Y ya que iba a pasar gran parte del día en Idaho Springs, suponía que no le iba a costar demasiado.

La idea de escapar y ocultarse no le gustaba, pero no tenía otra opción. Después de todo, ningún hijo de Irlanda sería capaz de denunciar a su propia madre por robo.

Tras dar un profundo suspiro, tomó su usado sombrero de gamuza y se dispuso a salir del despacho. Acababa de ponérselo cuando oyó que la puerta se abría. Solo Alistair Shields entraba en

su despacho sin llamar, y ya lo había hecho una vez ese día. No estaba dispuesto a pasar por alto que lo hiciera una segunda vez. Haciendo un esfuerzo por controlar su enfado, giró lentamente su silla y se encontró mirando el rostro de un ángel.

Cuando Vicky se encontró mirando aquellos ojos de color azul eléctrico, su corazón se detuvo un instante. De pronto se quedó sin habla.

Dios santo. ¿Acaso le atemorizaba encontrarse con aquel prestigioso arqueólogo y antropólogo?

Sin duda, era una posibilidad.

Había asistido durante años en horario nocturno a una academia especializada para estudiar arte, antigüedades y leyes de seguros, preparándose para su ascenso. Había leído el libro de texto de Duncan Mulcahey, e incluso intentó asistir a uno de sus infrecuentes seminarios. Las historias sobre sus proezas siempre la habían intrigado, a pesar de que las veía con bastante escepticismo.

¿De verdad habría luchado con un cocodrilo en el río Ganges? No creía que en el Ganges hubiera cocodrilos, de manera que debía tratarse de un caimán. En cualquier caso, la historia incluía mucha agua y un peligroso reptil.

Movió la cabeza. Lo único que necesitaba era su firma en una reclamación rutinaria. A fin de cuentas, aquello no era una entrevista de trabajo ni nada parecido, de manera que debía recuperar cuanto antes su voz.

—¿Se… señor… Mulcahey? —logró balbucear finalmente.

La expresión ceñuda de Duncan se transformó en otra más burlona. Se echó atrás el sombrero y miró a Vicky con curiosidad.

—Los visitantes no pueden bajar a este sótano, señorita. ¿Quiere que le muestre el modo de volver arriba?

Se levantó para acompañarla y ella volvió a quedarse muda al ver su impresionante estatura.

Siempre que había oído hablar de Duncan Mulcahey había tenido dos imágenes distintas, ambas de hombres mayores. Una era de un hombre ligeramente encorvado, un poco calvo, con gafas y una rebeca gris. La otra era la de un hombre cuyo rostro estaba curtido por el ardiente sol del desierto del Sahara o las zonas despobladas de Australia, vestido con uniforme de faena y casco de explorador.

Pero el hombre que tenía delante no se parecía a ninguna de aquellas imágenes. Tendría, como mucho, treinta y cinco años, era alto, con un porte que revelaba confianza en sí mismo, la mandíbula fuerte y cuadrada y los pómulos altos. El moreno de su piel enfatizaba una fina cicatriz blanca que corría diagonalmente a lo largo de su mejilla izquierda y le confería un aire ligeramente peligroso.

Un chaleco abierto de cuero mostraba una camisa azul clara. Vicky bajó la mirada hasta sus esbeltas caderas, enfundadas en unos ceñidos vaqueros. Tratando de convencerse de que no estaba mirando lo que estaba mirando, alzó rápidamente la vista.

—¿No… no ha recibido mis mensajes? —preguntó, esforzándose por sonar autoritaria, pero sin conseguirlo—. Llevo toda la semana tratando de verlo —sacó del lateral de su cartera la carpeta en la que estaba la reclamación del vestido de boda. Al ver que él no decía nada, añadió—: Usted es el señor Duncan Mulcahey, ¿no?

—Sí. ¿Y usted…?

Con una risita nerviosa, Vicky alargó una mano.

—Disculpe… Vicky Deidrich. Soy perito de la compañía de seguros Global Fidelity Mutual —el apretón de manos fue cálido y personal, y hizo que Vicky se sintiera incómoda—. Al parecer no ha recibido mis mensajes.

—¿Mensajes?

—El vestido de boda irlandés.

—¡Usted! ¡Global Fidelity! ¡El vestido! —Duncan chasqueó los dedos—. Siento que parezca que le he estado dando largas. Es solo que… yo, hum, acabo de volver de Perú, donde hemos descubierto unos magníficos aros ceremoniales incas… —frunció momentáneamente sus oscuras cejas—. Pero supongo que la estoy aburriendo. ¿Qué es lo que necesita?

—Su firma, profesor Mulcahey. Ahora que lo he encontrado, si me concede unos minutos de su tiempo y firma estos papeles, me iré enseguida.

—`Mi firma…? —Duncan alzó una mano y la deslizó por el ala de su sombrero—. Estaba a punto de salir. ¿Podemos quedar otro día? ¿El lunes, tal vez? Sí, eso estaría bien. El lunes por la tarde.

—He venido docenas de veces y he llamado otras tantas.

—Ah, así? Su insistencia es encomiable.

Por algún motivo, Vicky sintió que aquello no era un cumplido y, sin saber qué más decir, se limitó a seguir mirando al profesor. La excusa de este para no haberla llamado resultaba muy poco convincente. ¿Estaría pasando algo raro?

Claro que no. Estaba volviendo a dejarse llevar por la imaginación. Su entusiasmo le hacía sospechar un fraude a la mínima de cambio. Pero, ¿y si tenía razón? ¿Y si descubría que aquel maravilloso profesor estaba implicado en algo turbio?

Los latidos de su corazón se volvieron más rápidos e intensos. Pero no supo si se debía a aquel hombre o a la posibilidad de que su credibilidad en la compañía de seguros subiera como la espuma si descubría que era culpable de fraude.

Capítulo Dos

—De acuerdo —dijo el profesor Mulcahey, en tono claramente reacio—. Siéntese.

Los pies de Vicky estaban reclamando un descanso, y ella aceptó rápidamente la oferta. Ocupó una rígida y antigua silla y le entregó la carpeta. En los breves momentos transcurridos había descartado sus conjeturas como disparatadas. Una lástima.

Pero aquel hombre tenía una reputación impecable como arqueólogo y antropólogo. Había transformado el Whitfield Museum hasta convertirlo en uno de los museos más respetados de Colorado, del país, incluso. Un hombre como él no arriesgaría su reputación simplemente por un objeto.

Duncan se sentó en su silla giratoria, se volvió hacia su escritorio, dejó la carpeta y se quitó el sombrero. Al ver su pelo, negro como el azabache y ligeramente largo en el cuello, Vicky sintió el impulso de acariciárselo. En lugar de ello, se quitó uno de los zapatos de tacón para masajear el dolorido empeine de su pie.

—¿Está segura de esta fecha? —preguntó Duncan, sin volverse.

—Me la dio el museo. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No, en realidad no. Aunque firmé la orden para que enviaran el vestido, estaba fuera del país cuando lo hicieron —Duncan siguió examinando los papeles—. Era para la exposición del día de San Valentín. ¿La ha visto?

—Sí, la he visto. Bonita —Vicky se aclaró la garganta—. Y ahora, el papel de la reclamación, por favor.

Duncan volvió a girar en la silla y Vicky soltó rápidamente su pie.

—Trate de ponerse algo con más base.

—¿Qué? —Vicky se puso rápidamente el zapato.

—Esos tacones —Duncan señaló sus pies—. No son buenos para sus metatarsos, ni para su espalda. Hacen que la espina dorsal se curve.

Vicky trató de no fruncir el ceño mientras se miraba los pies, preguntándose cómo un hombre que llevaba botas de montaña al trabajo se permitía decirle cómo vestir.

—Gracias por el consejo.

—De nada.

—¿Le parece preciso el informe sobre la desaparición del vestido? —preguntó Vicky en tono eficiente.

—Creo que sí, aunque alguno de los conservadores que trabajan para nosotros no aparecen mencionados en la lista. ¿Le importa que antes de firmar me asegure si el museo se puso en contacto con ellos?

—¿Importarme? —Vicky se irguió en su asiento—. Lo cierto es que… sí. Hace más de seis semanas que está expuesta la demanda.

—He estado fuera del país casi todo ese tiempo.

—Ya me lo ha dicho —replicó Vicky. Según Greg, llevaba allí algo más de una semana.

Pero tenía razón en lo que había dicho, y trató de encontrar un modo de recuperar su ventaja. Había hecho tantos viajes al museo, y le había costado tanto dar con aquel hombre… No, no le gustaba en lo más mínimo su sugerencia.

—Puede firmarlo hoy y yo retendré el proceso hasta, por ejemplo, el miércoles —eso debería bastar para satisfacer a Ida—. Si para entonces han encontrado el vestido, me limitaré a romper los papeles. Eso nos ahorrará tiempo a ambos.

Duncan dedicó a Vicky una larga mirada. Era una mujer muy bonita. Ojos azules de porcelana. Piel suave como la seda y labios carnosos y dignos de ser besados. Su rostro, enmarcado por una corta melena rubia, parecía el de un ángel. No era de extrañar que se hubiera quedado mudo al verla.

Miró sus esbeltas y bien contorneadas piernas, la única parte de su cuerpo no cubierta por su serio traje de negocios. ¿Qué otros encantos ocultarían aquellas ropas?, se preguntó, pero enseguida recordó que ella no estaba allí para que él la mirara.

No. A pesar de su aspecto angelical, aquella mujer podía hacer que se desmoronara su castillo de naipes. Además, su educada

actitud hablaba a voces de cenas puntuales, jardines bien cuidados, reuniones de padres de alumnos y todo lo que él evitaba cuidadosamente. Prefería las mujeres con cortes de pelo prácticos, que llevaban botas de montaña, pantalones caqui, mochila y que hablaban con entusiasmo sobre su última excavación. En resumen, mujeres totalmente distintas a Vicky Deidrich.

Desafortunadamente, hacía tiempo que no conocía ninguna, y resultaba irónico que la primera mujer por la que se sentía atraído después de siglos no solo no encajara con sus gustos, sino que además fuera la persona que llevaba tratando de evitar hacía más de una semana.

El teléfono sonó. Una rápida mirada a la pantalla reveló a Duncan que se trataba de su madre. Sin duda, llamaba para protestar una vez más por las restricciones que había puesto para que Meg utilizara el vestido. Eran restricciones razonables, en opinión de Duncan, teniendo en cuenta las posibles consecuencias si no se cumplían. No podían enviarse a los periódicos fotos de la novia de cuerpo entero, los invitados solo podrían asistir a la ceremonia con invitación y, lo que más molestaba a Meg, debía ser quitarse el vestido después del primer baile. A Duncan no le preocupaba lo que pudiera suceder después. Si alguien hacía un comentario sobre el vestido, dirían que era una copia. Pero el original debía ser devuelto en perfecto estado.

Mientras apretaba un botón para desviar la llamada a recepción, decidió pasar por su casa a hablar con su madre y con su hermana antes de ir a ver el edificio que querían derruir. No quería llegar tarde, pero tenía que asegurarse de que Meg comprendiera.

Se volvió de nuevo hacia Vicky. ¿Debía aceptar su oferta? Teniendo en cuenta que estaría de vuelta el lunes, no creía que hubiera mal en ello. Pero, `y si le sucedía algo al vestido? Vicky tendría aquellos papeles firmados por él y, lo mirase como lo mirase, supondría un fraude al seguro.

—¿Y bien? —insistió Vicky, incómoda ante el escrutinio de Duncan. Por algún motivo, tenía la impresión de que estaba sopesando algo más que su oferta. Al ver que seguía dudando, añadió—: Podría retrasar un poco más la fecha.

—El miércoles está bien. —replicó Duncan finalmente.

—Estupendo —Vicky sintió un intenso alivio—. Ahora, si hace el

favor de firmar los espacios resaltados en amarillo, habremos zanjado el asunto, profesor Mulcahey.

—¿Qué te parece si me llamas Duncan y nos tuteamos? Ni siquiera mis estudiantes me llaman profesor Mulcahey.

—Duncan —murmuró Vicky. Aquel hombre era una leyenda en ciertos círculos, y resultaba extraño llamarlo por su nombre de pila.

—Como verás, no es tan difícil.

Vicky sonrió educadamente, deseando terminar cuanto antes con aquello.

Duncan tomó un bolígrafo, apoyó la carpeta en sus rodillas y bajó la mano. Vicky sintió que estaba a punto de tener éxito, de hacer feliz a su jefa y de conseguir su anhelado ascenso.

Pero Duncan detuvo su mano justo antes de firmar.

—Antes debo hacer unas copias para nuestros archivos —dijo, y se levantó con los papeles en la mano.

Vicky soltó el aliento que estaba conteniendo.

—Adelante.

Un segundo después veía cómo se cerraba la puerta tras Duncan. Mientras esperaba, deslizó la mirada por las paredes. Una de ellas estaba totalmente cubierta por un tapiz, mientras un montón de fotos y diversos objetos cubrían las otras. No vio colgados los diplomas y citaciones honoríficas que esperaba, aunque, ¿quién podía estar seguro de ello en un lugar tan abarrotado?

No había duda de que Duncan Mulcahey era un excéntrico, de un modo casi quijotesco, y supuso que un hombre que tenía su despacho en un sótano no se preocupaba demasiado por enmarcar sus diplomas. Las historias que había oído sobre él dejaban claro que había una vena temeraria en su personalidad. Como para el difunto padre de Vicky, estaba claro que para Duncan lo primero era la pasión. En forma de pulseras incas en lugar de coches de Fórmula Uno, pero el resultado era el mismo.

Vicky tenía siete años cuando murió su padre, pero había borrado aquel horrible día de su memoria. Estaba con su madre, gritando de excitación mientras su padre adelantaba al último coche que le faltaba para ganar la carrera. Sus gritos se transformaron en otros de horror cuando vio que reventaba una de las ruedas. El coche chocó contra una pared y rompió a arder en llamas. Sollozando, la madre de Vicky le cubrió los ojos mientras el equipo

de salvamento sacaba a su marido del coche.

Su alegre, sonriente y temerario padre no volvió nunca más a casa. Durante años, Vicky no paró de oír quejas sobre problemas económicos, sobre la negligencia de su padre, y aunque su madre nunca le habló directamente de ello, Vicky captó el mensaje: la negligencia llevaba al sufrimiento.

Por ese motivo, borraba inmediatamente de su lista a cualquier hombre capaz de poner su vida en peligro. Yeso fue lo que hizo con Duncan.

Pasaron varios minutos. Excepto por el ronroneo del ordenador, el único objeto moderno del despacho, el silencio era completo.

Inquieta, Vicky se levantó y se acercó al escritorio de Duncan. Bajo una cabeza reducida de tenebroso aspecto vio un montón de mensajes con su nombre escrito. Entre un montón de papeles vio su agenda abierta en medio de la mesa. Por un instante sintió la tentación de ojearla. Pero logró resistirse. A pesar del consejo de Ida, espiar a un hombre sobre el que no tenía motivos de sospecha habría sido llevar las cosas demasiado lejos.

Tras un rato más, miró su reloj. ¡Hacía más de veinte minutos que se había ido Duncan¡ ¿Tan lejos estaría la fotocopiadora?

No tenía intención de pasar la mañana en aquella desordenada oficina, pero quería irse con el papel firmado. Duncan tenía que estar en algún lugar del edificio, y decidió hacer lo necesario para localizarlo.

Sacó la lista de empleados de su cartera y eligió el primer nombre de mujer para utilizarlo mientras hacía sus pesquisas. Cuando Greg contestó al teléfono, Vicky disimuló su voz para que no la reconociera.

—¿Estás acatarrada, Carol? —preguntó el recepcionista—. Te suena rara la voz.

—Tengo un poco de laringitis —dijo Vicky, roncamente, sintiéndose más que un poco culpable—. Necesito encontrar a Duncan, Greg, pero no responde al teléfono.

—¿Duncan? Deja que lo compruebe —tras una breve pausa, las siguientes palabras de Greg hicieron que Vicky se tambaleara—. No me extraña que no responda. Hace diez minutos que se ha ido.

Capítulo Tres

—¡Duncan!

Al oír su nombre, Duncan consideró la posibilidad de hacerse el sordo, pero enseguida descartó la idea. Huir de los trajes era uno de los motivos que le habían llevado a solicitar su despacho en el sótano. Siempre que ponía el pie en la primera planta corría el riesgo de ser atrapado por uno de estos trajes, y el que ahora se acercaba, era de los peores, el peor. Alistair Shields avanzó rápidamente por el suelo de mármol del museo hasta alcanzarlo.

—Tengo prisa —dijo Duncan, sin darle tiempo a hablar—. El contratista de Idaho ha aceptado retrasar un día la demolición.

—¿Vas a arriesgar el cuello metiéndote en un edificio medio derruido solo para conseguir algunas ropas y objetos viejos? —preguntó Shields sin ocultar su incredulidad.

—Soy arqueólogo. A eso me dedico. ¿Por qué me has detenido? Supongo que te has dado cuenta de que estaba a punto de salir.

—Quería que supieras que han cambiado la fecha de las últimas entrevistas para el puesto de director permanente. Tendrán lugar el martes por la mañana.

—Eso va a ponerle las cosas difíciles a Bob.

—Es una pena —Shields alzó su aguileña nariz con gesto de suficiencia—. Fulsom es un candidato tan cualificado…

Duncan sabía que Shields había pronunciado mal el nombre a propósito, y lo corrigió de inmediato.

—Fuller —dijo—. Bob Fuller —su viejo amigo y asociado, y uno de los mejores administradores especializados en aquel trabajo, había sido citado el siguiente viernes para la entrevista. El cambio de fecha iba a dificultarle las cosas—. Tú lo has arreglado, ¿verdad? —Duncan se obligó a abrir los puños. Golpearlo no ayudaría a la

causa.

—Tengo amigos —dijo Shields, encogiéndose de hombros—. Lo que debes recordar es que has dejado muchos detalles en el aire. Si la junta supiera que el asunto de la reclamación del vestido sigue sin estar resuelto, tu recomendación para Bob perdería mucha fuerza. Estás en deuda conmigo por mantener la boca cerrada pero, si yo estuviera en tu lugar, no perdería mucho más tiempo.

Duncan tamborileó con los dedos en la carpeta que sostenía bajo el brazo, repentinamente contento de no haber cedido a su primer impulso, que había sido meterla en la trituradora de papel.

—Estoy en ello. Y ahora, si me disculpas, me voy —dijo, y se encaminó hacia la puerta principal.

—He oído que tu hermana se casa mañana por la tarde —dijo Shields a sus espaldas—. Es toda una coincidencia.

Duncan necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no detenerse y logró seguir andando como si no hubiera oído, aunque estaba claro que no había engañado a Alistair. Su seca y satisfecha risa aún resonaba en sus oídos cuando se acercaba a su MG.

¿Sabría algo Shields? El tono de su pregunta implicaba que sí. Pero no era posible, se dijo Duncan mientras se sentaba tras el volante de su coche deportivo. Pero hacer una conexión entre el exclusivo vestido de novia de Meg y el conocimiento común de que este perteneció en otra época a los Mulcahey no era muy difícil.

Todo aquel asunto había comenzado hacía dos meses, mientras Duncan se preparaba para viajar al Tibet. Su madre había llamado a la administración del museo para solicitar el préstamo del vestido para la boda de Meg, y le habían dicho que no era posible. Como explicó poco después a su hijo, se llevó tal decepción que no tuvo la suficiente presencia de ánimo como para preguntar el nombre de la persona que la había atendido.

Duncan debería haber cancelado su viaje para concentrarse en conseguir el vestido, pero no fue capaz de renunciar a la posibilidad de rescatar unos exquisitos iconos.

Cuando regresó, su madre le enseñó el vestido robado, diciendo:

—Meg va a casarse con este vestido, como todas las mujeres Mulcahey —su tono desafiaba a Duncan a que tratara de discutir con ella.

Duncan no lo hizo.

En lugar de ello, falsificó una orden de envío, un recibo del correo y se convirtió en cómplice. Entretanto, Shields se dedicó a conspirar para conseguir el control del museo por el que tanto habían trabajado Duncan y Horace. El futuro de Duncan y su reputación estaban en juego. Y aunque había estado a punto de firmar los papeles de Vicky, el riesgo le había parecido demasiado grande. Sin la carta de Horace para apoyar su versión, lo que había hecho podía acarrearle muchos problemas. Pero firmar la declaración habría supuesto directamente un delito. «Tres días más», repitió mentalmente, como si fuera un mantra. «Tres días más». Pero mientras añadía un pequeño ruego para que el fin de semana transcurriera sin incidentes, tuvo una visión de su madre entre rejas. Un escalofrío recorrió su cuerpo y supo que, fuera cual fuese el precio, asumiría la culpa antes de que eso sucediera.

—¿Ha dicho a dónde iba? —preguntó Vicky.

—Creo que primero iba a pasar por su casa. Luego se iba a Idaho Springs.

Vicky dio las gracias a Greg y colgó. ¡Duncan se había ido! ¡Y se había llevado la carpeta con la reclamación! ¿Por qué? Hacer las fotocopias y firmar no le habría llevado más de cinco minutos.

No era justo. Nada de lo que había sucedido aquella semana era justo. Había trabajado como una loca para Global Fidelity. Había pasado tres años estudiando en horario nocturno. Podía recitar de memoria descripciones de cientos de antigüedades. Se sabía de memoria toda la legislación relacionada con el campo de los seguros. Pero una supervisora equivocada y un arqueólogo recalcitrante parecían empeñados en que todos sus esfuerzos quedaran en nada.

Pero no iba a permitir que eso sucediera. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para tener la reclamación firmada ese mismo día.

Para asegurarse, pasó por su despacho e imprimió otras copias. Luego comprobó las señas en la lista de empleados del museo y salió para la casa del profesor Mulcahey.

Se quedó un poco perpleja al ver dos buzones en la acera frente a una gran casa. Ya que el número que aparecía en esta no coincidía con el de las señas, se arriesgó a quedarse sin las tapas de sus

tacones mientras caminaba por un sendero de piedrecitas en busca de una segunda vivienda.

Unos segundos después, llamaba a la puerta de una casa de una sola planta, pintada en unos tonos que recordaban el sabor Victoriano de la casa grande. No hubo respuesta.

Volvió a llamar. Pasó más tiempo. Siguió sin haber respuesta.

Frustrada, apoyó la nariz contra el cristal de la puerta, pero apenas distinguió el recibidor a través de la cortina de encaje que la cubría.

Miró hacia la casa principal, preguntándose si Duncan estaría allí. t0 habría salido ya para Idaho Springs? ¿Debía echar un vistazo por sus ventanas? Casi sintió que Ida estaba tras ella, aconsejándole que fuera más lanzada, que se atreviera a correr riesgos.

Mirando nerviosamente a su alrededor, fue hasta la ventana más cercana. También tenía cortinas, pero estaban recogidas.

¿Viviría allí realmente Duncan? Solo el extravagante mobiliario y las cosas que colgaban de la pared lo denotaban. No había telarañas en los rincones, ni polvo en los muebles. Tampoco se veían papeles en ningún sitio, cosa extraña para un hombre que tenía su despacho hecho un caos.

La siguiente ventana daba a la cocina, también inmaculada bajo la atenta mirada de una máscara africana de la fertilidad.

La ventana que había a continuación reveló la verdadera naturaleza de Duncan. Al final de un estrecho pasillo formado por montones de cajas polvorientas se hallaba un escritorio con un ordenador.. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de objetos.

Vicky se pegó a la ventana, pensando que veía visiones. ¿No era aquello una estatua del Príncipe Ginak de Mesopotamia, del siglo tres antes de Cristo? ¿Y aquello otro? ¿No era un aguamanil de piedra del siglo primero, exquisitamente dorado? ¡Las estanterías estaban abarrotadas de objetos de incalculable valor!

Al apoyar las manos en el alféizar de la ventana se fijó en que estaba un poco entreabierta. Se abría de abajo arriba, y comprobó que no tenía ningún tope que le impidiera subirla.

Sin pensárselo dos veces, se quitó los zapatos, desabrochó su abrigo y tiró de su blusa. Estaba a punto de apoyar una rodilla en el alféizar cuando un perro empezó a ladrar.

Fue un ladrido fuerte y profundo. Vicky se volvió rápidamente, buscando el origen de los ladridos. Respiró aliviada al comprobar que el perro no estaba tras ella.

Entonces, un gato maulló y oyó un sonido de pasos procedente del tejado. A continuación se oyó un grito y el golpe de una puerta al cerrarse.

Vicky se puso rápidamente los zapatos y desapareció tras la esquina de la casa.

—¡Deprisa,. Duncan! —gritó una joven voz—. ¡Chelsea está llorando! ¡Date prisa antes de que Demon mate a la gata!

—¡Puff puffl ¡Puff puff! —gritó una niña repetidamente, gimiendo entre grito y grito.

Alguien habló a los niños. Duncan. Su voz sonó tan suave y calmada que hasta el pulso de Vicky se tranquilizó. Aunque el gato siguió maullando, los gemidos de la niña cesaron, así como los ladridos del perro.

Poco después, Vicky oyó unos rápidos pasos en el sendero. Pegó la espalda a la pared de la casa y se asomó furtivamente por la esquina.

Oyó el ruido de un motor y, un instante después, un maltrecho jeep salía del garaje. Duncan salió del vehículo, entró al garaje y volvió a aparecer con una escalera. A continuación se oyó una suave maldición, seguida de unos crujidos.

Vicky sonrió. Al parecer, Duncan iba tras el gato. El Jeep indicaba que tenía intención de irse cuando lo hubiera rescatado, pero ella tenía una nueva copia de la reclamación en las manos y al profesor Mulcahey en el tejado. Su único escape era la escalera. Lo tenía atrapado y podía llevar adelante su misión.

Y si lo que había visto a través de la ventana era lo que creía, tenía la posibilidad de sacar a relucir el escándalo del siglo.

Aunque Demon había dejado de ladrar, aún andaba merodeando bajo los aleros. Puff puff se aferraba al borde del tejado, bufando como si estuviera atrapada en una esquina. Duncan abandonó la escalera, se inclinó ligeramente para mantener el equilibrio y avanzó hacia la histérica gata, murmurando suavemente con la esperanza de no acabar con arañazos por todas partes. 0, peor aún, cayendo al suelo como una marioneta.

Debería haber dejado que los animales resolvieran el asunto por

su cuenta. Pero Shawn, su hermano pequeño, había asegurado a su llorosa vecina, Chelsea, que su hermano mayor podía resolver cualquier problema, y no le había quedado más remedio que actuar. Odiaba decepcionar a los niños. Lo odiaba. Incluso más que las alturas.

Puff puff manifestó su desagrado mientras Duncan se acercaba.

—Vamos, Puff puff —susurró—. Tranquila… tranquila.

La ingrata felina alzó una zarpa y sacó las uñas.

—Tranquila, Puff puff…

En cuanto vio que la gata se relajaba un poco, Duncan se agachó a recogerla. A la manera típica de los gatos, el animal se pegó a su pecho y el volvió a encaminarse hacia la escalera.

—¡Hey, señorita, no suba ahí!

Tras el grito de su hermano se armó la de San Quintín. Demon empezó a ladrar de nuevo. Puff puff quiso saltar y, mientras Duncan trataba de retenerla, la gatita lo arañó en la mejilla.

Reprimiendo un sonoro taco, Ducan se esforzó por hablar con calma.

—Tranquila, perversa gatita. Pronto estaremos en el suelo. Puede que te encuentre un bonito ratón envenenado con el que jugar.

Aparentemente, la gatita lo entendió, porque se limitó a darle una vez más con la zarpa antes de volver a tranquilizarse.

—tA quién has gritado? —preguntó Duncan, volviéndose hacia la escalera.

Si Shawn contestó, Duncan no lo oyó. La conmoción que le produjo ver a la insistente perito del seguro lo dejó completamente sordo.

Capítulo Cuatro

Vicky terminó de subir la escalera y apareció en el techo con sus tacones altos. La luz de la mañana hizo destellar su corta melena rubia y sus grandes ojos color cobalto brillaron resueltamente. No había duda de que era preciosa, volvió a pensar Duncan, consciente de que aquel no era le momento ni el lugar para fijarse en aquello.

—¿Qué diablos haces aquí arriba? —preguntó, cuando superó la inicial sorpresa.

—Se ha ido sin firmar estos papeles, profesor Mulcahey, así que he supuesto que no le importará hacerlo ahora.

Vicky agitó el papel que sostenía en la mano y luego buscó algo en su bolso, moviéndose como si se hubiera pasado la vida caminando por los tejados. Sacó un bolígrafo que utilizó para señalar el Jeep de Duncan.

—Es evidente que estaba a punto de irse de nuevo. Por cierto, lo que le ha dicho a la gata no ha sido muy agradable.

—Estás loca? —el despreocupado movimiento de Vicky hizo que Duncan sintiera un escalofrío y, si no hubiera estado aún de rodillas, no habría podido resistir el impulso de sujetarla.

—Oh —Vicky miró a su alrededor con gesto despreocupado—. Lo cierto es que estoy acostumbrada a los tejados. A mi madre le da miedo… pero no importa. Si me hace el favor de firmar esto, me iré enseguida.

—¡Shawn!

—¿Sí? —replicó el niño desde el suelo.

—Por qué has dejado subir a esta mujer?

—He tratado de detenerla, Duncan.

—Encierra a Demon en el garaje y luego sube a por el gato.

Vicky se apartó de la escalera y caminó por el tejado como si

estuviera en tierra firme. Duncan contuvo el aliento y, una vez más, tuvo que esforzarse para no alargar una mano hacia ella. El problema residía en que si alguien necesitaba un apoyo era él.

La cabeza de Shawn asomó por el borde del tejado. Duncan se irguió y fue cautelosamente hasta la escalera.

—Cuidado —advirtió mientras entregaba el gato al niño. Tampoco le hacía ninguna gracia que su hermano de diez años estuviera subido en lo alto de la escalera, y no apartó la vista de él hasta que vio que pisaba tierra firme. Luego se volvió hacia Vicky, preguntándose por qué sentiría por ella una preocupación casi tan grande como por su hermano.

—¿Cómo se te ocurre subir aquí con esos tacones? —refunfuñó —. ¿Acaso deseas matarte?

Vicky ladeó la cabeza y sus ojos se oscurecieron.

—Controlo la situación tanto como usted, profesor Mulcahey — dijo, dolida.

Duncan se maldijo interiormente. No había pretendido ser tan áspero. Además, no sentía que controlara especialmente la situación. Los tejados no eran su lugar favorito.

—Firme, por favor —Vicky dio un paso hacia él para alcanzarle los papeles y el bolígrafo.

Los peores temores de Duncan se materializaron en ese instante. La punta de uno de los tacones de Vicky se enganchó en el borde de una teja. Trató de sujetarla, pero la inclinación del tejado obstaculizaba su equilibrio. Se tambaleó mientras veía con impotencia que Vicky movía frenéticamente los brazos para tratar de mantenerse en pie. Pero no lo logró y acabó cayendo sobre el tejado.

Duncan volvió a arrodillarse y logró sujetarla con una mano por el brazo. La otra conectó con una parte más suave y flexible del cuerpo de Vicky.

—Lo siento —murmuró. Pero no podía soltarla. Si lo hiciera, se deslizaría hacia el borde.

«Dios santo, me está tocando una…» A pesar del terror que sentía, Vicky se ruborizó por la intimidad del contacto. Ni siquiera se atrevía a tutear a aquel hombre y, sin embargo, este le estaba tocando un pecho. Pero a pesar de que tenía todo el cuerpo rígido y tembloroso, sintió un estremecimiento de placer. ¡Aquello era

completamente demencial! Duncan Mulcahey podía ser un contrabandista. Además, apenas lo conocía.

Debajo, oyó a los niños gritando. El chico llamaba a su madre y la niña volvía a llorar. Al borde de la muerte, lo único que se le ocurrió pensar fue que podían ver que Duncan la estaba tocando.

—¡Aparte esa mano! —exigió entre dientes.

Duncan obedeció y, al instante, Vicky se deslizó otro centímetro hacia el borde.

—¡No! ¡No!

Duncan volvió a aferrarla con fuerza y trató de tirar de ella. Instintivamente, Vicky alargó las manos hacia sus brazos, pero los papeles y el bolígrafo le impedían sujetarse a él.

—¡Suelta eso! —ordenó Duncan.

—Pero… pero…

¿Qué estaba haciendo? Ya le colgabaa una pierna por el borde del tejado y la fuerza de la gravedad estaba creándole serios problemas a Duncan. Muy a su pesar, Vicky soltó los papeles y el bolígrafo y se aferró a los antebrazos de Duncan.

Finalmente, soltando con aspereza el aliento contenido por la tensión; él la retuvo contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó, y su aliento acarició la mejilla de Vicky.

—Sí —susurró ella. Su corazón latía desbocado y sentía la sangre corriendo ardiente por sus venas.

Nunca en su vida había estado tan cerca de la muerte. Pero en aquellos momentos, en los brazos de aquel hombre tan peligrosamente atractivo, se sentía más viva que nunca.

Duncan liberó uno de sus brazos y deslizó los dedos por la mejilla de Vicky.

—Es solo una mancha —dijo, y dio un suspiro de alivio—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho alguna rozadura, o te has dado algún golpe?

—Estoy perfectamente —contestó Vicky, sin aliento. Cuando miró a Duncan a los ojos, vio en estos una clara expresión de preocupación por ella. Algunos arañazos, uno de ellos con sangre, marcaban el firme contorno de uno de sus pómulos, justo por encima de su cicatriz. Quiso tocar su herida, sanarla. De pronto se dio cuenta de que sus labios estaban a escasos centímetros de los de él. Solo tenía que alzar la cabeza y…

Duncan sonrió, como si estuviera pensando lo mismo.

Vicky pensó que aquello no debería estar sucediendo. El hombre que la sostenía era temerario, vivía al borde del peligro y no temía nada. Y, probablemente, no era una persona honrada. Si llegara a encariñarse con él…

Su forma de rescatarla había dejado claro que seguía el mismo código de conducta que llevó a su padre a la muerte. Pero, por primera vez en su vida, mientras su cuerpo bullía con intensa vitalidad, Vicky había saboreado la atracción del peligro.

Peligro… Deslizó la lengua por sus labios entreabiertos.

—¡Duncan! ¡Duncan! ¿Qué pasa ahí?

La alarmada voz femenina, de acento claramente irlandés, rompió el hechizo. Sintiendo un cúmulo de emociones conflictivas en su interior, Vicky alzó la cabeza.

—Estamos bien, mamá —dijo Duncan, y a continuación se echó hacia atrás para retirar un poco más a Vicky del borde.

—Puedo hacerlo yo —protestó ella. Soltó los brazos de Duncan y se irguió.

—Tórnatelo con calma.

—Me ha hecho tirar los papeles.

Duncan entrecerró los ojos.

—Los papeles son lo de menos. Casi te matas… y yo contigo.

—Sí, pero usted está acostumbrado —a Vicky se le ocurrió de repente la desagradable posibilidad de que lo sucedido pudiera perjudicarla profesionalmente—. ¿Va a informar de lo sucedido?

—¿Informar de lo sucedido? ¿A quién?

—A la compañía de seguros para la que trabajo.

Duncan se puso en pie con cautela.

—Limítate a darme las gracias, ¿de acuerdo? Es lo menos que merezco por haberte salvado la vida.

Vicky no supo qué decir. Se quitó los zapatos y se puso en pie. Su temor se había desvanecido. Y también la excitación. Aquel hombre despertaba en ella emociones que había evitado con éxito durante años. Bochorno, excitación… deseo.

—Gracias —murmuró, y se volvió hacia la escalera.

—Más alto —dijo Duncan.

Reacia, Vicky volvió la cabeza y miró sus ojos azules, que en aquellos momentos parecían de acero.

—Gracias por salvarme la vida, profesor Mulcahey. Pero si no se hubiera escapado con mis impresos, yo no estaría aquí y esto no habría sucedido.

Duncan suspiró audiblemente.

—Haz el favor de tutearme. Mi nombre es Duncan —tomó los zapatos de Vicky y señaló la escalera—. Después de ti.

Ella apoyó un pie en el peldaño superior. Mientras bajaba, sin preocuparse por el deterioro que estaban causando los peldaños a sus medias nuevas, no pudo evitar recordar cuánto había deseado que aquel hombre la besara en lo alto del tejado.

Duncan se encontró en medio de un infierno cuando pisó el suelo. Su madre le pedía explicaciones respecto a la mujer que había aparecido inesperadamente en su tejado. Demon ladraba incesantemente tras la puerta del garaje, y Chelsea sostenía a la gatita contra su pecho, sollozando de alivio contra el consolador hombro de Meg.

Entretanto, Vicky parecía perdida en su estrechez de miras. Nada más bajar se había puesto a buscar sus papeles. Los localizó entre el grupo de arbustos que separaban el jardín de la acera. Los papeles estaban dispersos entre las ramas como adornos de Navidad, y los fue recogiendo ansiosamente.

Entretanto, Meg secó las lágrimas de Chelsea y la envió a su casa con Puff puff.

—Duncan Mulcahey —dijo severamente la madre de este mientras Vicky seguía con lo suyo—. ¿No ves que esa mujer está herida? Deberías estar ayudándola con los papeles.

—Herida? —Duncan sentía un intenso ardor en el lugar en que le había arañado la gata. Se llevó una mano a la mejilla y vio que tenía sangre—.

¿Dónde está herida?

—Mira sus medias desgarradas y las rozaduras de sus rodillas —intervino Meg.

Perplejo, Duncan vio que su madre y su hermana acudían a ayudar a Vicky con los papeles. Unos momentos después, con ellos en la mano, Vicky volvía a parecer satisfecha. Y cuando encontró su bolígrafo, sonrió como si acabara de ganar una batalla. Duncan tuvo que esforzarse para no gruñir en alto.

¿Qué hacían las mujeres que lo habían metido en aquel lío

ayudando y apoyando a la persona que podía suponer su perdición? ¿Acaso no sabían quién era?

—Dónde está tu educación, hermanito? ¿Invitas a una mujer desconocida a nuestro tejado y ni siquiera nos presentas?

La burlona pregunta de Meg no sorprendió a Duncan, pues sabía que aún estaba enfadada. por todas las condiciones que le había puesto para utilizar el vestido. Pero eso también le recordó que no, que su madre y su hermana no sabían quién era Vicky.

—Yo no he invitado a… Olvídalo. Pero, en primer lugar, me cuesta entender que no te parezca extraño que haya subido hasta ahí arriba.

—¿Es que no la conoces? —Meg lo miró con los ojos abiertos como platos—. No creerás que es una ladrona, ano?

—Qué es eso de «una ladrona»? Supongo que no estaréis hablando de esta encantadora mujer —preguntó en tono indignado la madre de Meg y Duncan, reuniéndose con ellos. Vicky seguía junto a los arbustos, ordenando meticulosamente los papeles.

Duncan soltó un bufido. ¿Encantadora? Vicky era la mujer más imprudente y testaruda que había conocido en su vida.

Hablando en tono lo suficientemente bajo como para que Vicky no lo oyera, preguntó:

—¿Es que no habéis echado un vistazo a los papeles que estabais recogiendo?

—Claro que no —espetó su madre.

—No somos unas cotillas —añadió Meg.

—Ya —Duncan volvió la mirada hacia Vicky y, con estudiada cortesía, preguntó—: ¿Te importaría reunirte con nosotros?

Vicky sujetó las hojas protectoramente bajo su brazo, aferró el bolígrafo entre los dedos y se acercó con expresión suspicaz.

—Mamá, Meg, os presento a la señorita Vicky Deidrich, de Global Security, la compañía de seguros con la que trabaja el museo.

Meg disimuló a medias su sorpresa, pero su madre ni siquiera parpadeó.

—Me alegra conocerte —dijo, sonriendo cálidamente. Demasiado cálidamente—. Yo soy Bridget Mulcahey, la madre de Duncan.

—Yo también me alegro de conocerla, señora Mulcahey, y

quiero pedirle disculpas por lo sucedido —dijo Vicky, utilizando el mismo tono profesional que tanto había irritado a Duncan—. Me iré en cuanto consiga que su hijo firme estos papeles.

—Por supuesto, y lo hará. Pero primero… —Bridget tomó a Vicky por el brazo y empezó a caminar con ella hacia la casa—.., vamos dentro para que pueda curarte esas rozaduras.

—Es muy amable, pero le aseguro que no es necesario. Tengo un botiquín de primeros auxilios en el coche.

—No, de verdad. Insistimos —Meg se situó al otro lado de Vicky, secundando claramente el plan de su madre.

Duncan observó la escena con admiración. Nada podía detener a su madre cuando creía que tenía la razón de su lado. Y estaba totalmente convencida de que el museo debía permitir que su hija utilizara el vestido de novia.

Por supuesto, Vicky no tenía idea de lo que estaba sucediendo, y la buena educación le impidió protestar con demasiada vehemencia. Pero lo intentó.

—Son rasguños, solo rasguños —repitió, mientras las dos mujeres la conducían hacia la puerta—. No es necesario que se molesten. En serio.

—Solo nos llevará un momento —dijo Bridget Mulcahey—. Luego, Duncan firmará esos papeles y podrás irte.

Duncan apenas pudo contener la risa ante la angustiada expresión del bonito rostro de Vicky. Y cuando su madre y su hermana entraron con ella en la casa y cerraron la puerta a sus espaldas, rompió a reír.

Luego se encaminó hacia su jeep, silbando y lanzando las llaves al aire. Le esperaba un día entero en un emplazamiento arqueológico, y al día siguiente era la boda. Con la ayuda de su familia, podría mantener a raya a Vicky Deidrich hasta entonces.

De pronto recordó el extraño brillo que había captado en los ojos de su madre mientras miraba a Vicky. Su buen humor decayó al instante. Ya no estaba seguro de que su única motivación fuera la preocupación por la boda de su hija.

Y eso suponía problemas. Problemas serios. Porque había algo que impulsaba a la acción a su madre aún más que una causa justa: la visión de una mujer que considerara perfecta para alguno de sus hijos.

Duncan recordó lo que le había hecho a su hermano Michael. Él no estaba dispuesto a permitir que le hiciera lo mismo.

Capítulo Cinco

—Estoy bien —protestó Vicky, sin ningún éxito—. Estoy perfectamente.

La señora Mulcahey era la viva representación del maternalismo irlandés mientras entraban en el baño, donde sacó algodón y un antiséptico.

Los rasguños apenas tenían sangre, y Vicky sintió que aquellas dos encantadoras mujeres trataban de retenerla a propósito. Pero estaban siendo tan amables que sus sospechas fueron empañadas por una punzada de culpabilidad, que se intensificó cuando Meg entró en el baño con unas medias nuevas. A pesar de todo…

—¿Me está esperando Duncan? —preguntó.

—¿Quién sabe? —replicó Bridget—. Ese chico va siempre a su aire.

—Es imperativo que firme los papeles, señoras Mulcahey.

—Llámame Bridget, cariño.

—Bridget. Pero, por favor, tengo que verlo antes de que se vaya.

Bridget se volvió hacia Meg.

—Ve a ver si Duncan sigue aquí, por favor.

—Claro.

—Pensándolo bien, salgo contigo. Así dejo a Vicky sola para que se cambie las medias.

Era una lástima que aquellas mujeres hubieran elegido un momento tan inoportuno para demostrar su amabilidad, pensó Vicky mientras la puerta se cerraba tras ellas.

Se quitó las medias estropeadas y se puso las nuevas, tomando nota mental para devolverle unas a Meg cuanto antes. Después se puso los zapatos y el abrigo, tomó la carpeta con las hojas de la reclamación y se dispuso a salir tras Duncan.. Habría apostado su

desayuno a que se había ido.

Cuando salió del baño se sintió un poco desorientada. Como ya había notado antes, la casa estaba llena de encajes y puntillas, colgando del pasamanos de la escalera, cubriendo una pequeña mesa en la que se hallaba el teléfono, sobre algunos muebles y, por supuesto, en todas las ventanas.

Mientras se preguntaba si Duncan se cansaría alguna vez de aquellos detalles tan femeninos, se encontró anhelando el ambiente hogareño de aquella casa. La decoración de la que ella compartía con su madre era prolija, atractiva, segura… Como el resto de las cosas de su vida, si debía creer uno de los comentarios de Ida sobre su carácter.

Mientras aquellos pensamientos danzaban en su mente, Bridget entró con otro fragmento de encaje en la mano.

—Lo siento —dijo, con expresión contrita—. Duncan se ha ido. Tenía prisa por salir para el lugar de la demolición.

Condujo a Vicky al cuarto de estar, donde Meg canturreaba una canción que estaba sonando por la radio mientras envolvía en encaje unos objetos que tenía ante sí en una mesita. También había en esta un montón de pequeñas cajas de bombones.

De manera que estaban ocupadas en algún proyecto. Vicky se alegró, pensando que así tendría una excusa para irse.

—¿Creéis que Duncan volverá antes de las cinco? —preguntó, tras dedicar una sonrisa a Meg—. Necesito que firme los papeles hoy mismo.

Bridget movió la cabeza.

—Conociendo a Duncan, lo más probable es que vuelva justo a tiempo para cambiarse para la fiesta. Cuando empieza a cavar pierde la noción del tiempo.

—¿Fiesta? —repitió Vicky, distraída, calculando ya cuánto le llevaría llegar a Idaho Springs.

—La despedida de soltero de Roger —Bridget miró a su hija—. Meg se casa con él mañana por la tarde.

—¿Mañana? —repitió Vicky—. ¿Vas a casarte el día de San Valentín? Qué… qué romántico.

Mientras decía aquello su sonrisa se desvaneció. ¿Un vestido de boda irlandés desaparecido? `Una novia irlandesa? ¿Un empleado del museo con fácil acceso al vestido?

Al parecer, su repentino cambio de humor no fue visible, pues Bridget le dedicó una sonrisa radiante.

—Sí. Estoy segura de que es el sueño de toda chica.

—Mamá —dijo Meg, en opinión de Vicky, con más firmeza de la necesaria—, probablemente estamos entreteniendo a Vicky.

—Lo cierto es que tengo que ir a Idaho Springs.

—¿Vas a ir tras él? —preguntó Meg, sorprendida.

—Sí. Como ya he dicho…

—Es un trayecto muy largo. ¿Por qué no dejas aquí los papeles? Yo me aseguraré de que los recuperes. Seguro que un día más no importa.

—Eres muy amable, pero necesito tenerlos cuanto antes —Vicky retrocedió hacia la puerta—. Te devolveré un juego de medias nuevo en cuanto pueda.

—No es necesario. Considéralas un regalo.

—Pero cualquier excusa será buena para que vuelvas —dijo Bridget rápidamente—. Nos encantaría volver a verte.

—Sois muy amables —dijo Vicky, sin dejar, de retroceder.

Tenía que salir de allí. Aquellas mujeres eran encantadoras, y eso hacía que la información que acababa de obtener resultara aún más inquietante. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando Bridget se levantó, fue hasta la repisa de la chimenea y tomó un sobre.

—Espera —fue hacia Vicky, le dio un rápido abrazo y le entregó el sobre.

—¡Mamá! —exclamó Meg.

Bridget la ignoró.

—Ven a la boda, Vicky. Sé que es muy precipitado, pero ven. Nos encantaría verte.

—Lo… lo intentaré —balbuceó Vicky mientras abría la puerta.

Sonriendo ampliamente, con su pelo color zanahoria brillando al sol, Bridget se despidió con la mano.

—Eso espero. La hora, la dirección y todo lo demás están en la invitación.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Vicky permaneció un momento en el porche, anonadada por los descubrimientos que implicaban a Meg y a Bridget en el posible delito de Duncan. La clara advertencia de Meg cuando su madre le había dado la

invitación había resultado muy reveladora, así como la coincidencia entre la desaparición del vestido y la celebración de la boda. Pero lo que más le preocupaba eran los objetos que había visto en el despacho de Duncan.

De pronto, la emoción que había experimentado al verlos se desvaneció. Aquella era buena gente, demasiado como para que un escándalo desestabilizara su mundo. Mientras pensaba en aquello, oyó a través de una ventana abierta el sonido de una silla siendo arrastrada. Luego oyó que Meg decía:

—¿Crees que eso ha sido prudente, mamá?

—No creo que haga ningún mal —dijo Bridget—. Yya es hora de que tu hermano obtenga su recompensa por todo lo que ha hecho por nosotras. Vicky es la chica adecuada para él. Lo presiento. Ahora solo tengo que conseguir que la vea lo suficiente como para darse cuenta.

—Pero Duncan nos matará —protestó Meg.

Bridget rio.

—No te preocupes, querida. Yo me ocuparé de Duncan. No olvides que soy su madre.

Vicky se animó al oír aquello. De manera que se trataba de eso. Bridget era una incorregible casamentera.

A continuación, haciendo el menor ruido posible, se encaminó hacia su coche. De pronto, la evidencia incriminatoria no parecía tan conclusiva. Probablemente, lo único que preocupaba a Meg cuando había advertido a su madre era que el número de invitados a la boda se les fuera de las manos. ¿Y qué más daba que el vestido hubiera desaparecido justo por aquellas fechas? Muchos vestidos se enviaban a arreglar por aquellas fechas, en anticipación a la exposición del día de San Valentín. Que se perdiera uno no era tan raro.

No, probablemente, aquellas damas solo eran lo que parecían.

Pero no estaba tan segura respecto a Duncan.

Idaho Springs era un viejo pueblo minero que se hallaba a una media hora camino de Mount Evans. Casi todo el pueblo era visible desde la autopista, de manera que Vicky estaba bastante segura de que no tendría dificultades para encontrar a Duncan.

Ni siquiera tuvo que preguntar por el edificio que iba a ser derruido, pues sobresalía entre los edificios históricos

exquisitamente restaurados que lo rodeaban.

Su estómago gruñó de hambre mientras aparcaba el coche tras el jeep de Duncan, dispuesta a rebuscar entre los escombros si fuera necesario para encontrarlo. Ignorando el hambre que sentía debido a que no había almorzado, salió del coche

y miró a su alrededor.

Aquel no era lugar para ir vestida como una señorita… o como un caballero. Había montones de escombros por todas partes, así como toda clase de excavadoras, grúas y volquetes aparcados sin ningún orden aparente. Un polvo blanquecino lo cubría todo y flotaba pesadamente en el aire.

Vicky miró su ropa. Aunque su abrigo no había superado sin daños el incidente en el tejado de los Mulcahey, no quería arriesgarlo más, de manera que se lo quitó y decidió hacer lo mismo con la chaqueta. Hacía suficiente calor como para pasar un rato sin ellos.

Todo estaba en calma mientras cruzaba el patio. Los trabajadores estaban sentados aquí y allá, comiendo, fumando y charlando. Uno de ellos silbó cuando pasó cerca. Vicky ignoró el silbido y sonrió cuando uno de los compañeros del hombre que había silbado comentó que en aquellos tiempos no era políticamente correcto hacer algo así.

Junto a la casa semiderruida, que en otro tiempo debió ser un bello ejemplo de arquitectura Victoriana, se hallaba una monstruosa bola de demolición colgada de un largo cable de acero, esperando a entrar en acción. Un hombre con casco y expresión contrariada se hallaba sentado en la cabina del aparato.

No era fácil llegar hasta la ventanilla de la cabina, y cuando Vicky asomó la cabeza por ella el hombre pareció sorprendido.

—¿Ha visto al profesor Duncan Mulcahey? —preguntó.

—¿Quién? Ah, sí. ¿Qué hace usted aquí, señorita? ¿Trabaja para esa sociedad histórica? Creo que carecen de sentido común.

—Busco al profesor Mulcahey —replicó Vicky, ignorando las irrelevantes preguntas de aquel hombre.

—Debe bajar de la cabina.

—Lo haré en cuanto me diga dónde está.

—Está dentro de la casa, buscando objetos antiguos. Usted no puede entrar… —tras mirar fijamente la expresión de Vicky, el

hombre concluyó—… aunque seguro que va a hacerlo de todos modos —tras suspirar pesadamente, se volvió, tomó un casco y se lo entregó.

Vicky le dio las gracias, bajó de la cabina y se puso el casco. Luego se encaminó hacia la casa, decidida a pasar en ella el tiempo imprescindible para que Duncan le firmara los papeles,

Aún no sabía si informar sobre los objetos que había visto en su estudio. ¿Y si estaba equivocada? Habría hecho el ridículo, cosa que no beneficiaría precisamente a su carrera.

También debía pensar en la petición de Duncan para que le diera tiempo para encontrar el vestido desaparecido. ¿Y si lo encontraba? ¿Significaría eso que su hermana lo había utilizado para la boda? ¿Debía investigar también eso?

Mientras esas preguntas revoloteaban en su mente como murciélagos en un ático, llegó a la casa. Estaba a punto de pasar bajo una puerta inclinada cuando oyó que una viga crujía.

Mientras un montón de astillas caían al suelo, saltó a un lado. Afortunadamente, excepto por un trozo de madera que rozó su casco, salió indemne del percance.

Aquel lugar no era seguro. Nada seguro. ¿Por qué entraría Duncan en lugares como aquel?

Pero el caso era que él estaba allí, y ella también, y no conseguiría que le firmara los papeles preocupándose por su seguridad. Respirando profundamente para hacer acopio de todo su valor, pasó bajo la peligrosa puerta, decidida a permanecer en el interior el menor tiempo posible.

La herrumbrosa tapa del antiguó baúl chirrió mientras Duncan lo abría para encontrar un tesoro escondido. Al pensar que aquellos objetos históricos podrían haber acabado siendo víctimas del progreso, soltó una maldición especialmente virulenta. De inmediato, oyó un gritito a sus espaldas.

—Sabía que no se alegraría de verme —dijo Vicky—, pero no esperaba…

—No ha sido por ti —el aspecto de Vicky sorprendió tanto a Duncan que estuvo a punto de caer de espaldas, y necesitó unos segundos para recuperarse—. Esos animales han estado a punto de destrozar esta maravilla. Basura, lo llama el capataz. ¿Lo imaginas? —tomó un diario, uno de los muchos objetos que había dentro del

baúl—. La vida de alguien está registrada en este cuaderno, y el muy bruto lo llama basura.

—Seguro que no sabe de qué habla —dijo Vicky con suavidad —.De lo contrario no habría sido tan insensible.

—¿Insensible? —Duncan sonrió irónicamente—. Sí, el muy bruto ha herido mis sentimientos, pero lo superaré.

Volvió a inspeccionar el interior del baúl y sacó cuidadosamente una pequeña muñeca de porcelana.

—Supongo que has venido por lo de la reclamación.

—Supone bien. Insisto en que la firme ahora mismo, profesor Mulcahey…

Duncan interrumpió a Vicky con evidente impaciencia.

—Después de lo que ha sucedido en el tejado, ¿no podrías tutearme y llamarme Duncan?

Aunque se ruborizó, Vicky logró mantener la compostura.

—De acuerdo, Duncan. Pero si estás tratando de distraerme, no lo has conseguido. Y debo decir que tu renuencia a firmar esta reclamación rutinaria resulta un tanto sospechosa.

—Tienes razón en… ¡cuidado! —Vicky había pisado un trozo de madera peligrosamente irregular, y su aspecto con los tacones altos resultaba casi cómico en aquel lugar. Duncan habría reído si no hubiera temido por ella—. Es peligroso andar por aquí, así que ten cuidado con lo que tocas. Especialmente con eso —señaló con el pulgar un grueso puntal que se hallaba a su derecha—. Sostiene el techo, o la segunda planta, según cómo quieras mirarlo.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Vicky, a la defensiva—. Pero si firmaras enseguida estos papeles no tendrías que preocuparte de lo que pudiera hacer.

Duncan se frotó con la mano la parte trasera del cuello.

—La reclamación lleva abierta más de un mes. ¿Por qué se ha vuelto tan importante ahora?

—Porque no queremos perder nuestra reputación como la compañía de seguros que cumple más rápidamente con sus acuerdos —replicó Vicky en tono ligeramente sarcástico—. Y no tengo intención de dejarte escapar hasta que hayas firmado.

Mientras avanzaba presionó contra su blusa azul sus preciados papeles, resaltando involuntariamente el contorno de sus pechos. Aquello, combinado con el casco, le daba un aspecto que captó

momentáneamente toda la atención de Duncan.

Tenía que librarse de ella como fuera, pero sabía que no dejaría de perseguirlo hasta que le diera lo que quería.

—¿Sigue en pie nuestro trato?

—¿Nuestro trato? —repitió Vicky, momentáneamente desconcertada.

—¿Retendrás la reclamación hasta que tenga oportunidad de hacer unas comprobaciones?

Vicky permaneció pensativa unos momentos, como reconsiderando lo que debía hacer. Duncan entrecerró los ojos. Estaba a punto de aclararle que si no aceptaba no firmaría, cuando ella dijo:

—De acuerdo.

Duncan dejó la muñeca en el baúl y sonrió mientras Vicky le alcanzaba los papeles por segunda vez aquel día.

—¿Tienes un bolígrafo?

Vicky fue a abrir su bolso y al hacerlo se fijó en la muñeca.

—Qué bonita —dijo, y suspiró—. Debe tener al menos cien años.

—Ciento cincuenta —dijo Duncan, sorprendido por su entusiasmo—. `Eres coleccionista?

—No, pero me gustaría —Vicky miró la muñeca con expresión nostálgica—. Tuve una parecida cuando era niña. Sé que son muy frágiles, pero, ¿podrías dejármela un momento?

Duncan no podría haber encontrado una distracción mejor. Si tenía suerte, Vicky se olvidaría de la firma.

«Sí, claro», pensó. De todos modos, merecía la pena intentarlo. Dejó con el mayor disimulo posible los papeles en el suelo y luego se volvió hacia su caja de herramientas, de donde sacó unos guantes de plástico.

—Póntelos —dijo—. Lo peor para las antigüedades es la grasa corporal de las manos.

—Lo sé —dijo Vicky mientras se ponía los guantes.

—¿En serio?

Vicky se inclinó para recoger la muñeca.

—He estudiado arte, antigüedades y colecciones en Metropolitan. Quise asistir a tu último seminario, pero no había plazas para estudiantes. Fue una decepción.

—¿De verdad? —preguntó Duncan, más halagado de lo que

debería—. La próxima vez llámame y lo arreglaremos.

«¿Pero qué estoy diciendo?», pensó de inmediato.

—Gracias —mientras Vicky miraba con auténtico interés la muñeca, Duncan se fijó en que tenía una mancha en la mejilla y, sin pensárselo dos veces, se la frotó con un dedo. Ella alzó la cabeza y lo miró como si hubiera hecho algo extraño.

—Era un trocito de madera —explicó Duncan, repentinamente nervioso por su impulsiva acción—. ¿Se ha caído algo cuando has entrado?

Vicky asintió sin decir nada.

—Este lugar es realmente inestable. Tienes que tener mucho cuidado —dijo, consciente del sentimiento de protección que estaba surgiendo en él.

—Lo haré —Vicky lo miró un largo momento. Luego volvió su atención a la muñeca y le levantó el borde del vestido—. Mira estas diminutas puntadas. Ya no se ven trabajos como estos.

—Es cierto, y ese es uno de los motivos por los que lucho por salvar estos objetos antiguos. Son una ventana a la cultura de otros tiempos.

—Sé lo que quieres decir. Por eso me importa tanto ascender a la división de fraudes en antigüedades. Quiero asegurarme de que tesoros como este no sean robados o destruidos por gente sin escrúpulos.

—¿Ascenso? —repitió Duncan, aunque creía estar haciéndose una idea clara de lo que sucedía.

—Sí —contestó Vicky. Luego dejó la muñeca en el baúl y se quitó los guantes—. Gracias por dejarme sostenerla. Y ahora, fírmame los papeles, por favor.

Duncan reprimió un suspiro. No esperaba que la distracción funcionara, pero lo menos que podía hacer uno era soñar. Mientras Vicky sacaba un bolígrafo de su bolso, él cerró el baúl. De todos modos, no debería estar haciendo allí el inventario. Haría falta muy poco para que aquel edificio se viniera abajo.

Recogió los papeles del suelo, se los entregó a Vicky y dijo:

—Vamos fuera. No me siento cómodo aquí.

—Vaya —replicó ella animadamente—. No esperaba que un hombre de tu reputación tuviera miedo de nada.

—No es miedo —dijo Duncan, con un leve matiz de irritación en

la voz—. Es prudencia. Esta casa está a punto de desmoronarse.

Se estaba agachando de nuevo para recoger el baúl cuando oyó un ruido sospechoso. Empezó siendo muy leve, pero su volumen creció rápidamente, hasta convertirse en un amenazador estruendo.

Vio que Vicky miraba a su alrededor, buscando el origen del sonido. Pero él lo vio antes que ella: un enorme trozo de escayola se estaba desprendiendo del techo.

—¡Cuidado!

Vicky vio el peligro a la vez que él gritaba. Saltó a un lado para evitarlo, pero tropezó con uno de sus tacones en un trozo de madera. Alargó la mano instintivamente, buscando algo a lo que sujetarse. "

—¡Nooo! ¡No!

Era demasiado tarde. Duncan gimió horrorizado al ver que Vicky caía de espaldas contra el puntal que sujetaba el techo. El soporte superior no aguantó el empuje y se deslizó contra el techo con un chirrido estremecedor. Duncan alargó una mano y logró apartar a Vicky antes de que el techo empezara a desmoronarse.

Sosteniéndola contra sí, se tiró al suelo y giró con ella hacia el muro de carga exterior. Cada vez que su espalda golpeaba el suelo sentía que se le clavaban piedras y astillas de madera, y supuso que Vicky lo estaría notando aún más, pues solo llevaba puesta una fina blusa de algodón. Hizo lo que pudo por protegerla. Pero no había tiempo para pensar. Solo para moverse. Para escapar. Para poner a aquella enloquecedora mujer a salvo.

Cuando, finalmente, su espalda chocó contra la pared, supo que había hecho todo lo posible. Si el muro aguantaba, estarían bien. Gran parte de la planta superior caería en medio de aquella habitación. Pero si el muro se hundía…

Estrechó a Vicky con fuerza contra su corazón.

Capítulo Seis

El ruido era ensordecedor. Una densa polvareda de yeso invadió la nariz y la boca de Vicky. Un objeto golpeó su casco con suficiente fuerza como para hacer vibrar su cerebro. Un grito se agolpó en su garganta, pero se negó a salir.

Pasaron siglos antes de que dejaran de caer cosas, aunque Vicky sabía que apenas habían transcurrido unos minutos. La luz del sol entraba de pronto a través de cientos de huecos en la estructura del edificio, y en el silencio posterior, roto tan solo por sus agitadas respiraciones, Vicky se aferró a los fuertes hombros de Duncan.

Tenía los pechos, el vientre y las piernas totalmente pegadas a él. Podía sentir cada protuberancia de sus duros músculos. Sus respiraciones y los latidos de sus corazones mantenían un ritmo parejo. En aquel momento, en aquel lugar, su indecorosa intimidad parecía natural y correcta, tanto que Vicky se acurrucó aún más en el refugio de los brazos de Duncan.

—¿Estás bien? —preguntó él al cabo de un momento.

Vicky echó atrás la cabeza y vio en sus ojos una clara expresión de ternura y cariño.

—Sí, ¿y tú?

—Aparte de algunas magulladuras, creo que no tengo nada roto. A ti se te ha ladeado el casco —Duncan aseguró con una mano el casco en la cabeza de Vicky y le apartó un mechón de pelo tras la oreja sin dejar de mirarle el rostro, como para asegurarse de que realmente estaba bien—. No deberías haber venido aquí —dijo, suavemente—. Podrías haber resultado seriamente herida.

—Lo sé, pero no ha sido así.

—Afortunadamente.

Su cruce de miradas fue como una descarga eléctrica, y Vicky

sintió que un delicioso estremecimiento recorría su cuerpo. Luego, Duncan volvió a rodearla con su brazo y ella apoyó de nuevo la cabeza contra su pecho. A lo lejos se oían voces de personas llamándose unas a otras. Las vigas que habían caído seguían crujiendo mientras se adaptaban al terreno, pero Vicky sabía que estaba a salvo entre los brazos de Duncan.

Las voces fueron creciendo de volumen, pero Vicky apenas registró ese hecho, y cuando Duncan le tocó el hombro se sobresaltó.

El contuvo el aliento en respuesta a su movimiento.

—¿Seguro que no estás herido? —preguntó ella, preocupada.

—Si —contestó él, con evidente esfuerzo.

Fue entonces cuando Vicky sintió un leve empuje contra la unión de sus muslos. De pronto, su forzada cercanía no le pareció tan segura. Apoyó las manos contra le pecho de Duncan para tratar de apartarse un poco. Desafortunadamente, habían quedado tan encajados entre los escombros y la pared que apenas podía moverse.

—Vicky —dijo Duncan con voz ronca—. Creo… creo que no deberías hacer… eso.

Al parecer, el movimiento de Vicky solo había servido para presionar su pelvis contra la de él con más fuerza. Ella sintió que todo su cuerpo ardía al notar con toda claridad la creciente erección de Duncan.

—Yo… sí, supongo que no —trató de quedarse totalmente quieta—. ¿Crees… que la ayuda llegará pronto? —preguntó, odiando el tono aterrorizado de su voz. Pero, por mucho que quisiera negarlo, lo cierto era que quería acercarse a Duncan, no alejarse de él.

—Espero que sí —Duncan le tocó el cuello como para aliviar su tensión, pero la caricia solo sirvió para provocar otro estremecimiento de placer en el cuerpo de Vicky. El gimió involuntariamente—. Lo siento. Ojalá pudiera hacer algo para evitar…

—No es raro que suceda esto —dijo Vicky, tratando de hablar en tono neutral—. He leído que en circunstancias en que la vida se ve amenazada se tienen a menudo esta clase de… reacciones. Ya sabes, la perpetuación de la especie y esas cosas. No es que nosotros…

Se produjo una larga pausa antes de que Duncan dijera:

—No, claro que no. No es que estemos… ni nada parecido.

—No, es solo que… que… —Vicky cerró los ojos con fuerza, demasiado avergonzada como para seguir mirándolo. ¿Qué hacía uno en una situación como aquella? Hablar de ello no había ayudado. Debían encontrar un modo de apartarse—. Tenemos que hacer un poco más de sitio, Duncan.

En aquel momento, un hombre gritó el nombre de Duncan, y Vicky volvió a sobresaltarse.

—¡Aquí abajo! —gritó Duncan. Luego susurró—: Vamos a salir de esta. En serio.

A continuación alargó una mano y empezó a mover cascotes. De pronto, el montón que había tras ellos se deslizó peligrosamente. Vicky parpadeó, apretó los labios y volvió a pegarse contra Duncan.

¿Pero era protección lo que buscaba?

¿0 era deseo sexual lo que la impulsaba?

Había tenido suficientes relaciones con hombres como para reconocer el apetito de la carne. Pero lo que había experimentado hasta entonces era una pálida imitación del arrollador impulso que sentía de eliminar la ropa que separaba sus cuerpos para invitar a Duncan a que le diera placer y a dárselo a él.

Ni siquiera conocía a aquel hombre. que temblaba sobre ella como un amante. No lo conocía en absoluto.

Pero cómo lo deseaba…

Tenía que hacer algo para enmascarar sus sentimientos. Tal vez, empezar una conversación.

—El… el gato te ha arañado —dijo, como si Duncan no lo supiera. Mantuvo los ojos cerrados. Hablar, sí. Mirar aquellos increíbles ojos azules, ni hablar.

—Sí —contestó Duncan mientras apartaba otro cascote.

—¿Te duele?

—No mucho.

Aquello no iba bien, y no ayudaba que, cada vez que Duncan apartaba un cascote, sus cuerpos se rozaran aún más.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—Me atacó un ocelote.

—¿En la selva? —al menos, aquel era un tema al que podían sacarle algo de provecho.

Duncan rio con suavidad.

—No, siento decepcionarte. Estaba en un zoo en California cuando uno de los felinos escapó. Cuando ayudé al encargado a arrinconarlo, el animal me lanzó un zarpazo. Nunca he tenido mucha suerte con los gatos.

Duncan notó que Vicky temblaba ligeramente, y trató de trabajar lo más rápido que pudo mientras contestaba las preguntas que ella hacía para distraer sus mentes de la íntima posición en que se encontraban. Y el truco estaba funcionando, porque su erección iba disminuyendo.

El problema era que él conocía los síntomas de una mujer excitada, y Vicky los tenía todos: la respiración agitada, el temblor, las dificultades al hablar… Pero no iba a avergonzarla hablando de ello. Aunque, si lo hiciera, tal vez lograría que olvidara su empeño en que firmara aquella reclamación. Pero no habría estado bien aprovecharse así de su vulnerabilidad. Quería protegerla y cuidarla, no explotar su debilidad.

—Ya puedes tumbarte de espaldas —dijo, tras apartar de un empujón el último cascote.

Vicky suspiró y giró sobre su costado, rozando a Duncan por última vez. El gimió involuntariamente, y se habría dado de bofetadas si hubiera podido.

Vicky abrió los ojos.

—Esto es tan…

—¿Embarazoso?

Ella asintió y luego negó con la cabeza.

—¿Degradante? —Duncan esperaba que no fuera eso, y se vio gratificado cuando Vicky volvió a negar.

—¿Sorprendente? ¿Vergonzoso?

—Sí —susurró Vicky—. Y totalmente… inadecuado.

—¡Inadecuado! —Duncan liberó su tensión en un estallido de risa.

—No trataba de ser graciosa —Vicky apartó la mirada, molesta —. Solo me refería a que nuestra relación es meramente profesional y… y esto no debería haber pasado.

Duncan pensó que le gustaba mucho más cuando era más vulnerable. Sin duda, él era el que había reaccionado de forma más visible, cosa habitual en los hombres, pero no era culpa suya que el techo se hubiera desmoronado. Sin pensárselo dos veces, tomó la

barbilla de Vicky con delicadeza y le hizo alzar el rostro para que lo mirara. Su piel estaba húmeda y ligeramente acalorada, revelando con claridad lo que se negaba a admitir.

—Tratas de decir que tú no has sentido nada?

Un largo silencio siguió a la pregunta de Duncan, interrumpido tan solo por los ruidos de la cuadrilla de rescate mientras se acercaba. Pero Vicky no trató de apartarse ni evitar su mirada.

—No —contestó finalmente, con tanta suavidad que Duncan apenas pudo oírla. Pero la oyó, y quiso volver a oírlo.

—¿No, qué? —la presionó, sin saber con exactitud por qué necesitaba saberlo.

—No. No trato de decir eso.

La confusión, el dolor y la necesidad que vio Duncan en los ojos color cobalto de Vicky resonaron en su interior. Lo que había sucedido entre ellos había desbaratado la imagen de mujer controlada que Vicky tenía de sí misma. Había perdido el control, y eso era dolorosamente obvio para ambos. Pero no era tan obvio cómo aquel incidente le había mostrado a Duncan que Vicky no era una mujer a la que se pudiera tomar a la ligera. Al menos él.

La había conocido aquella misma mañana y ya había puesto su vida en peligro dos veces, por no mencionar que podía haber causado la desaparición del baúl que él había ido a salvar a Idaho Springs. También amenazaba su reputación y la seguridad de su familia. Pero eso no era nada comparado con los peligros a los que tendría que enfrentarse si permitía que su relación con ella fuera más allá.

Miró los afligidos ojos de Vicky. Su labio inferior temblaba casi imperceptiblemente, invitándolo a besarla para alejar su inquietud. La situación era peligrosamente tentadora y, por un momento, estuvo a punto de sucumbir.

Casi con brusquedad, le soltó la barbilla.

—De acuerdo —dijo, en tono cortante.

—¿De acuerdo?

—Eso era todo lo que quería saber. Si tú también habías sentido algo.

—¿Por qué? —preguntó Vicky, claramente desconcertada.

—No estoy seguro —Duncan respiró profundamente—. Ahora relájate. En cualquier momento llegaran a rescatarnos.

A continuación se tumbó de espaldas y contempló el derrumbamiento que podría haberse convertido fácilmente en su tumba.

—Profesor Mulcahey —dijo el capataz de la obra a Duncan—, le agradecería que no informara sobre lo sucedido. Mi jefe se enfadaría mucho, y ya que nadie ha resultado herido…

Cuando Duncan se volvió hacia Vicky y le preguntó si estaba segura de que no tenía ninguna herida, ella apartó la mirada deliberadamente.

—No —replicó, tensa, mientras seguía rebuscando entre los escombros los papeles de la reclamación. Aunque Duncan había insistido en que se fuera mientras los hombres se ocupaban de sacar el baúl semienterrado, ella se había negado a hacerlo. Necesitaba que Duncan firmara aquellos papeles ese mismo día.

No quería volver a verlo nunca más.

Duncan se acercó a ella y apoyó las manos en sus hombros para que se irguiera.

—Déjalo ya —dijo, con suavidad—. Los papeles han quedado enterrados bajo montones de cascotes. Nunca los encontrarás.

—Harías cualquier cosa para evitar firmar la reclamación, ¿verdad? —replicó ella—. Incluso derruir esta casa.

—¿Estás sugiriendo…?

—Solo ha sido una mala broma. Olvídalo.

—Vamos —dijo Duncan, acompañándola hacia la salida. Una vez fuera, se quitó el casco y parpadeó hasta acostumbrarse a la luz del sol—. ¿Estás segura de que no te has hecho daño? Podríamos ir a la enfermería a que te echaran un vistazo. Solo por si acaso.

—Por enésima vez, no.

—Vicky…

—Devuelve esto a quien corresponda, por favor —Vicky se quitó el casco y se lo entregó—. Y dale les gracias. Estoy segura de que ha salvado mi vida —añadió, antes de volverse para alejarse—. Me pondré en contacto contigo para que firmes la reclamación.

—Estoy seguro de ello —Duncan ya no sonaba preocupado, sino amargado.

Vicky volvió la cabeza.

—Nada de esto habría pasado si hubieras firmado la maldita reclamación enseguida.

—0 si tú no te hubieras metido en lugares en los que no debías.

Vicky se volvió lentamente, dispuesta a responderle como se merecía. Pero no pudo evitar fijarse en su desaliñado aspecto. Tenía el rostro y el cabello cubierto de polvo, hasta el punto de que este último parecía canoso. En su mirada percibió un destello de algo que no pudo definir. No era rabia, desde luego. ¿Confusión, tal vez? ¿Dolor? ¿Pesar?

Duncan tenía razón. Ella había sido la culpable de que el edificio se hundiera. Movió la cabeza con cansancio, repentinamente contenta de que hubiera alcanzado una acuerdo con el capataz para mantener aquello en silencio. Ella tampoco quería que se informara sobre lo sucedido.

—Conduce con cuidado —dijo finalmente Duncan, y a continuación se alejó.

Vicky se dirigió a su coche, tratando de decidir si debía volver a la oficina a imprimir de nuevo los papeles de la reclamación. Duncan y ella habían estado atrapados durante dos horas.

Pero sus dudas desaparecieron en cuanto se vio en el espejo retrovisor. No, ir a la oficina no era una opción. Si Duncan tenía mal aspecto, el suyo era aún peor. Tenía tanto polvo amontonado en el pelo y en el rostro que parecía barro. Su blusa desgarrada tenía un aspecto casi indecente, y aunque sus tacones habían sobrevivido, sus medias no.

Afortunadamente, había informado a Ida de su viaje a Idaho cuando había acudido esa mañana al despacho a imprimir una nueva reclamación. Si no regresaba antes de que cerraran, su jefa no se sorprendería. Un buen ejemplo de la sabiduría que suponía seguir las reglas.

Mientras conducía hacia Denver se encontró recordando la expresión de Duncan. rDe verdad había visto dolor en su mirada? Si era así, no tenía idea de a qué se debía. Había creído que iba a besarla después de haberle sonsacado aquella vergonzosa admisión. De hecho, había deseado desesperadamente que la besara.

Pero él no lo había hecho. Y ella no había podido evitar preguntarse si su único propósito habría sido humillarla. Si era así, había hecho un magnífico trabajo. De manera que, ¿a cuento de qué iba a estar él dolido?

Pero solo se estaba engañando a sí misma. Duncan no la había

humillado. Se había humillado ella a sí misma admitiendo que se había sentido atraída por él. Aquel hombre podía ser un ladrón, y ella lo sabía desde el principio. ¿Acaso carecía de sentido común, de instinto de conservación? ¿Se estaría convirtiendo en una de esas patéticas mujeres que se sentían atraídas por los chicos malos, como las polillas por las llamas?

Que Dios la ayudara si era así.

Pero no quería pensar mas en aquello, y, afortunadamente, no tardó en llegar a la casa que compartía con su madre. Dejó el coche en el garaje y entró por la puerta de la cocina, esperando haber llegado antes que ella.

—¡Dios santo, Vicky! Qué te ha pasado? —gimió su madre al verla, saltando de la silla en la que estaba sentada—. ¡Parece que vienes de alguna zona en guerra!

—En cierto modo, así ha sido —replicó Vicky—. Pero ahora estoy demasiado cansada como para hablar. Solo quiero darme un baño.

—Es ese trabajo tuyo, ¿verdad? —dijo su madre, alisando distraídamente el pelo de Vicky mientras se fijaba con consternación en los rasguños de sus piernas, en la camisa desgarrada—. ¡Sabía que era demasiado peligroso!

Barbara Deidrich era una buena madre pero, a veces, su preocupación abrumaba a Vicky, y aquella era una de esas veces.

—Déjame tranquila ahora, mamá, por favor —rogó—. Luego te explico lo que ha pasado.

Para su alivio, Barbara le hizo caso.

—Yo me ocupo de prepararte el baño. Tú quítate ese desastre de ropa —suspiró y volvió a tocar la blusa de Vicky—. Es una pena. Te quedaba tan bien…

—Puedo comprar otra.

Vicky entró cansinamente en el cuarto de estar, sintiendo un inesperado rechazo ante la decoración beige con beige de la casa. Tan segura, tan sofocante, que parecía reflejar todas las prudentes decisiones que había tomado durante toda su vida… al menos, hasta esa tarde.

Las consecuencias de lo sucedido aún resonaban en el umbral de su mente cuando se sumergió en el baño de burbujas. Rozaduras, arañazos y futuros moretones cubrían sus brazos y piernas. Nada

grave, gracias a Duncan, y se curarían en unos días. Pero, de momento, le dolía cada parte del cuerpo…

Se pasó los dedos por los labios. También le dolían. Por el beso que Duncan no le había dado. Reconocer aquello hizo que se ruborizara.

«Sáltate la seguridad del museo», le había dicho su jefa. «Cuenta una mentira de vez en cuando si así consigues lo que pretendes. Roba una tarjeta de identificación y una lista de señas si es necesario.

Pero, ¿a qué le había llevado todo aquello?

A fallar estrepitosamente. No tenía la reclamación firmada y el lunes tendría que presentarse al trabajo con las manos vacías y con otra mentira en los labios, porque no había informado del accidente ni pensaba hacerlo.

¿A dónde le había llevado saltarse las normas?

Sensatez y firmeza; ese era el camino. Su madre siempre había tenido razón. De manera que, ¿por qué aquellos sólidos valores le parecían de repente como cadenas?

¡Qué viva se había sentido en aquel tejado, con la mano de Duncan sobre su pecho! Y después, presionada contra él en medio de los escombros, había sentido un agonizante éxtasis. Viva más allá de estar viva. Y había querido más de él. Más, mucho más.

Todas aquellas emociones estaban llevando a Vicky a un lugar que la asustaba, tanto que no estaba segura de poder sobrevivir en él.

¿A dónde le había llevado saltarse las normas?

Vicky logró no tener que hablar de los detalles del día durante la cena. Más tarde, sentada junto a su madre en el sofá beige, le preguntó por el viaje a esquiar que pensaba emprender al día siguiente.

—Estaba pensando en cancelarlo —contestó Barbara.

—No, mamá. Llevas meses planeándolo.

—Pero mírate.

El gesto preocupado de su madre impulsó a Vicky a tranquilizarla.

—Estoy bien. En serio. Solo un poco entumecida. Pero el baño me ha sentado muy bien.

—He tratado de darte tiempo, suponiendo que sacarías el tema a

relucir cuando estuvieras lista. ¿Ni siquiera me vas a contar lo que ha pasado?

De manera que Vicky le resumió lo sucedido, cuidando de quitar importancia al peligro que había corrido y mencionando lo menos posible a Duncan. Pero su madre no era ninguna tonta, y leyó rápidamente entre líneas.

—Je sientes atraída por ese hombre?

—¿Atraída? ¡Claro que no! —Vicky se mordió el labio. Había mentido a demasiadas personas ese día, y no quería incluir a su madre entre ellas—. Quiero decir… bueno, tiene unos ojos azules preciosos, casi hipnóticos, y es muy… muy masculino. Varonil, si sabes a qué me quiero referir.

Barbara se apoyó contra el respaldo del asiento y suspiró.

—Desafortunadamente, lo sé muy bien. Eso era lo que yo sentía por tu padre. Su muerte fue lo más terrible que me ha sucedido —el grueso tono de su voz revelaba que a pesar del tiempo transcurrido aún sentía un gran pesar—. A veces pienso que mi temor a perderte me hace sobreprotectora. Tal vez debería haberte dejado más libre para que cometieras tus propios errores.

Aquello no era nuevo para Vicky, pero oírle admitirlo a su madre fue una sorpresa.

—Eres una madre estupenda —dijo, tratando de reconfortarla, y a continuación se rio burlonamente de sí misma—. Pero puede que tengas razón. Casi tengo treinta años. Tengo un buen trabajo. Algún día voy a tener que aprender a vivir por mi cuenta.

No solía sacar aquel tema a relucir porque sabía que a su madre le dolía, y en realidad no tenía intención de sacarlo en aquellos momentos. Como esperaba, Barbara lo pasó por alto. Miró a Vicky un momento y se levantó para encender la televisión. Pronto pondrían Nash Bridges, el modo favorito de su madre de pasar los viernes por la tarde.

Pero el programa aún no había empezado, de manera que bajó el volumen y volvió a sentarse.

—Algún día tendrás tu propia casa —dijo, sorprendiendo a Vicky al retomar el tema—. Pero no me siento muy tranquila al respecto —palmeó cariñosamente la rodilla de su hija—. Tienes una vena salvaje en tu personalidad.

—tuna vena «salvaje»? —Vicky rompió a reír, y cuando dejó de

hacerlo se alegró de ver a su madre sonriendo—. Casi todos los días me acuesto antes de las once. Conduzco el Toyota más seguro del mercado y el color más animado de mi vestuario es el granate. ¿Cómo puedo tener una vena salvaje?

—Esos tacones altos que llevas muestran la verdadera naturaleza de una mujer.

Vicky volvió a reír.

—Tú eres un modelo de contención, y también llevas tacones altos.

—No lo sabes todo sobre mí, querida. En otra época llevé una vida bastante arriesgada.

Vicky miró a su madre con expresión escéptica.

—¿Esperas que crea eso?

—Como has dicho, estás a punto de cumplir los treinta. Ya eres lo suficientemente mayor como para que algunas revelaciones no ofendan tu sensibilidad… espera, va a empezar el programa.

Tras subir de nuevo el volumen del televisor, Barbara se arrellanó cómodamente en el sofá y se dispuso a ver su programa. Distraídamente, tomó la mano de su hija y la estrechó con suavidad.

Vicky fue incapaz de concentrarse en el argumento. Se ajustó la bata, metió los pies bajo su cuerpo, se pasó la mano por el pelo. Cada vez que se movía sentía la mano de su madre en la suya, pero no se animaba a retirarla.

Así que «salvaje», pensó, mirándola de reojo. Si era así, ¿qué había refrenado aquella faceta de la personalidad de su madre? ¿La muerte de un marido temerario, o su propio miedo a lanzarse hacia un futuro nuevo e impredecible?

¿Y la vena salvaje que decía que ella tenía?

Si eso era cierto, ¿por qué era tan reprimida? En su vida no había habido tragedias, ni amores perdidos. Solo la convicción de que si se le iban las cosas de las manos acabaría como su madre, pasándose la vida en casa viendo algún programa de ficción como Nash Bridges, cuyos personajes vivían la clase de vida que ella había evitado escrupulosamente.

Y aunque quería mucho a su madre, aquella clase de vida no era lo que deseaba para su futuro. Mientras echaba un distraído vistazo a los apagados tonos del salón, se hizo consciente de una abominable verdad.

Ya era como su madre.

Si no hacía algo para remediarlo, sus oportunidades de cambiar serían cada vez más escasas. Aquella sería su vida para siempre. Y ella sería la única responsable. En realidad, esa tarde no había vuelto a la oficina a imprimir una nueva reclamación por temor a que su jefa la reprendiera. Y el mismo temor le había impedido informar de lo que había descubierto en la casa de Duncan.

Pero aún no era demasiado tarde. Bridget le había hablado de la fiesta de despedida de soltero de esa noche, y estaba segura de que Duncan asistiría. Y existía la posibilidad de que la ventana de su estudio siguiera entreabierta.

Iba a hacerlo. Desde luego que iba a hacerlo.

De pronto se sintió poseída por una intensa sensación de poder, por la certeza de que podía hacer lo que se propusiera. Incluso demostrar que el estimado profesor Mulcahey era en realidad un contrabandista de objetos antiguos, tal vez, incluso un ladrón.

Cuidadosamente, se liberó de la mano de su madre.

—Tengo que volver a salir —al ver que su madre estaba a punto de protestar, añadió con firmeza—. Es un asunto relacionado con mi trabajo, mamá. No me esperes levantada, por favor. Es probable que llegue tarde.

Capítulo Siete

Totalmente vestida de negro, como los ladrones de las películas, Vicky avanzó sigilosamente hacia la casa de Duncan, manteniéndose bien pegada a los arbustos. Rogó para que el diabólico perro que había visto aquella mañana estuviera encerrado. Al no oír ningún ladrido, dio gracias al cielo por haberla escuchado.

De todos modos, su pulso no se relajó. ¿Y si Duncan había decidido no asistir a la fiesta?

Pero claro que había ido. No creía que unos moretones y un par de arañazos le hubieran impedido asistir a la despedida de soltero de su futuro cuñado.

Sin embargo, no podía estar completamente segura de ello.

Pero precisamente en eso consistía arriesgarse, se dijo. En no saber con certeza lo que iba a pasar. Sin duda, correr riesgos resultaba realmente incómodo.

La ventana por la que había estado a punto de entrar cuando Demora había ladrado seguía abierta. Excepto por la tenue luz de una farola cercana, la zona estaba prácticamente a oscuras. Era una oportunidad para entrar sin que la vieran. Tal vez. 0 tal vez no.

Pero, o se decidía, o no lo haría nunca.

Respiró profundamente y alzó un poco más la ventana. Aunque su corazón latía mucho más rápido que de costumbre, estaba mucho más tranquila de lo que esperaba. ¿De verdad estaba cometiendo el delito tipificado como allanamiento de morada? Sin duda, su comportamiento solo podía calificarse de vergonzoso.

Entonces, ¿cómo era posible que se sintiera tan satisfecha consigo misma?

La fiesta no estaba siendo más aburrida que otras fiestas de

soltero, pensó Duncan. El local estaba lleno de amigos de Roger. Las bebidas no paraban de circular y los brindis se sucedían constantemente entre bromas y burlas.

Duncan estaba deseando irse a casa. Además de estar exhausto después del día que había pasado, tenía que soportar las molestias de los arañazos y golpes recibidos. Y también se estaba cansando de todos los comentarios que estaba teniendo que aguantar al respecto, y de las risotadas de sus interlocutores cuando contestaba que el arañazo no se lo había hecho una «zorrita caliente», sino una irascible gatita.

De vez en cuando, entre brindis y brindis, Roger se acercaba a él, con unas cuantas cervezas de más en el cuerpo y mucho sentimentalismo.

—Soy un tipo realmente afortunado —decía a Duncan, pasando un fraternal y pesado brazo por sus doloridos hombros—. Mañana voy a casarme con un ángel.

—Sí, Meg es una gran chica.

—Espero que algún día tengas tanta suerte como yo —continuó Roger, tras dar otro sorbo a su cerveza—. Cuando encuentres a la mujer adecuada comprobarás que nada puede compararse a eso.

—Seguro que tienes razón.

—Desde luego —asintió Roger solemnemente. Inclinándose hacia el oído de Duncan, susurró con complicidad—. Esto del matrimonio no tiene muy buena reputación, pero te aseguro que proponerle a tu hermana que se casara conmigo es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Cuando encuentres una chica como ella sabrás a que me refiero.

—¡Hey, Roger! —gritaron entre risas algunos tipos que se hallaban junto a la puerta—. Hay alguien aquí que quiere verte.

Una joven pechugona vestida de agente de policía entró en el local sosteniendo a la vista de todos unas esposas. Unos momentos después tenía a Roger esposado a una silla, en medio de una descarga de comentarios jocosamente lascivos. Viendo una oportunidad para escapar, Duncan fue rápidamente hacia la salida.

Para cuando entró en su MG, sentía un hastío casi insoportable, y sabía que no era debido al cansancio. Lo que le tenía destrozado era el recuerdo del funesto momento en que había estado a punto de besar a la bonita Vicky Deidrich.

Y tampoco le habían ayudado los comentarios de Roger. Su futuro cuñado le caía bien, y pensaba que era estupendo para Meg, pero habría preferido que se hubiera abstenido de hacerle toda aquella propaganda sobre el matrimonio. Y el comentario sobre el «ángel» también le había afectado. Recordaba muy bien que esa era la palabra que había surgido en su mente al ver por primera vez a Vicky.

De manera que Roger pensaba que no había nada mejor que el matrimonio. Se alegraba por él, sobre todo porque había tenido mucha suerte consiguiendo que Meg aceptara casarse. Pero, por otro lado, ¿qué tenía que perder un contable como él? No había tenido que poner su profesión en peligro por Meg, como le había ocurrido al hermano pequeño de Duncan. Casándose con Sophie, Michael había dado la espalda a su prometedora carrera como músico.

Duncan se tocó cuidadosamente el arañazo del rostro. Extrañamente, entre todos los cortes y moretones recibidos, el arañazo de Puff puff era el que más lo molestaba. La profundidad del corte y el dolor que había dejado a su paso le recordaron a Vicky. Sin duda, era una mujer tan tenaz como un felino, y lo había demostrado presionándolo de forma inmisericorde con el maldito asunto de la reclamación. Pero lo cierto era que sus sentimientos por ella lo tenían completamente confuso.

Mientras se alejaba del local en que se estaba celebrando la despedida de soltero recordó la desolación del rostro de Vicky tras haber tratado de encontrar los papeles entre los escombros. Cuando le oyó murmurar algo sobre la pérdida de un ascenso sintió la tentación de asegurarle que el vestido estaría de vuelta en su sitio el lunes, solo para volver a verla sonreír.

¿Y si le decía la verdad?

Aquel pensamiento salido de la nada lo dejó totalmente desconcertado. ¿Qué diablos le había hecho plantearse esa absurda posibilidad?

Pero, ¿por qué no hacerlo?

Porque no la conocía. Por eso. Los riesgos eran demasiado grandes. Si se descubriera lo sucedido, su reputación sufriría un daño considerable, pero lo peor era que su madre y su hermana podrían tener que enfrentarse a una demanda judicial.

Había muy pocas cosas que pudieran darse por sentadas en la vida pero, sin duda, una de ellas era la inquebrantable tenacidad de Vicky. Nada le impediría informar de un delito descubierto por ella, de manera que, si no encontraba pronto la carta de Horace Whitfield dándole permiso para utilizar el vestido, más le valía llamar directamente a la policía y entregar a su madre.

El no era una persona que huyera del riesgo. En una ocasión luchó con un cocodrilo, pequeño, ciertamente, pero no menos peligroso por ello, hasta que estuvo seguro de que un amigo suyo que había resultado herido se encontraba a salvo. Luego soltó al animal y batió el récord de los cincuenta metros huyendo hacia la orilla. Y en más de una ocasión había liberado a algún grupo de arqueólogos perdidos en la selva de nativos poco amistosos, posiblemente caníbales.

Sin embargo, tenía la sensación de que su coraje lo estaba abandonando. Nunca antes había experimentado el atenazante terror que se había apoderado de él cuando había sentido la tentación de besar a Vicky. Y sabía que tenía más que ver con cosas conectadas con su conversación con Roger que con el temor a ser demandado.

Adoraba su trabajo. Había subido a lo alto de las montañas del Tibet y había explorado las selvas de Sudamérica, buscando reliquias del pasado. Su trabajo le daba un sentido de la continuidad de la especie, y una humildad nacida de saber lo insignificante que era el hombre moderno en el conjunto de la historia.

Y para ello había que viajar, lo que suponía financiación, y esta debía surgir de algo más que de su abundante, pero no repleta cuenta bancaria.

Sus pensamientos volvieron hacia su hermano.

Michael tocaba de maravilla el saxo. Podía haber llegado muy lejos. Pero entonces había aparecido Sophie y le había hecho caer en la trampa del matrimonio tradicional. La casita en las afueras, los niños y el trabajo.

Sin duda, Michael parecía bastante feliz dando clases de música en un colegio, y aún tocaba ocasionalmente los fines de semana. A veces, sobre todo desde que había nacido su hijita, parecía incluso plenamente satisfecho. Pero desde el punto de vista de Duncan, su

hermano pequeño había renunciado a su sueño de siempre por algo mucho más prosaico.

Y él nunca haría eso.

Nunca.

Hasta que había conocido a Vicky, ninguna mujer le había hecho considerar aquella posibilidad, y encontraba irónico que la cercana boda de Meg y la tradición de su familia sobre el vestido de novia los hubiera reunido. Un giro de los acontecimientos que, sin duda, encantaría a su madre.

Giró en la calle por la que se entraba a su barrio, alegrándose de estar ya cerca de su casa. Pero no tenía intención de meter el coche en el sendero de grava, donde el ruido del motor alertaría a Meg de que se había escapado de la fiesta de despedida de soltero. En lugar de ello, aparcó en el bloque anterior y entró en su casa por el patio trasero, al que daba directamente su dormitorio. Una vez en este, se desnudó y se metió directamente en la cama.

Justo antes de quedarse dormido se encontró preguntándose qué aspecto tendría Vicky con el vestido de boda. La imagen de su magnífico cuerpo ceñido por este lo dejó sin aliento. Su pelo rubio relucía bajo un velo floreado, sus ojos azules destellaban. Avanzaba hacia él con las manos extendidas, sonriendo…

Entonces le entregaba un bolígrafo y unas hojas y decía con dulzura:

—Vaya directamente a la cárcel, profesor Mulcahey.

Tras pasar por encima de un gran cajón, que probablemente estaría lleno de ganancias ilegales, Vicky se detuvo unos segundos. Todo estaba en completo silencio. Bien. Tomó la pequeña linterna que llevaba consigo en una bolsa y la encendió. El haz de luz cavó de lleno sobre el ceño fruncido de un guerrero de bronce barbado.

«Asia menor, siglo segundo antes de Cristo», catalogó de inmediato, alegrándose al comprobar cuánto recordaba de sus estudios. El siguiente objeto era un panel de piedra caliza egipcia, probablemente del siglo cuarto. A continuación había estantes y estantes de objetos de un precio incalculable.

El corazón de Vicky latió de excitación. Había dado con algo realmente grande. Un descubrimiento de aquellas proporciones podía darle fama mundial incluso antes de haber ascendido a investigadora.

Anhelando descubrir más evidencias incriminatorias, movió la linterna a la siguiente estantería. El haz de luz reveló un busto de barro de San Agustín, probablemente flamenco y totalmente exquisito. Sintiéndose maravillada ante la presencia de algo tan bello, Vicky dudó. Deseaba sostenerlo, tocarlo… No debería hacerlo…

Pero era probable que nunca volviera a tener otra oportunidad. Y llevaba guantes. ¿Qué mal podía hacer?

Finalmente, tomó el busto lo iluminó de cerca y se quedó absorta contemplando su magnificencia.

De pronto, la habitación se iluminó por completo.

—¿Qué diablos haces tú aquí?

Vicky dejó escapar un pequeño grito y se volvió hacia Duncan, que se hallaba en el umbral de la puerta, parcialmente oculto en la penumbra exterior. Los dedos le temblaron y el busto resbaló de su mano. Unos chillidos de desesperación vibraron en su garganta mientras trataba de sujetarlo.

Pero todo fue en vano.

El frágil e irremplazable busto de San Agustín cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

Vicky se arrodilló entre los restos, sollozando, tratando de reunirlos.

—Oh, Dios mío. No puedo creerlo… mira lo que… oh, no…

Tomó la nariz de San Agustin del suelo y trató de colocarla en el centro de su maltrecho rostro, pero siguió quedando un considerable agujero a un lado. La barbilla solo encajó un poco mejor. Aunque le parecieron una eternidad, solo pasaron unos segundos hasta que comprendió que el daño era irreparable. Sus sollozos se transformaron en lágrimas mientras se inclinaba sobre el busto roto.

—Lo he destrozado —gimió—. Su precio es incalculable y… y lo he destruido —su gemido creció hasta convertirse en un auténtico lamento—. ¡He matado a San Agustín!

—¿Qué haces aquí, Vicky? —preguntó Duncan, suavemente.

Vicky alzó la cabeza y se frotó las lágrimas del rostro. Había montado un lío terrible, y debía enfrentarse a las consecuencias. «¿Ves a dónde te ha llevado saltarte las normas?», se dijo, fijándose vagamente en la sonrisa de Duncan mientras abandonaba las

sombras y entraba en la habitación.

«¿Te parece gracioso?», quiso espetar, pero antes de que las palabras surgieran de su boca, vio que Duncan estaba… ¡desnudo!

Por un instante, pensó que su cuerpo le recordaba al de alguno de los dioses esculpidos en los estantes.

Y ni siquiera llevaba una hoja de parra para cubrirse.

—¡Estás desnudo! —exclamó.

La sonrisa de Duncan se ensanchó y una ronca risa resonó en su garganta.

—¿Lo encuentras gracioso? —peguntó Vicky, finalmente.

—En cierto modo, sí.

Duncan avanzó hacia ella, pero Vicky alzó de inmediato los brazos.

—¡No! ¡No! ¡No te acerques más!

—Vicky —dijo él, con una paciencia evidentemente fingida, y se inclinó para recoger una de las orejas del santo. Por unos benditos segundos, la parte de su anatomía que Vicky había evitado a toda costa mirar quedó oculta—. Esta es mí casa. Soy yo el que debería estar dando las órdenes.

Vicky volvió la cabeza.

—Al menos, ponte algo de ropa.

Duncan suspiró y, a continuación, Vicky oyó el roce de un grueso tejido.

—Ya puedes mirar.

Vicky tuvo que hacer un esfuerzo para volver la cabeza y comprobar que Duncan se había envuelto en una especie de manta inca. Otra risa ronca le hizo comprender cuánto le había costado mirarlo. Sus mejillas empezaron a acalorarse.

«No voy a ruborizarme», se dijo. «No voy a ruborizarme, no voy a ruborizarme…»

—Te estás ruborizando, Vicky —dijo Duncan—. ¿Es que nunca habías visto a un hombre desnudo?

—Por supuesto que he… —ella se interrumpió y movió la cabeza—. ¡Lo cierto es que eso no es asunto tuyo]

La sonrisa se esfumó al instante del rostro de Duncan.

—Apareces en mi casa en medio de la noche vestida como un ladrón —dijo, severamente—. Soy yo el que dicta las reglas aquí ¿Puedes darme algún motivo por el que no deba llamar a la policía?

Vicky le dedicó una mirada desafiante.

—No creo que te interese llamarla. Tu «negocio» quedaría en evidencia.

—¿Mi negocio?

—Sí. Ya sabes, tu tinglado del contrabando.

Duncan se palmeó con la mano un lado de la cabeza, y al hacerlo soltó la manta, que comenzó a deslizarse hacia el suelo. Vicky contuvo el aliento, y solo lo soltó cuando vio que la manta se detenía a la altura de su cadera.

—Debería darle vergüenza, profesor Duncan Mulcahey —dijo, alzando levemente la nariz—. Un hombre en su posición convertido en el cerebro de una red de contrabando de objetos robados.

Duncan frunció el ceño tan fieramente como el guerrero de bronce y, por primera vez, Vicky se hizo plenamente consciente de su precaria situación. Un hombre capaz de robar aquellos objetos de precio incalculable, ¿qué más sería capaz de hacer? ¿Rebanar la garganta de una inexperta y obviamente estúpida perito del seguro? ¿Enterrar su cuerpo en el patio trasero? 0 peor aún, llevarla a las montañas, donde nadie la descubriría hasta que se derritieran las nieves. «¿Ves a dónde te ha llevado no respetar las normas?»

El ceño fruncido de Duncan dio paso a una risa incontenible. La manta se deslizó un poco más por sus caderas.

—¡Basta ya! —gritó Vicky—. Esto no tiene ninguna gracia. Si vas a matarme, ¡hazlo ya!

—¿Ma… matarte? —la risa de Duncan se intensificó, haciéndole llorar—. ¿Matarte? Oh, Vicky, eres… ¡eres única!

La manta se deslizó un poco más hacia abajo, revelando parte de una musculosa nalga. Vicky apartó la mirada y señaló los estantes con un enérgico movimiento de la mano.

—¡No puedes negarlo! ¡Ahí está la evidencia!

Al volverse hacia las estanterías, parpadeó repetidas veces. Algo iba mal. Tenía que haber algún error.

Porque al menos media docena de bustos de San Agustín le sonreían con benevolencia desde las estanterías, y todos conservaban sus magníficos rostros en perfectas condiciones.

Capítulo Ocho

—Son copias, Vicky. Muy buenas, pero siguen siendo copias.

—No es posible… —murmuró Vicky—. No es posible… —volvió la mirada hacia Duncan con una mezcla de confusión y abyecto alivio—. Entonces… ¿no he destrozado un tesoro nacional?

—No —Duncan no pudo evitar sonreír a pesar de la evidente angustia de Vicky. Después de todo, ella se lo había buscado—. Aunque sí me has costado trescientos dólares de beneficios. Cómo me vas a compensar es algo aún abierto a discusión —avanzó hacia ella, se inclinó y la tomó por un brazo—. Vamos, es hora de que me cuentes qué haces aquí.

Vicky no opuso resistencia mientras Duncan la ayudaba a levantarse, pero cuando vio que la manta se deslizaba un poco más hacía abajo, murmuró, asustada:

—Cuidado —instintivamente, trató de sujetar la manta y, al hacerlo, su mano entró en contacto con la cadera desnuda de Duncan. Su ahogado gritito de susto hizo que él volviera a reír.

Cuando llegaron al cuarto de estar, Duncan la empujó con suave firmeza hacia una butaca y permaneció de pie frente a ella. Había pasado el momento de la diversión. Aquella mujer estaba a punto de crear un caos en su familia y en su futuro. Tal y como estaban las cosas, sospechaba que incluso aunque el vestido estuviera de vuelta en el museo el lunes, Vicky no dejaría de investigar los sospechosos detalles de su desaparición. Tenía que detenerla, y para ello debía explotar su bochorno por el enorme error que había cometido.

—Habla, Vicky —dijo, con firmeza—. Estoy seguro de que tus superiores no están al tanto de tus poco convencionales métodos de investigación. Explícame de dónde has sacado la peregrina idea de entrar en mi casa como un ladrón y dame algún motivo para que no

llame a la policía.

Aunque el sensual labio inferior de Vicky tembló ligeramente, tentando de nuevo a Duncan, también recuperó de inmediato su irritante actitud de profesional de los seguros.

—Debes reconocer que tu evidente renuencia a firmar la reclamación por el vestido perdido resulta bastante sospechosa —señalándolo con un dedo acusador, añadió—: En realidad opino que todo esto ha sido culpa tuya.

Duncan se ciñó con más fuerza la manta inca. Estaba hecha de lana, y lo que más le apetecía era rascarse. Pero, a pesar de su enfado, no quería abochornar más a Vicky. Se sentó en el sofá y se inclinó hacia ella.

—¿Te importaría explicarme eso último?

—Si te hubieras ocupado de la reclamación en cuanto desapareció el vestido, nada de esto habría sucedido. No habría tenido que venir a tu casa, no habría visto todos estos objetos y… y no habría sacado la conclusión errónea de que los habías metido en el país de contrabando.

—Lo que me gustaría saber es por qué es tan importante para ti que la reclamación quede firmada hoy mismo. ¿Te das cuenta de los peligros que has corrido a causa de ello? —Duncan se inclinó un poco más hacia ella, cada vez más enfadado—. Casi te caes de mi tejado, y los dos podríamos haber muerto en esa casa de Idaho Springs. Eres la mujer más impulsiva e imprudente que he conocido. Eres incluso temeraria. Me asustas, Vicky. ¿Y si hubiera tenido un arma aquí? ¡Podría haberte disparado!

—¡Pero no lo has hecho! —Vicky abrió los ojos de par en par—. ¿Tienes un arma?

—No, ¿pero no se te había pasado esa posibilidad por la cabeza?

—Creía que estarías en la fiesta de despedida de soltero.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Tu madre lo mencionó esta mañana.

Duncan suspiró. ¿No le habían puesto ya su madre y Meg en suficientes aprietos como para encima dar información a una espía? Una espía muy atractiva, por cierto. El ceñido jersey negro que llevaba puesto marcaba con toda claridad el contorno de sus pechos y cintura, y los vaqueros, también negros, ceñían la curva de sus caderas y sus largas y bonitas piernas. Se había quitado el gorro

negro, dejando su pelo rubio revuelto, y se había mordisqueado nerviosamente los labios hasta dejarlos sin pintura. Su boca, húmeda y desnuda, parecía estar esperando que la besara.

Duncan tuvo que cruzar las piernas para que no se evidenciaran los resultados de su inspección.

—Solo dime por qué, Vicky. ¿Por qué hoy? —si lo averiguaba, tal vez podría encontrar un modo de aplacarla durante el fin de semana—. ¿Es por el ascenso que has mencionado esta tarde en Idaho Springs?

Vicky dudó. Era evidente que no quería hablar de aquello.

—Eso debería darte lo mismo.

—No me da lo mismo —Duncan alargó una mano hacia el teléfono que se hallaba junto al sofá y alzó las cejas con gesto de advertencia—. Tú eliges.

Sus ojos se encontraron durante un largo e intenso momento. Excepto por el suave sonido de sus respiraciones sincronizadas, en la casa reinaba un completo silencio.

—Es por el ascenso —dijo Vicky finalmente—. Quiero ascender a investigador en el departamento de fraudes relacionados con antigüedades. Llevo años trabajando y estudiando mucho para conseguirlo.

Se produjo una nueva pausa y Duncan esperó a que continuara.

—El lunes pasado, Ida, mi jefa, me dijo que me faltaban iniciativa y osadía para… para un trabajo como ese. Me dijo que debía correr más riesgos, y utilizó la reclamación del vestido de boda perdido como ejemplo —el esfuerzo que estaba haciendo para contarle aquello conmovió a Duncan—. Ida tiene razón —continuó Vicky—. El vestido desapareció hace más de seis semanas, y he permitido que me dieras largas una y otra vez. ¡Ningún investigador que merezca la pena haría eso!

—No olvides que he estado fuera del país casi todo ese tiempo y, a fin de cuentas, solo es un caso rutinario.

—¡Eso hace que sea aún peor! Debería haber tenido el caso cerrado hace tiempo, Duncan, y cuando Ida me animó a utilizar cualquier medio para conseguirlo, le hice caso —Vicky rio con amargura—. Y a pesar de todo, me ha costado toda una semana localizarte.

Duncan reconoció en su interior que él se había asegurado de

que así fuera.

—Lo siento, Vicky —dijo, sinceramente. Pero lo cierto era que nada habría cambiado si hubiera conocido a Vicky antes y hubiera sabido cuánto significaba aquello para ella. Por irritantes que fueran su madre y su hermana, habría hecho cualquier cosa por protegerlas.

Vicky asintió en reconocimiento a su disculpa y, tras unos momentos de duda, dijo:

—Sé que eres tú el que está haciendo las preguntas, pero, ¿te importaría decirme por qué no haces más que retrasar la firma de la reclamación?

Duncan se pasó una mano por el pelo. No le gustaba la tensión que sentía en su interior, una mezcla de deseo de proteger a Vicky, de anhelo de poseerla y de afán por mantener a su familia a salvo. Cuando su padre murió de un ataque al corazón cinco años atrás, él tuvo que ocuparse de cuidar del resto de su familia. Los Mulcahey eran personas muy independientes, y ocuparse de su madre y de sus hermanos nunca había supuesto una duraa carga.

Hasta que Vicky había aparecido en su vida.

—No ha sido intencionado —dijo, tratando de improvisar una explicación creíble—. He estado muy ocupado con asuntos del museo, un trabajo que no me va, y también con la boda de Meg. Hoy has aparecido en el museo cuando estaba a punto de salir para Idaho Springs, y lo cierto es que me he… me he…

—¿Distraído? —el escepticismo del tono de Vicky era evidente.

—Sí, me he distraído —Duncan supo al instante que aquella explicación no iba a ser suficiente. Debía ofrecerle algo más—. Pero prometo consultar con todos los conservadores del museo el lunes a primera hora de la mañana. Y si a primera hora de la tarde no ha aparecido el vestido, podrás venir para que te firme la reclamación.

—¿En serio?

—En serio. Incluso podemos ponerle la fecha de hoy, si quieres.

Duncan vio el brillo de la tentación en los ojos de Vicky.

—Gracias —dijo, finalmente—, pero no podría hacer eso.

Aquello no sorprendió a Duncan, y le confirmó que había hecho bien no contándole la verdad. Pero, por algún motivo, también encontró muy sexy aquella inequívoca honradez. Volvió a sentir cierta tensión entre las piernas y se levantó para ponerse la manta

sobre los hombros y evitar que volviera a deslizarse hacia abajo.

Luego alargó una mano hacia Vicky y la ayudó a levantarse. Sin sus tacones altos apenas le llegaba a los hombros y eso hacía que pareciera pequeña e indefensa.

—Entonces, estamos de acuerdo. Nos vemos el lunes por la tarde.

—De acuerdo —Vicky asintió distraídamente. Tras una breve pausa, dijo—: ¿Puedo hacerte una pregunta?

Duncan sonrió, aunque volvió a ponerse suspicaz.

—Depende.

—¿De verdad crees que soy impulsiva y temeraria?

—Sí, lo creo —contestó Duncan sin dudarlo.

No sabía con certeza qué esperar pero, desde luego, no la sonrisa que iluminó el bonito rostro de Vicky.

—Acabo de insultarte. ¿Por qué te ríes?

—¿Recuerdas que te he dicho que mi jefa opina que me faltan iniciativa y osadía? —replicó Vicky, sin dejar de sonreír—. Pues no se me ocurre nada más opuesto a eso que ser impulsiva y temeraria, ¿no te parece?

Duncan siguió mirándola, aparentemente, sin comprender.

—Eso significa que Ida está equivocada —continuó Vicky—. ¿No te das cuenta?

—Sí —Duncan se frotó la barbilla reflexivamente, fascinado por el júbilo de Vicky—. Pero tal vez convendría que encontraras un punto intermedio antes de que te mates… o antes de matarme a mí.

No podía dejar de pensar en lo maravillosos que eran los ojos azules de Vicky, que brillaban como piedras preciosas.

No tenía intención de hacerlo pero, de algún modo, pareció coreografiado. Inclinó la cabeza hacia delante justo cuando ella echó la suya atrás. Y entonces la besó. Ella no protestó. En lugar de ello, se relajó y entreabrió un poco los labios a la vez que dejaba escapar un leve suspiro. Era tan dulce saborearla como beber el néctar de una campanilla, y Duncan quiso beber más, profundizar más con su beso.

Y, juzgando por el ligero temblor que notó bajo su mano, ella quería lo mismo. Pero aunque él estuviera dispuesto a ignorar la voz interior que le decía que una mujer como Vicky podía suponer un terrible peligro, no podía seguir adelante mientras entre ellos

existiera aquella mentira.

Le soltó la barbilla y miró sus encantadores ojos.

—Ahora será mejor que te vayas a casa, Vicky. Descansa el fin de semana. Te llamaré el lunes.

Ella abrió la boca como para protestar, pero enseguida la cerró, apreciando aparentemente la sabiduría de aquella decisión.

—El lunes —dijo—. Sin más sorpresas.

—Sin más sorpresas.

Vicky fue a volverse, pero dudó. Su nostálgica expresión dio paso a otra de testarudez y, de pronto, dio unos golpecitos con el dedo índice contra el pecho de Duncan.

—Más vale que me hayas dicho la verdad porque, de lo contrario, no pararé hasta que acabes en el juzgado.

Aunque la expresión de Duncan permaneció inmutable, no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda.

Vicky miró unos momentos la puerta que Duncan acababa de cerrar. Luego se volvió y comenzó a alejarse por el sendero. Necesitó hacer acopio de toda su voluntad para no tocarse los labios.

¿Por qué no había protestado?

Debía reconocer que se había pasado la tarde pensando en besar a Duncan. Cosa que era vergonzosa.

Se detuvo un momento para soltar una ramita que se había enganchado a su jersey. Aunque, afortunadamente, había averiguado que Duncan no era un ladrón, estaba segura de que ocultaba algo en lo referente al vestido. Lo intuía. Tiró la ramita y siguió andando.

Sí, oh sí. Dadas las circunstancias, debería haber protestado en cuanto Duncan empezó a besarla. Pero había sentido que la situación escapaba a su control.

Dejó escapar un involuntario bufido que la asustó tanto que se detuvo para comprobar si alguien lo había oído. Todo estaba tranquilo en la casa, y nada indicaba que alguien fuera a acercarse para comprobar de dónde había surgido el ruido.

Mirando las ventanas de la casa, se preguntó qué estaría haciendo Meg en esos momentos. ¿Estaría soñando con su boda? ¿0 estaría probándose su vestido, probablemente «el» vestido de boda, una última vez antes de acostarse? ¿Estaría imaginando la expresión

de Roger cuando la viera caminando por el pasillo hacia él? ¿Latiría su corazón de anticipación y, tal vez, de un poco de aprensión?

Vicky volvió a la realidad del presente con un profundo suspiro.

Estaba segura de que Meg Mulcahey vestiría al día siguiente el vestido desaparecido. Era la única explicación para el extraño comportamiento de Duncan. Lo cierto era que lo había sabido en cuanto Bridget mencionó la boda, pero no había querido reconocerlo.

¿Por qué?, se preguntó, sabiendo que tenía que volver a ponerse en marcha, pero sintiéndose incapaz de hacerlo. Por qué había ignorado un hecho tan obvio?

Porque era más fácil de ese modo. Porque era una romántica. Porque, aunque solo había pasado unos minutos con Meg, quería que disfrutara de una boda de cuento.

Y si el vestido era devuelto intacto, no se habría hecho ningún mal a nadie.

En otras circunstancias, Vicky habría hecho la vista gorda. Pero el hermano de la novia acababa de besarla, y temía que solo lo hubiera hecho para tratar de distraerla, una posibilidad que resultaba muy desalentadora. De manera que las reglas habían cambiado, y quería averiguar la verdad.

Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Denunciar a Duncan a la compañía de seguros como ladrón?

¿Ya su madre y hermana como cómplices? ¿Y todo porque querían que Meg tuviera la boda de sus sueños?

Unos repentinos ladridos sobresaltaron a Vicky. Esperaba que no se tratara de Demon. Pero aquel no era el momento adecuado para ponerse a meditar sobre lo que debía hacer. Echó a correr y unos segundos después se hallaba sentada ante el volante de su coche. Aunque rogó para que nadie la hubiera visto corriendo y vestida como un ladrón, aún se tomó el tiempo necesario para rebuscar en la guantera del coche.

Esa mañana había guardado allí la invitación para la boda, aunque sin ninguna intención de utilizarla. Pero ahora se había convertido en la llave para descubrir la verdad.

Capítulo Nueve

Vicky pasó todo el sábado indecisa. No, no iría a la boda, se dijo mientras despedía a su madre, que iba a pasar el fin de semana esquiando en Lake Tahoe.

Aún seguía indecisa incluso cuando se animó a ir a la galería comercial más cercana a comprarse un vestido. Una vez en casa, y tras haber sacado su compra de la bolsa, supo con certeza que no iba a ir. ¿Cómo se le habría ocurrido comprarse aquel vestidoo con tirantes de espagueti? La falda era tan corta que resultaba casi indecente. El bolso a juego, elegido impulsivamente, era aún peor. Ella nunca llevaba nada rojo. Era un color llamativo y poco práctico. Además, la etiqueta decía que una mujer no debía llevar nunca a una boda un vestido que pudiera competir con el de la novia.

No. Decididamente, no debía ir.

Una vez tomada la decisión, se preparó un baño de sales. Después se peinó y se maquilló cuidadosamente. A continuación, para su sorpresa, se puso el ajustado vestido, se calzó sus tacones más altos, tomó su abrigo y su bolso y fue hasta su coche.

¿Qué hacia allí?, se preguntó mientras buscaba un lugar libre en el ya abarrotado aparcamiento de Saint Bernadette.

Aparcó su Toyota junto a una furgoneta lo suficientemente grande como para que Duncan no lo viera. Aunque no estuviera segura de por qué estaba allí, sí lo estaba de que no quería que Duncan la viera.

El sol empezaba a ponerse cuando, con el estómago atenazado por los nervios, Vicky entró en la iglesia. La invitación indicaba que debía presentarla para poder entrar, de manera que la sostuvo en su húmeda mano junto al bolso rojo, lamentando no haber tenido el

suficiente sentido común como para quedarse en casa.

Pero ya estaba allí. Lo único que podía hacer era ocultar su inadecuado conjunto bajo su abrigo negro y sentarse discretamente al final de la iglesia. Si Meg no aparecía con el vestido antiguo, se iría de allí en cuanto acabara la ceremonia, convencida de la sinceridad de Duncan.

Había una cola en el vestíbulo de la iglesia probablemente causada por la necesidad de presentar la invitación. ¿Por qué habrían impuesto los Mulcahey aquel requisito? `Porque Duncan no quería que los reporteros gráficos fotografiaran el vestido?

¿Y si su intuición era cierta? ¿Y si Meg aparecía por el pasillo con el vestido del museo? ¿Qué haría entonces?

Una nueva oleada de indecisión se apoderó de ella. «Ignórala», se dijo. No, sí, no. «Denúncialos a todos». No, sí, no. La cabeza empezaba a dolerle a causa de la tensión que le provocaban aquellos pensamientos.

Entretanto, no dejaba de mirar en todas direcciones en busca de Duncan. Averiguara lo que averiguase, no quería que supiera que estaba allí. Pero, dada la cantidad de gente que iba a asistir a la ceremonia, no creía que aquello fuera a ser un problema.

Estaba mirando por enésima vez por encima de su hombro cuando una melodiosa voz masculina preguntó:

—¿Viene por parte de la novia o del novio?

Cuando Vicky volvió la cabeza se encontró mirando unos ojos de color azul eléctrico.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó Ducan secamente, ignorando la expresión de asombro de una pareja que esperaba tras Vicky.

—No seas grosero —dijo ella en voz baja, mientras le entregaba la invitación—. He sido invitada.

En su agitación, Duncan prácticamente le arrancó el sobre de la mano. Luego lo abrió e inspeccionó detenidamente su contenido antes de devolvérselo.

—No lleva puesto tu nombre. ¿De dónde la has sacado? ¿La has robado?

Vicky miró rápidamente atrás, abochornada.

—Por favor, Duncan —susurró—. La gente va a…

Un murmullo procedente de la parte trasera de la cola hizo que

Duncan mirara hacia allí. En el vestíbulo, su madre charlaba con unos invitados. Parecía la formidable matriarca que era con su vestido de brocado y su elegante peinado, pero traicionó la imagen dedicando un guiño a su hijo. Luego señaló a Vicky y, en un tono lo suficientemente alto como para que la oyeran a varios metros a la redonda, dijo:

—Es una buena amiga de Duncan. ¿No os parece encantadora? Va a sentarse con la familia.

Un suspiro de alivio surgió de la multitud. La pareja que se hallaba tras Vicky sonrió.

—Todo el mundo está esperando, Duncan —dijo ella, alzando levemente la nariz—. ¿Te importaría decirme dónde debo sentarme?

Sin más opción que obedecer, pero con el ceño fruncido, Duncan la condujo hasta la fila indicada por su madre.

Vicky dudó.

—No puedo sentarme aquí.

—Ya has oído a mi madre —replicó Duncan, secamente—. Tienes que sentarte con la familia.

—Piérdete —vocalizó Vicky, con una sonrisa evidentemente falsa en el rostro. Luego ocupó un asiento cercano al pasillo, con el incongruente bolso rojo en el regazo.

Mientras ella se preguntaba qué hacia allí, Duncan avanzó a grandes zancadas por el pasillo en dirección a su madre. Esta seguía en el vestíbulo, atendiendo a los invitados. Duncan inventó una excusa para tomarla por el brazo y llevársela a un rincón más tranquilo.

—Qué has hecho? —preguntó—. Cuando Vicky vea el vestido, nos arrastrará ante un juez.

—Te preocupas por nada, hijo. Estoy segura de que, cuando le cuentes la verdad, Vicky comprenderá y no nos denunciará. Además, no es bueno que tengas secretos con tu futura esposa.

—¿Mi futur…? Mamá, lo único que va a tener que ver Vicky con mi futuro es que me va a enviar a la cárcel. Y puede que también a ti y a Meg.

—Hoy quiero creer en la naturaleza humana, Duncan, y tú deberías hacer lo mismo. Hoy se casa tu hermana. Los santos no van a permitir que suceda nada malo. Al menos, nada más grave que el

retraso en la entrega de las flores.

Justo en ese momento, una mujer que Duncan reconoció como la coordinadora de bodas de la iglesia se acercó a ellos.

—Es hora de tomar las fotos familiares —dijo.

—Ya vamos —con una mirada que dejaba bien claro que la conversación había terminado, Bridget hizo a su hijo un gesto para que la siguiera, murmurando algo sobre lo disgustada que estaba Meg porque los ramos aún no habían llegado.

Mientras posaba con su familia, Duncan volvió a preguntarse por qué estaba tan preocupado. A fin de cuentas, él era toda una leyenda. Era cierto que las historias sobre su valor habían sido un tanto exageradas, pero contenían suficiente verdad como para no tener que estar temblando a causa de tres encantadoras mujeres.

El flash de la cámara dejó momentáneamente ciegos a todos e hizo que el bebé de Michael y Sophie rompiera a llorar. Meg le dijo a su hermano pequeño, Shawn, que dejara de poner caras raras. El fotógrafo contó un mal chiste. Shawn dijo que no lo había entendido mientras los adultos hacían un esfuerzo por reír.

Excepto Duncan. No habría podido reír ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Si estaba alterado cuando había empezado la sesión de fotos, no era nada con lo que sentía en aquellos momentos. Porque, con el último destello de la cámara, había comprendido con exactitud por qué estaba tan asustado.

Cuando Meg avanzara por el pasillo de la iglesia, Vicky sabría que él le había mentido. Aunque se sentiría herida por su engaño, lo que realmente le preocupaba era que sus mentiras destruirían la poca confianza que habían llegado a alcanzar el día anterior.

¿Pero qué más le daba? Vicky era simplemente una conocida, una mujer que trabajaba para una compañía de seguros, una adversaria, incluso. Sobreviviría. Su vida no se arruinaría para siempre.

Pero la de él tal vez sí. Porque en aquellos momentos, con el destello de los flashes aún bailando en sus ojos, Duncan comprendió que, en algún momento del loco día anterior, se había enamorado de la bonita Vicky Deidrich.

Vicky se levantó cuando Meg entró en la iglesia tomada del brazo de Duncan. Al verla se le hizo un nudo en la garganta, y no supo bien por qué. Tal vez se debió a que el antiguo vestido de boda

era incluso más deslumbrante de lo que había imaginado, y Meg parecía un auténtico ángel con él. 0 la causa pudo ser que ahora sabía que Duncan la había engañado. El había tenido una buena razón para hacerlo, por supuesto. Había intentado proteger a su familia, arriesgando su renombrada reputación para que su hermana pudiera llevar el traje de sus sueños en el día más feliz de su vida. Era todo un caballero, pero a ella la había puesto en una desagradable situación. Porque Vicky conocía su trabajo, sabía lo que la ley decía.

El lunes no le quedaría más remedio que someterse a ella.

Duncan entregó a Meg en el altar. Ella estaba radiante mientras subía las escaleras, con metros y metros de encaje flotando a sus espaldas. Y la mirada que dedicó a Duncan fue suficiente para hacer llorar a cualquier mujer.

Vicky se secó los ojos con un pañuelo que apareció repentinamente en su mano. Cuando se volvió vio a la madre de Duncan a su lado, sonriendo satisfecha. No sabía cómo había acabado sentada junto a ella, pero sí sabía que Bridget era una mujer encantadora. Demasiado encantadora como para acusarla de un delito.

Mientras Meg y Roger intercambiaban sus votos, Vicky sorbió por la nariz y volvió a llevarse el pañuelo a los ojos. Las bodas eran tan bonitas… Sobre todo las bodas del día de San Valentín, cuando las novias llevaban un vestido antiguo de encaje.

¿Qué había dicho Ida sobre romper las reglas? Vicky sorbió una vez más por la nariz, sabiendo muy bien lo que había dicho Ida. Luego volvió su atención hacia la preciosa ceremonia que se estaba celebrando en el altar.

Cuando la boda terminó, Vicky salió de la iglesia con la familia, deseando poder irse cuanto antes.

En determinado momento, había decidido firmemente guardarse para sí lo sucedido. El vestido volvería a su lugar y la boda de cuento de Meg se habría hecho realidad. No tenía por qué mencionar lo que había visto.

Pero según avanzaba la ceremonia, recordó su responsabilidad fiduciaria con Global Fidelity y, por defecto, con el museo Whitfield. Al margen de sus buenas intenciones, Duncan se había apoderado sin permiso de una propiedad del museo y la había

expuesto a posibles daños. ¿Podía pasar por alto aquello?

Aún tenía un día por delante y estaría sola en casa para pensar lo que debía hacer. Aunque temía no haber llegado a ninguna conclusión para cuando su madre volviera de esquiar.

Pero en aquellos momentos lo importante era escapar, de manera que se ciñó el abrigo y se dispuso a salir lo más discretamente posible de allí.

De pronto, sintió que alguien le tocaba la espalda.

—¡Alto! —exclamó una voz joven. Vicky miró por encima del hombro y vio a Shawn sonriéndole—. Mamá ha dicho que me asegure de que no te vayas —explicó—. ¿Lo he hecho bien?

Encantadora sonrisa, pensó Vicky. A pesar de que le faltaba un diente, el muchacho parecía una versión en miniatura de su hermano mayor. No pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Aún sigo aquí, ¿no? Pero no puedo quedarme. ¿Te importa decirle a tu madre que he tenido que irme?

—Me reñirá.

Aquello era puro y simple chantaje. Vicky estaba a punto de decirlo cuando oyó pasos a sus espaldas.

—Gracias, Shawn —dijo Duncan—. Yo me ocupo de esto.

—De acuerdo —dijo Shawn, pero se quedó donde estaba, mirándolos con abierta curiosidad.

—Solo —añadió Duncan.

—Oh, bien —replicó Shawn, pero apenas dio unos pasos hacia atrás. Duncan siguió mirándolo.

En unos segundos, su hermano pequeño dejó aquel juego y salió corriendo.

El corazón de Vicky se había puesto a latir demasiado deprisa como para permitirle apreciar el humor de la situación, y seguía latiendo cuando Duncan se volvió hacia ella.

—¿Vas a quitarte alguna vez ese abrigo? —preguntó él.

Vicky se puso tensa ante la perspectiva de que Duncan la viera con el vestido nuevo.

—No voy a quedarme —replicó.

—Tú has empezado esto, Vicky —un músculo latió visiblemente en la mandíbula de Duncan mientras tomaba con una mano la solapa del abrigo de Vicky—. ¿No vas a quedarte aquí para acabarlo?

Los invitados aún merodeaban por el vestíbulo y, para evitar una escena, Vicky giró para dejar que Duncan le quitara el abrigo. Al volverse vio claramente que él contenía el aliento. Sus ojos color azul celeste adquirieron de pronto la aterrorizada expresión de un ciervo sorprendido por las luces de un coche.

—Es… es todo un vestido —la tensión de Vicky se esfumó al instante. Sintió que una sonrisa estallaba en su rostro. El músculo de la mandíbula de Duncan dejó de palpitar y él también sonrió—. Siento haberte mentido —dijo.

—Lo sé —mientras observaba la arrepentida expresión de Duncan, Vicky quiso decirle que no se preocupara. Pero aún era demasiado pronto para decirle algo así. Miró a su alrededor para comprobar cuántas personas había todavía en el vestíbulo que daba a la sala de recepciones contigua a la iglesia. Aparte de una pareja que avanzaba hacia la entrada tomada de la mano, estaban solos.

—Tal vez ayudaría que me dijeras en primer lugar por qué tomaste algo que no te pertenece —dijo.

—Porque sí me pertenece —Vicky se quedó claramente sorprendida al oír la respuesta de Duncan, cosa que él debió notar, pues añadió—: En realidad, pertenece a mi familia. Mi abuela donó el vestido a Horace después de que mi madre se casara con mi padre. El nos dio una carta garantizando que podríamos utilizarlo en cada boda de los Mulcahey.

—Entonces, ¿por qué no seguiste el camino más fácil y presentaste la carta?

Una apesadumbrada expresión cruzó el rostro de Duncan.

—La perdí.

—¿Cómo?

Duncan alzó las manos con gesto impotente.

—No lo sé. Pero tras la muerte de Horace, y con todos los viajes que tenía pendientes… bueno, supuse que la mejor solución sería tomar el maldito vestido sin preguntar.

—¿Y denunciaste su pérdida? —preguntó, más preocupada por aquello que por cualquier otra cosa.

—No. Cuando los empleados del museo empezaron a montar la exposición del día de San Valentín, descubrieron que faltaba. Alguien presentó la reclamación mientras yo estaba en el Tibet —Duncan miró a Vicky atentamente, como queriendo resaltar la

importancia de lo que iba a decir—. Lo que debes saber es que yo me llevé el vestido y escribí la orden para enviarlo por correo. Actué por mi cuenta, sabiendo perfectamente lo que hacía. Si tienes que presentar algún cargo por ello, yo soy tu hombre.

—No es bueno amontonar mentiras sobre mentiras, Duncan Mulcahey —era el inconfundible acento irlandés de Bridget, que se había acercado y los miraba con aire resuelto—. No pienso permitir que asumas mis culpas, hijo.

—¡No, mamá!

Bridget se volvió hacia Vicky como si Duncan no hubiera hablado.

—Yo me llevé el vestido.

Duncan gruñó.

—¿Tú? —Vicky apenas podía creer lo que había oído.

—La boda de Meg se aproximaba y Duncan no estaba actuando con la suficiente celeridad. Mi marido solía decir que soy muy testaruda, y supongo que tenía razón.

—No es cierto, Vicky —protestó Duncan—. Fui yo, no ella.

—Calla, Duncan. Ni siquiera estabas en el país cuando me llevé el vestido —Bridget alargó ambas manos hacia Vicky—. Espósame si debes hacerlo, pero no destroces la carrera de mi hijo por mi estupidez.

Vicky no pudo evitar sonreír. Todo aquello parecía increíble.

—¿De verdad crees que te esposaría? —preguntó.

Bridget sonrió como si acabaran de atraparla haciendo una travesura.

—Más o menos esperaba que no lo harías. ¿Significa eso que puedo volver con mis invitados?

Vicky asintió.

—De momento, sí. Pero puede que necesite hablar contigo más adelante, así que no salgas de la ciudad.

—Lo prometo. Siempre digo que todo está bien si acaba bien, y ahora que habéis resuelto vuestra disputa de enamorados, estoy segura de que las cosas no van a hacer más que mejorar.

Una vez dicho aquello, Bridget giró sobre sus talones y regresó con sus invitados.

—¿Pelea de enamorados? —repitió Vicky, mirando a Duncan con gesto incrédulo.

—De vez en cuando, mi madre sufre un ataque de delirio —contestó él—. Supongo que eso ha quedado dolorosamente claro —las comisuras de sus labios tendieron a subir a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Perdió rápidamente la batalla. Sonriendo, ofreció un brazo a Vicky y, con burlona formalidad, dijo—: Creo que nos esperan en la recepción de una boda.

Capítulo Diez

El lugar reservado para Duncan en la mesa de los novios permaneció llamativamente vacío, y a Vicky le pareció igualmente llamativo que nadie acudiera a reclamarlo.

Tras ocupar una mesa más apartada, Duncan había ido a por una botella de champán. Sirvió dos copas, le entregó una a Vicky y alzó la suya para un brindis.

—Por los finales felices.

—Es una buena paráfrasis de las palabras de tu madre —replicó Vicky alegremente mientras brindaba con él.

El grupo que iba a amenizar la celebración empezó a interpretar su primera pieza: el tradicional vals. Los invitados se reunieron en torno al perímetro de la pista, esperando a que los recién casados se animaran a bailar.

—¿Así que es cierto? —dijo Vicky—. ¿El lunes reaparecerá el vestido en algún oscuro rincón del museo?

—Desde luego.

Vicky tomó otro sorbo de champán.

—En ese caso, me plantearé seriamente informar de que la reclamación ha sido retirada.

—Sin más investigaciones? ¿Sin presentar cargos?

—Ninguno. Nunca he tenido ningún interés en llevar a tu madre al juzgado. Solo a ti —Vicky guiñó un ojo a Duncan, un poco sorprendida de su propio comportamiento—. Creo que estarías muy guapo con el traje a rayas de los presos.

Duncan rio abiertamente, tan divertido como aliviado. Era evidente que la decisión de Vicky le había quitado un peso de los hombros, y aunque ella no estaba totalmente convencida de haber tomado la opción correcta, se sintió bien al ver su reacción.

Duncan dejó la copa en la mesa y tomó una mano de Vicky entre las suyas. El silencio debería haber resultado incómodo, pero Vicky no pensó en ello, pues estaba perdida en los ojos de Duncan y en la energía eléctrica que la estaba recorriendo de la cabeza a los pies. Podría haber seguido así siempre.

Pero no podía ser. Duncan se levantó y tiró de ella con suavidad.

—Ven, vamos a ver el baile de Meg y Roger.

Vicky se levantó, esperando que no se notara su decepción.

—Es agradable ver lo interesado que estás en la felicidad de tu hermana.

—Sí, pero te confieso que ese no es mi único interés. Quiero asegurarme de que se quite el vestido después del primer baile.

—¡Duncan! No irás a hacerle quitarse el vestido antes de que acabe la recepción, ¿no?

Duncan miró rápidamente a su alrededor, por si alguien estaba escuchando su conversación.

—Es un objeto robado, ¿recuerdas? Y aunque no lo fuera, el vestido tiene más de trescientos años y haría falta muy poco para que se desintegrara. Tú has estudiado antigüedades. ¿Imaginas lo que pasaría si Meg dejara caer una copa de champán en un encaje tan frágil?

«Que yo nunca podría usarlo». Vicky se estremeció, tanto al imaginar que el vestido pudiera sufrir algún daño como a causa de su inapropiado pensamiento. Pero Duncan había logrado convencerla.

Lo acompañó hasta la pista para ver bailar a los recién casados. Una vez más, se quedó maravillada con la exquisita elegancia del vestido. El encaje casi parecía tener vida propia mientras Meg y Roger se deslizaban por la pista.

Cuando el vals terminó, Duncan avanzó un poco en la pista de baile y alzó un brazo para llamar la atención de Meg. Al verlo, ella hizo una mueca de pesar, pero asintió levemente con la cabeza.

Duncan sonrió mientras su hermana y Roger se encaminaban hacia la salida de la sala.

—Tarea cumplida —dijo.

Los invitados empezaron a dispersarse. Algunos volvieron a sus mesas y otros se dirigieron al buf fet. Otros permanecieron de pie, esperando a que el grupo interpretara otra pieza. Pronto, la melodía

de The Rose invadió la sala.

—Baila conmigo —susurró Duncan junto al oído de Vicky.

Ella asintió y, sin decir nada, dejó que la rodeara con sus brazos.

Al parecer, Duncan también era un magnífico bailarín. Vicky sentía que la llevaba con una firmeza tan sutil que era como si estuvieran flotando. No había otra palabra para describir la sensación, pues estaba segura de que sus pies no tocaban el suelo. Cada vuelta e inclinación hacía que sus cuerpos entraran en un delicado y delicioso contacto. La voz del cantante parecía la de un ángel.

Entre los brazos de Duncan, Vicky estaba convencida de hallarse en el cielo, y se negó a pensar en lo dura que podía resultar la caída.

«Arriésgate más». «Arriésgate más». Las palabras resonaban en su mente al ritmo de la canción, advirtiéndole de que estaba a punto de correr el riesgo más grande de su vida. «Oh, Ida», gimió en su interior, «no creo que fuera esto a lo que te referías».

Que el cielo la ayudara. Se estaba enamorando de Duncan.

—Vuelvo en cuanto tenga el vestido.

Duncan desapareció por el pasillo que llevaba a la habitación de la novia mientras Vicky esperaba en el vestíbulo. Ella se movió hasta una esquina más protegida de la vista para poder apoyarse contra la pared y quitarse uno de sus zapatos de tacón alto. Mientras se masajeaba el empeine, pensó en lo que su madre había dicho. ¿Revelaban realmente los zapatos poco prácticos una personalidad con una veta alocada? Rio mientras volvía a ponerse el zapato. Probablemente, lo averiguaría esa misma noche.

Mientras alzaba el otro pie para someterlo a similar tratamiento, un hombre giró a toda prisa en la esquina y la rozó casi con suficiente fuerza como para hacerle perder el equilibrio.

—Disculpe —dijo Vicky, y se preguntó una vez más porque tenía la costumbre de disculparse por algo que era claramente culpa del otro.

El hombre la miró con expresión indiferente. Tenía la nariz prominente y aguileña y una extraña marca de nacimiento en la barbilla. No era feo, pero tampoco guapo. Y, al parecer, no había oído sus disculpas, porque siguió avanzando sin responder, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y una evidente prisa por

llevar el paquete que cargaba a quién sabía dónde.

Su aspecto y forma de caminar despertaron en Vicky una sensación de alarma que descartó de inmediato. Probablemente era uno de los fotógrafos, o algún camarero.

Duncan regresó poco después con una gran caja blanca de cartón.

—La mejor caja de archivos que se puede comprar.

Vicky volvió a reír. La travesura de su inofensivo engaño le parecía en aquellos momentos excitante, aunque era consciente de que, incluso esa misma mañana, tal indiferencia por su parte ante las reglas habría sido impensable.

—Vamos —dijo Duncan—. Salgamos de aquí.

Con otra risita, Vicky se ciñó el abrigo para protegerse del frío y fue con Duncan a por el coche de este.

—Me encantas con ese vestido —murmuró Duncan, mientras ayudaba a Vicky a quitarse el abrigo por segunda vez esa tarde. Sonrió—. Pareces una… descocada.

—¿Descocada? —repitió Vicky, con una risa roncó—. Pues no quiero decepcionarte, pero… —la risa murió en su garganta al ver la brumosa mirada de Duncan—. Bueno, tal vez lo intente.

—Esperaba que dijeras eso —Duncan dejó el abrigo en el respaldo del sofá y luego tomó el rostro de Vicky entre. sus manos —. Vuelve a besarme, bonita Vicky Deidrich.

Vicky echó atrás la cabeza. Se había quitado los zapatos en cuanto habían entrado en la casa, quedándose a merced de la considerable altura de Duncan. Pero se puso de puntillas y acercó su boca a la de él.

El suspiro que dejó escapar surgió de su corazón, acompañado de un dolor que no pudo comprender. 0 tal vez sí. Aquel hombre despertaba en ella algo ardiente y oscuro, algo más allá de la necesidad sexual. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que se sentía media persona, o de que la otra mitad residía en el interior de Duncan. Quería estar más cerca de él, entregarse a él, a la vez que reclamaba el resto de sí misma.

—Oh, Vicky… —Duncan percibió el anhelo en el suspiro de Vicky, y su voz lo había reflejado. La sentía tan esbelta y frágil entre sus brazos, y la deseaba con tal desesperación… Sin duda, iban a hacer el amor. El impulso sexual latía entre ellos como un

tigre voraz. Y también sus dudas no expresadas.

No sabía de dónde venían las de ella, ni por qué, pero se parecían tanto a las suyas que se sintió como si estuviera ante un espejo.

Tenía entre sus brazos una mujer que representaba todo lo que temía. Una mujer que su madre habría elegido sin duda para él.

«Para amarla, honrarla y respetarla». Había escuchado esas palabras aquella misma tarde.

Vicky lo rodeó con los brazos por el cuello y el beso se volvió más profundo. Sus gemidos se volvieron más audibles, y el sonido de la seda del vestido se mezclaba con ellos, creando una excitante canción.

Aquella era una mujer a la que un hombre amaba, honraba y respetaba. Una mujer con la que se casaba. Con la que tenía hijos. Se merecía aquello, aunque no manifestara indicios de estar buscándolo. Y si hacían el amor…

Pero debería interrumpir aquello en ese mismo momento, debería dejar que su dulce y pequeña figura vestida de rojo saliera por la puerta.

Dejó caer las manos de su rostro, disponiéndose a liberarla. Un gemido escapó de entre los labios de Vicky.

Contra su propia voluntad, Duncan tomó uno de los tirantes del vestido de Vicky y lo deslizó hacia abajo por su hombro.

—Oh, Vicky —susurró, roncamente—. Oh, Vicky.

La voz de Duncan resonó contra la boca de ella, produciéndole un delicioso cosquilleo que se extendió como una ola por todo su cuerpo mientras él seguía bajándole el vestido. Se estremeció de deseo, saboreando sensaciones tan intensas que ella también quiso apartarse.

¿Era aquello lo que sucedía cuando uno encontraba a la persona perfecta?, se preguntó, aturdida. ¿Era el amor aquella sensación de inevitabilidad, aquel afán imparable de unirse con el otro?

—No, no, no —gimió cuando Duncan interrumpió el beso. Entonces, sus labios le acariciaron el cuello y ella lo dejó caer hacia atrás, descansando la cabeza en la otra mano de Duncan.

¿0 era aquello mera lujuria?, preguntó una voz en su interior. Un ansia primaria, hormonal, que la sociedad había tratado de someter durante milenios. ¿Era eso lo que sentía? ¿Era el amor una

simple cuestión de estrógenos y testosterona?

Tenía que averiguarlo por sí misma. Si eso significaba ser «audaz y temeraria», si significaba descubrir que efectivamente poseía la «vena alocada» de la que hablaba su madre, correría el riesgo con Duncan y lo averiguaría. Hacer lo contrario sería dejar que su corazón se marchitara sin que hubiera llegado a madurar.

Los labios de Duncan se deslizaron lenta y sensualmente hacia abajo. Vicky arqueó su cuerpo, ofreciéndoselo sin reservas. Finalmente, deliciosamente, la boca de Duncan remontó la colina de sus pechos y abarcó un excitado y tenso pezón.

Entonces, todo estalló en una miríada de exquisitas sensaciones.

—Vicky —susurró él una vez más, acariciando con la punta de la lengua la rugosa protuberancia.

Ella empezó a retorcerse, a empujar dulcemente las caderas contra él, volviéndolo loco. Duncan pretendía contenerse, prolongar los besos y las caricias, pero los movimientos de Vicky lo excitaron tanto que temió arder. Su palpitante erección fue al encuentro de la carne más suave de Vicky, y los movimientos de ella le hicieron comprender que se estaba excitando más y más.

Vicky alzó una pierna y rodeó con ella la cadera de Duncan para sentirlo lo más pegado a ella que fuera posible en aquella precaria posición. Sus suaves gemidos de deseo hicieron que la mente de Duncan empezara a girar como un tiovivo, y supo que la creciente respuesta de Vicky iba a hacerle perder el control.

—Vicky… —dijo, tratando de advertirla, pero sabiendo que apenas iba a ser capaz de contenerse.

De pronto, ella arqueó la espalda hacia atrás y lo miró a los ojos. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos casi parecían negros, y tenía los labios húmedos y ligeramente enrojecidos, rogando volver a ser besados.

—Tómame ahora, Duncan —jadeó—. Ahora, por favor…

Con un gruñido, Duncan la atrajo hacia sí y le alzó la otra pierna con la mano que tenía libre. Luego, se agachó lentamente, hasta quedar sentado sobre el sofá, con Vicky a horcajadas sobre él.

¿Quién habría imaginado que aquella remilgada gatita podía convertirse en una tigresa?, pensó. Y a continuación, todo pensamiento abandonó su mente. Las medias y las diminutas braguitas que Vicky llevaba puestas no fueron obstáculo para su

desatada pasión. Se retorcieron sin tratar de disimular sus ansias, y cuando Duncan la penetró, poderosa y profundamente, casi temiendo hacerle daño, ella lo envolvió completamente, lo tomó en su interior como deseando colmar un inmenso vacío.

Hasta que Vicky se hundió completamente en él, completándolo física y emocionalmente, Duncan nunca se había dado cuenta de lo solo que estaba. Y cuando, finalmente, su unión hizo que ella se estremeciera sobre él en medio de dulces gemidos y gritos de placer, supo que él también quería darle a ella el mismo sentimiento de plenitud que él estaba experimentando. Y más, mucho más.

Entonces, su propio placer explotó dentro de ella, y comprendió que nunca podría darle suficiente como para igualar lo que ella le ofrecía.

—Mmm… —Vicky se estiró como un gato, disfrutando de la sensación de su cuerpo saciado. El placer de estar tan cerca de Duncan la impulsaba a tocarlo por todas partes, y sucumbió totalmente a aquel impulso.

—Eso mismo estaba pensando —dijo él, y la besó delicadamente en la barbilla—. ¿Dónde has estado toda tu vida, bonita señorita Vicky Deidrich, de la compañía de seguros Global Fidelity?

«Esperándote. Pero no lo sabía», pensó ella, pero se guardó la respuesta.

—Redactando reclamaciones, señor. Y ahora que has sacado el tema…

—Hey —bromeó Duncan—. No es ahí a donde pretendía llegar.

Vicky le devolvió el beso en la barbilla y luego apoyó la cabeza en su hombro.

—Pero quiero saber más sobre el vestido. Por ejemplo, ¿qué te permitía hacer exactamente con él la carta del antiguo director del museo?

Duncan suspiró.

—Después de lo que me contaste anoche, soy consciente de cuánto significa tu trabajo para ti, Vicky. Sé el sacrificio que estás haciendo, y no te pediría que lo hicieras si…

—Si tu madre no fuera a verse metida en un lío.

—Exacto.

—Me sentiría mejor respecto a todo esto si comprendiera por

qué no intentaste seguir los canales habituales para poder utilizar el vestido. A fin de cuentas, además del director en funciones del museo eres el encargado de las adquisiciones. ¿No podrías haberlo hecho legalmente?

Duncan rio.

—Espera a que conozcas mejor a mi madre —dijo, y tomó a Vicky por la cintura para sentarla en su regazo—. Ponte cómoda. Es una larga historia —ella se apoyó contra su pecho y le acarició el brazo—. El vestido de encaje en una reliquia de la familia Mulcahey que se remonta al siglo diecisiete. Desde entonces, todas las Mulcahey, tanto las hijas como las nueras, lo han utilizado en su boda. El problema comenzó hace veinte años, cuando mi abuela decidió donarlo al museo Whitfield. Horace Whitfield, el dueño original, era un viejo amigo de la familia. Algunos sospechan que, una vez viudos, Nana y Horace tuvieron una aventura —Duncan sonrió y se encogió de hombros—. Mi madre lanzó una ataque en contra, oponiéndose con todas sus armas, pero solo consiguió de Nana una carta concediendo permiso para utilizar el vestido en las bodas.

Duncan siguió hablando de la carta que había guardado durante años y de la que no se había preocupado demasiado, porque mientras Horace estuvo al frente del museo nunca necesitó presentarla.

—Nana murió hace cuatro años, y Horace el pasado verano. Sus hijos no querían saber nada del museo y lo vendieron a Calwood Entertainment. Justo en las fechas en que Meg y Roger se comprometieron —suspiró pesadamente y se pasó una mano por el pelo—. El caso es que todo ha sido culpa mía. Debí presentar una solicitud en su momento, pero estaba muy ocupado con mis viajes. Además, Alistair apareció por esa época…

—¿Alistair? —preguntó Vicky, que cada vez estaba más fascinada con la historia de aquel vestido que había sido utilizado generación tras generación por todas las mujeres Mulcahey.

—Mi archirrival —bromeó Duncan—. Pero eso no tiene importancia. El caso es que por fin me puse a buscar la carta, pero la fecha de la boda se acercaba y la maldita carta no aparecía. Me planteé pedir permiso sin ella, pero el cambio de dueños del museo había tensado mucho las cosas, y decidí esperar a que la situación

se relajara. Entonces tuve que ir al Tibet. Cuando volví, el vestido había desaparecido.

—Se lo llevó tu madre.

—Sí, y gracias a ello convirtió mi vida en un infierno. Al parecer, se impacientó mientras yo estaba fuera del país. Llamó y habló con alguien respecto al vestido, y lo único que obtuvo fue una respuesta insultante. Quien quiera que fuese, le dijo que el museo no prestaba sus propiedades a gente palurda.

Vicky se contrajo. No conocía bien a Bridget, pero estaba segura de que aquello no debió sentarle especialmente bien.

—Con quién habló?

—No lo sé. Con alguien de la administración. Con un hombre. Estaba tan disgustada que colgó sin preguntarle quién era. Entonces, ni corta ni perezosa, fue al museo y se llevó el vestido sin permiso.

—¿Y cómo logró burlar las medidas de seguridad del museo?

—Todos los vigilantes conocen a mi madre. Cuando les dijo que yo había olvidado unas notas que necesitaba que me enviara, le dejaron pasar sin más preguntas. Si el museo no hubiera decidido exponer el vestido el día de San Valentín, lo habríamos devuelto sin que hubieran llegado a echarlo de menos. Pero su «desaparición» me obligó a hacer unas cuantas chapuzas —Duncan rio en alto—. Y salí bien parado, al menos hasta que apareciste tú. ¿Tienes idea de cuántos mensajes tuyos tengo acumulados en mi escritorio? Podría empapelar el servicio de caballeros con ellos.

Vicky le dio un suave codazo.

—Ni se te ocurra.

—Es el único arma que me queda —bromeó él—. Por favor, por favor, no entregues a mi madre. No podría soportar que la enviaran a la silla eléctrica.

Vicky lo besó en la punta de la nariz.

—Tranquilo, querido. Yo tampoco podría —dijo, y a continuación suspiró profundamente—. Esta es la historia más romántica que he escuchado en mi vida. Lo tiene todo: lealtad familiar, una boda, una reliquia, y un oscuro secreto.

—¿Romántica? —Duncan la besó con suavidad en los labios—. Hmm, tal vez deberíamos seguir con eso.

Vicky rio.

—Los negocios primero —bromeó—. Me encanta cómo han salido las cosas pero, en cierto modo, también estoy decepcionada.

—¿Conmigo? —preguntó Duncan, simulando sentirse profundamente dolido—. ¿Y qué puedo hacer para reivindicar mi persona ante tus ojos?

—Deja de bromear, Duncan. Ya vas a reírte bastante cuando te lo diga.

—Pues dímelo.

—Cuando vi todas aquellas reproducciones en tu estudio pensé que había dado con algo gordo —Vicky se ruborizó al pensar en lo tonta que había sido—. ¿Imaginas el salto que habría dado mi carrera si hubieras sido realmente el contrabandista de antigüedades que sospeché que eras?

—Siento haberte decepcionado. Pero solo soy un honrado y trabajador arqueólogo, señorita.

—Sí —dijo Vicky, con un suspiro.

—No tienes por qué sonar tan consternada —Duncan se movió para asentarla bien en su regazo. Ella sintió que un músculo de su muslo se abultaba. ¿0 no era exactamente en su muslo?—. ¿Qué te parece si devuelves tú el vestido? —susurró él junto a su oído, provocándole un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Qué? —Vicky ladeó la cabeza para que Duncan pudiera deslizar los labios por su cuello.

—Podrías decir que te has dedicado a investigar todas las tiendas de antigüedades del país hasta dar con él. Yo podría conseguir que un par de amigos avalaran tu versión.

—Lo cierto es que he ido a varios anticuarios.

—Mejor aún. Umm, que bien sabes —Duncan besó el hueco que se formaba entre las clavículas de Vicky—. Así podrías convertirte en la heroína de tu compañía de seguros —deslizó los labios hasta el comienzo de sus senos—. ¿Serviría eso para compensar un poco tu decepción?

«¿Ves a dónde te lleva saltarte las normas?», pensó Vicky, sintiendo que se perdía en las deliciosas sensaciones que Duncan estaba evocando en ella. Y aunque su conciencia trató de alertarle, el plan era tan perfecto que se negó a prestarle atención.

—Eres un genio, Duncan —susurró, sucumbiendo a su delicada presión mientras le hacía tumbarse en el sofá—. Pero ya vale de

hablar, ¿de acuerdo?

—Mmm —susurró Duncan, mientras se recostaba delicadamente sobre ella.

Capítulo Once

—Hmm —murmuró Vicky, retomando su fascinante conversación anterior mientras Duncan la besaba en el cuello una última vez antes de despedirse.

—Ojalá pudieras quedarte.

—A mí también me gustaría. Pero mi madre volverá de su viaje en unas horas, y no está acostumbrada a que pase la noche fuera. Admito que esto hace que me sienta un poco tonta… a mi edad.

—Yo creo que es encantadoramente anticuado —dijo Duncan, sonriendo.

—Sí, claro.

Duncan rio. Estaba tan sexy a la luz de ese atardecer de invierno, con su sombrero de piel, su cazadora vaquera y sus ceñidos pantalones vaqueros… Con esmoquin era sexy, pero en vaqueros lo era aún más.

Vicky sonrió ante sus propias fantasías y la nueva oleada de anhelo que habían despertado en su interior. Luego tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para decir:

—Tengo que irme.

Duncan asintió, le dio un último beso y dejó la caja con el vestido en el asiento trasero del Toyota. Estaban en el aparcamiento de Saint Bernadette, donde Vicky había dejado su coche la noche anterior. Estaban totalmente solos, y sintió la tentación de volver a sumergirse en un largo y delicioso beso. En lugar de ello, se sentó tras el volante, puso el motor en marcha y se alejó antes de cambiar de opinión, despidiéndose de Duncan con la mano al menos seis veces antes de ver cómo desaparecía de la vista.

El algún momento del amanecer habían ido al dormitorio de Duncan y se habían quedado profundamente dormidos. Vicky no

despertó hasta la una, cuando Duncan acababa de volver con una bolsa llena de donuts y café caliente.

Vicky nunca comía donuts, pero en esa ocasión comió cuatro. Estaban deliciosos, y aún podía saborearlos.

Mientras comían hablaron sobre cómo devolvería Vicky el vestido. El conservador del museo amigo de Duncan apoyaría su historia. A la luz del día, Vicky no se sentía tan cómoda con el plan como la noche anterior, pero Duncan era muy convincente, y estaba seguro de que aquello sería más creíble que su plan original, porque el vestido iba a aparecer gracias a los esfuerzos de Vicky, y no por mera casualidad.

Mientras entraba en la autovía, Vicky se permitió reconocer la verdadera preocupación que yacía oculta bajo el pequeño engaño que habían fraguado.

Esa noche se había saltado una regla más, una que habría puertas a una relación profunda, al cariño y, posiblemente, a un compromiso. Pero, como su padre, Duncan vivía corriendo riesgos excesivos. Si su relación crecía, y todo indicaba que así iba a ser, le esperaban muchas noches a solas temiendo por su seguridad, preguntándose si se habría hundido en algún río de turbulentas aguas, si habría sido atacado por alguna tribu poco amistosa o si le habrían disparado en alguna zona de guerra. Había oído las historias de su madre demasiadas veces como para no conocer la agonía que implicaban aquellos temores.

Sin embargo, mientras pensaba aquello también sentía en su interior los rescoldos de la apasionada noche que acababan de compartir, y no pudo evitar sonreír. Había sido tonta dejándose asustar por las historias de su madre.

En realidad, Duncan y su padre no se parecían mucho. Sin duda, ambos corrían riesgos en su trabajo, pero Duncan no era además un jugador empedernido, como lo fue su padre. Y aunque este ganó bastante dinero antes de su accidente, lo más probable era que lo hubiera invertido en un nuevo coche, o, peor aún, en el casino.

Sin embargo, Duncan tenía raíces. A pesar de su trabajo de trotamundos, tenía una familia que confiaba en él. Y él quería a su familia lo suficiente como para arriesgarlo todo por ella, incluso su carrera. No, a diferencia de su padre, Duncan no era un hombre que corriera riesgos a la ligera. Utilizaba el cinturón de seguridad en el

coche y casco cuando hacía falta, y Vicky intuía que evitaba el peligro siempre que podía. Simplemente, no dejaba que el miedo al riesgo lo paralizara.

No, se repitió un poco más tarde, mientras aparcaba el coche en el garaje; Duncan no se parecía nada a su padre. Probablemente, las historias sobres sus aventuras se habían exagerado mucho. Duncan era lo que parecía: un arqueólogo que trabajaba para un pequeño y prestigioso museo y un miembro respetado de la comunidad académica, aunque llevara un sombrero ceñido por la piel de una serpiente venenosa que, según decían, tuvo que matar con sus propias manos.

Vicky suspiró y se volvió para tomar la caja del vestido del asiento trasero. Cuando salió del coche se sorprendió cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. «Sí», pensó irónicamente, «ese es Duncan». El típico hombre del montón con él típico trabajo aburrido.

Y ella había tenido la suerte de enamorarse de él. ¿Por qué no le había parecido adecuado al cielo enviarle un contable público como el marido de Meg?

—¿Quieres más patatas, mamá? —preguntó Vicky.

—Unas pocas —Barbara se sirvió tres patatas más—. Ha sido muy agradable que cocinaras esta noche.

—He supuesto que te vendría bien una buena comida después de pasar dos días quemando laderas con tus esquíes —dijo Vicky. Pero el verdadero motivo era que se sentía culpable. Esa tarde, mientras se quitaba el vestido rojo y lo guardaba en el fondo del armario, había decidido no contarle nada a su madre sobre el fin de semana. Odiaba la idea de ocultárselo, pero no quería oír la retahíla de advertencias que le haría su madre si se enteraba.

—Últimamente apenas las quemo —Barbara hincó una patata con el tenedor, pero hizo una pausa antes de llevársela a la boca—. Tal y como relucen tus mejillas, querida, parece que eres tú la que ha estado esquiando.

—¿En serio? Supongo que es por el largo paseo que he dado antes de que llegaras.

—Supongo —el tono escéptico del comentario de Barbara quedó sin replica mientras comía las patatas. Cuando terminó, se apoyó contra el respaldo del asiento.

—Así que no vas a contármelo, ¿no?

—¿Contarte qué? —Vicky tomó su plato y se levantó—. ¿Has terminado? —al ver que su madre asentía, también recogió su plato y lo llevó al fregadero.

—Contarme lo que has hecho este fin de semana.

Vicky abrió el agua para aclarar los platos. Había llegado el momento de la verdad. ¿Debía cruzar la línea? Sí. A fin de cuentas, lo había hecho una y otra vez durante los últimos días. Pero, ¿a dónde le iba a llevar aquello? Una cosa era ocultarle las cosas a su madre, y otra mentirle abiertamente. Sabía dónde le llevaría la verdad. A una larga lista de advertencias sobre los hombres temerarios.

—Llamé anoche y esta mañana he intentado hablar contigo varias veces.

—Estaba fiera.

—Evidentemente.

Vicky dejó que el sonido del agua corriendo llenara la larga pausa que siguió. Había llegado a una encrucijada. De su respuesta dependía la dirección que tomaría a partir de ese día la relación con su madre. Finalmente, cerró el grifo del agua y se volvió decididamente hacia su madre.

—El mes pasado cumplí veintiocho años, mamá. Estoy más cerca de los treinta que de los veinte. Eres mi madre y sé que me quieres, y yo te quiero a ti, pero ya es hora de que empiece a vivir mi propia vida.

Esperaba protestas, probablemente lágrimas, incluso un poco de histeria, pero su madre la miró calmadamente y dijo:

—Ven a sentarte conmigo para que podamos hablar.

Vicky dudó.

—Por favor.

Apenas las separaban unos metros, pero a Vicky le pareció un trayecto interminable, pues sabía que ya no podría echarse atrás durante la conversación. No podría y no quería hacerlo. Y ni siquiera estaba segura de por qué. Cuando se sentó en la silla apoyó una mano en la superficie de formica de la mesa, y se hizo repentinamente consciente de que, a pesar de que aquel tipo de mesa con patas de cromo volvía a estar de moda, ellas tenían aquella desde que podía recordar. Misteriosamente, darse cuenta de

aquello respondió al «por qué». No quería vivir una vida con tan pocos cambios.

Lo que había sucedido entre Duncan y ella era asunto suyo y solo suyo. Ya no era una niña que compartía y confesaba sus secretos a su madre, esperando su apoyo o su perdón.

—Casi nada de lo que ha pasado esta semana te concierne —dijo, con tanta suavidad como pudo—. En gran parte tiene que ver con mi trabajo, y aún no puedo hablar de ello.

Pero sí podía hablar de parte de ello, comprendió de pronto. Y al pensarlo se dio cuenta de que quería hablar del vestido, de que quería enseñárselo a su madre. La necesidad de remodelar la relación con su madre estaba dañando a esta, pero el vestido era tan bonito que seguro que la animaría verlo. Tal vez incluso podía ser un medio de conservar lo mejor de su relación. Y aunque Vicky sabía que aquel pensamiento podía carecer por completo de una base sólida, dijo:

—¡Este fin de semana he cerrado el caso del vestido de boda!

—¿En serio? —la expresión encantada de su madre era justo lo que Vicky esperaba.

—Sí. Y el vestido está en mi dormitorio. Es la creación más exquisita que he visto en mi vida. ¿Quieres verlo?

En respuesta al asentimiento de Barbara, Vicky saltó de su silla y tomó a su madre de la mano. Tras llevarla prácticamente a rastras al dormitorio le dijo que esperara mientras sacaba el vestido.

Para cuando bajó la caja del armario, mil visiones edulcoradas de sí misma con el vestido habían pasado por su mente. Visiones insensatas, excitantes, soñadoras. Y en cada una de ellas, el atractivo rostro de Duncan sonreía a su lado.

Dejó la caja en la esquina de la cama y levantó la tapa hacia sí. Mientras lo hacía, observó la expresión de su madre, esperando ver cómo se iluminaban sus ojos.

—¿No es una maravilla, mamá?

Una larga pausa interrumpió su euforia. Algo no encajaba. Su madre la estaba mirando con una expresión de evidente desconcierto.

—No hay ningún vestido en la caja, hija —dijo Barbara—. Solo un montón de toallas de baño.

—¿Firmaste la reclamación? —preguntó Alistair tras entrar en el

despacho de Duncan sin llamar. Aquello no era nuevo pero, en esa ocasión, además se acercó al escritorio y se cernió sobre Duncan como un buitre.

—¿Te importaría dejarme un poco de espacio para respirar, Shields?

Alistair se apartó un poco mientras Duncan buscaba entre el montón de papeles que abarrotaban su escritorio los papeles que le había dado Vicky el viernes. Los había llevado consigo en el coche todo el fin de semana, y estaba seguro de que los tenía cuando había llegado al trabajo aquella mañana. Pero ya era casi la hora de comer y no lograba recordar dónde los había dejado.

—Oh, aquí están. La señorita Deidrich pasará a por ellos después de comer.

De hecho, Duncan esperaba ir a comer con ella.

—Qué alivio —Alistair hizo un burlón gesto de alivio pasándose la manga de la chaqueta por la frente—. Al menos para ti.

Duncan conocía lo suficiente a Alistair como para preguntarle a qué se refería.

—Esta reclamación podría haberte metido en un buen lío —añadió Alistair.

Duncan suspiró.

—Podría —replicó en tono despreocupado—. Pero no ha sido así.

—Tienes suerte. ¿Te das cuenta de que el vestido ni siquiera habría llegado a desaparecer si yo hubiera estado aquí para establecer los controles adecuados?

—Tal vez —Duncan señaló la puerta con un pulgar a la vez que giraba en su silla hacia el escritorio—. ¿Te importa? Tengo un día muy ocupado.

Oyó los pasos de Alistair cuando se dirigía hacia la salida y oyó cómo se detenía. Su tono cuando había hablado tenía un matiz de «sé algo que tú no sabes» que había inquietado a Duncan. Pero, a pesar de sus frecuentes maniobras maquiavélicas, aquel hombre no era nada brillante, y ni siquiera sabía disimular. Algo se traía entre manos.

Shields se aclaró la garganta.

«Aquí viene», pensó Duncan.

—Mis informadores me han dicho que tengo prácticamente

asegurado el puesto de director. Lo que significa que pronto estarás fuera de tu despacho.

—Quieres mi despacho? —preguntó Duncan, volviendo a girar en su asiento. Luego se levantó y se acercó a Alistair. No pudo evitar una sonrisa al ver que este se retraía—. ¿Quieres mi despacho? —repitió, abarcando con un movimiento de la mano la abarrotada habitación del sótano—. Pues quédatelo.

Alistair arrugó su aguileña nariz con desagrado.

—No seas burro. Me refería al cargo. Pronto seré tu jefe. ¿No te parece agradable la perspectiva?

—Tus sueños son grandes, Alistair, pero como hombre eres muy poca cosa, y creo que incluso la dirección de Calwood es lo suficientemente perspicaz como para haberse dado cuenta de ello. Bob Fuller tiene todas las papeletas para conseguir el puesto, y ni no es así, aún pueden contar conmigo. He visto lo que has hecho a otros museos, y no pienso permitir que le hagas lo mismo a este.

Los orificios nasales de Alistair temblaron a la vez que entrecerraba sus ojos de ave rapaz.

—Tu amigo Fuller no tiene la más mínima opción de conseguir el puesto —retrocedió cautelosamente hacia la puerta—. Resuelve hoy mismo lo de la reclamación. De lo contrario, te aseguro que estoy dispuesto a llevar el asunto ante la junta —a continuación, giró sobre sus talones y salió del despacho a toda prisa.

Duncan volvió a su silla. No le producía ninguna satisfacción intimidar a Alistair. Tratar con él era como tratar con una cucaracha. Y aunque no disfrutaba necesariamente aplastando insectos, a veces era necesario prevenir que se extendieran las plagas.

Bajo las credenciales arqueológicas de Shields latía el frío corazón de un contador de habas y Duncan, un apasionado de su profesión, no podía soportar su mezquindad.

Tamborileó pensativamente sobre los papeles de la reclamación y miró su reloj. Le habría gustado que Vicky se presentara en el museo antes de la hora convenida. Sentía el aliento de Alistair en el cuello, y la conversación que mantuvieron en el vestíbulo del museo el viernes, cuando él estaba a punto de salir, aún lo inquietaba. Si aquel hombre sabía algo…

Movió la cabeza. ¿Pero qué podía saber realmente? Nada. Nada

en absoluto.

Además, mientras él estaba allí preocupándose, lo más probable era que Vicky estuviera enseñando el vestido a su jefe y anunciándole orgullosa que había resuelto el caso.

Capítulo Doce

Las últimas palabras que dijo Vicky la noche anterior fueron:

—No, no quiero hablar de ello.

Lo primero que había dicho esa mañana había sido.

—Llegaré tarde al trabajo.

En aquellos momentos avanzaba a toda prisa hacia el despacho de Duncan con la caja llena de toallas bajo el brazo. Se había puesto de nuevo la tarjeta de visitante y se había colado por la entrada de los empleados como el viernes anterior, aunque esa mañana no tenía por qué preocuparse por sus pies.

En su precipitación por salir de casa se había puesto unos vaqueros y unas zapatillas deportivas en lugar de tomarse el tiempo necesario para vestirse adecuadamente para el trabajo.

Acababa de girar en la esquina del pasillo que llevaba al despacho de Duncan cuando oyó unas voces alzadas y amplificadas por las tuberías que recorrían los pasillos. La discusión no duró mucho y, pronto, un hombre salió del despacho dando un portazo. Avanzó hacia ella con la cabeza gacha.

Vicky esperaba que se detuviera a interrogarla, pero solo se detuvo un segundo, sonrió sombríamente por un instante y luego siguió avanzando hacia las escaleras sin decir nada. Al parecer, tenía tanta prisa como ella.

Debido a la extraña marca de su barbilla, Vicky lo reconoció como el hombre del que se ocultó el viernes, cuando bajó por primera vez al sótano del pasillo. Y también lo había visto recientemente en algún otro sitio…

¡En la boda de Meg! Era el hombre con el que había estado a punto de tropezar mientras esperaba a Duncan. No era de extrañar que su rostro le hubiera resultado familiar. Pero, evidentemente, era

un empleado del museo y, probablemente, un buen amigo de Duncan. De no serlo, y teniendo en cuenta el asunto del vestido, no creía que lo hubiera invitado a la boda.

Algo respecto a aquella conclusión le sonó a falso, pero lo ignoró. Estaba demasiado ocupada imaginando la atónita expresión de Duncan cuando se enfrentara a él. Pero incluso mientras trataba de disfrutar imaginando su reacción, supo que esperaba algo diferente.

¿Alegría ante su inesperada aparición? Tal vez. ¿Sincera sorpresa cuando le mostrara el contenido de la caja? Sí.

Pero aquello era mucho esperar. El dedo de la sospecha señalaba directamente a Duncan. Solo él y su familia había tenido acceso al vestido después de que Meg se lo había quitado. Tembló al pensar en la desolación que sentiría si se dejaba llevar por sus esperanzas y Duncan la decepcionaba.

De manera que alentó su furia, sabiendo que en el fondo estaba tratando de aplacar la voz de su interior que clamaba contra la traición de Duncan. ¿Por qué la había utilizado de aquella manera? ¿Qué tenía que ganar?

Estaba a punto de averiguarlo.

Se hallaba ante la puerta de su despacho.

Indignada, tomó el pomo, lo giró y entró decididamente, con la caja apoyada contra una cadera.

—¡Vicky! —exclamó Duncan al verla. La sonrisa que iluminó su rostro hizo que el corazón de Vicky latiera más deprisa, dejándola momentáneamente muda. Pero la sonrisa se esfumó con tanta rapidez como había surgido—. ¿Sucede algo malo?

Vicky avanzó hacia él, se inclinó y apoyó un dedo contra su pecho.

—Claro que sucede algo malo. Mira esto.

Sin más preámbulos, abrió la caja y la volvió boca abajo.

La expresión de Duncan fue divertida y desconcertante al mismo tiempo. Saltó de la silla para evitar que el vestido ausente cayera al suelo. Pero cuando vio que lo que tenía entre las manos era una toalla, volvió a dejarse caer en su silla, que se fue hacia atrás y golpeó contra el canto de la mesa.

—¿Dónde está el vestido, Vicky?

—Dímelo tú. ¿Imaginas la vergüenza que habría pasado si

hubiera ido con esta caja a ver a Ida para anunciarle mi gran triunfo?

Duncan asintió.

—No habría sido muy agradable, desde luego. ¿Pero dónde está el vestido?

Vicky dejó caer la caja al suelo y apoyó sus puños contra sus caderas.

—Dímelo tú, Duncan.

—¿Crees que te di a propósito esa caja con toallas?

—Si no las metiste tú, ¿cómo llegaron ahí? —preguntó Vicky en tono sarcástico.

Duncan se levantó. A veces le costaba entender las cosas, pero empezaba a comprender el motivo del extraño comportamiento de Vicky. Pensaba que la había engañado. Pero por sorprendente que fuera aquello, no alcanzaba el nivel de la desesperación que se estaba acumulando en su interior. Vicky pensaba que era un tramposo, que había jugado con su confianza. A pesar de que él le había abierto su corazón, de que se habían abrazado y besado, de que habían hecho el amor, ella aún creía que él era capaz de tal traición.

—No sé —contestó. Buscó en su memoria en voz alta—. Después de la recepción fui al vestidor. Mamá entró en la habitación de la novia y salió con la caja. ¿Crees que…?

—¡No se te ocurra culpar a tu hermana! —exclamó Vicky, indignada.

—No estaba culpando… —Duncan estaba a punto de decir que, tal vez, Meg había olvidado guardar en la caja el vestido—. Oh, esto no va a funcionar. Si no te fías de mí, si me consideras capaz de hacer algo tan sucio es que… —señaló con un dedo a Vicky—… ¡es que no sabes nada sobre… sobre la integridad!

—Integridad? —repitió Vicky, incrédula—. ¿Y tú me hablas de integridad? ¿Después de lo que has hecho? ¡Pues ya puedes ir olvidándote de nuestro pequeño trato! En cuanto recupere el vestido pienso escribir un informe completo sobre lo sucedido.

Vicky apenas podía contener su furia, y sin embargo, aún sentía una oleada de dolor recorriendo su cuerpo. El era quien se había quedado el vestido. El era quien había propuesto que ella se llevara los laureles por haberlo recuperado. ¿Y tenía el valor de hablarle de

integridad? Pero no estaba dispuesta a ser la víctima de nadie. Y no pensaba permitir que Duncan viera cuánto daño le había hecho.

Aunque en esos momentos ni la estaba mirando.

Le había dado la espalda y se estaba inclinando para tomar algo de su escritorio..

—Ahh —dijo Vicky al ver de qué se trataba—. Los papeles de la reclamación misteriosamente desaparecidos.

—Los tengo desde que me los trajiste el viernes —replicó él—. Pero eso ya lo sabías.

Tras revisar los papeles, Duncan tomó un bolígrafo. Aquello desconcertó a Vickv ¿Iba a firmar la reclamación? ¿Por qué? Eso supondría una evidencia aplastante de que había tratado de defraudar al seguro, lo que haría peligrar su reputación y su carrera.

—Aquí tienes tu preciada reclamación firmada. Puedes contar lo que quieras en el informe. Me da lo mismo, aunque estoy seguro de que harás feliz a Shields —alargando los papeles hacia Vicky, añadió—: Ahora, toma esto y vete de aquí.

La mente de Vicky se había convertido en un remolino mientras trataba de encajar las piezas de aquel rompecabezas. Nada de aquello tenía sentido. Si Duncan se había quedado el vestido, ¿por qué había firmado los papeles? ¿Y por qué el nombre que había mencionado le hacía recordar algo? Además, no entendía qué podía ganar Duncan quedándose con el vestido

«Piensa, Vicky», se dijo. «Piensa». ¿Quién más podía beneficiarse de que desapareciera el vestido? ¿Quién más sabía que lo tenían los Mulcahey

—Vete, Vicky —dijo Duncan con aspereza, pero la mente de Vicky iba tan deprisa que apenas se dio cuenta—. Vete.

Entonces comprendió.

—¿Quién es ese hombre que acaba de salir de tu despacho?

—Eso da lo mismo. ¿Te importaría irte de una vez con tus papeles?

—En serio, Duncan, ¿quién es?

—Alistair Shields —contestó él con brusquedad.

—¿Alistair Shields, tu archienemigo?

—No estoy de humor para bromas, Vicky.

Duncan fue hasta la puerta y la abrió, pero Vicky apenas se fijó.

¿Duncan había invitado a Alistair Shields a la boda de su hermana? ¡Imposible! Lo que significaba que Shields había ido allí con otro propósito. Con aquella última pieza, el rompecabezas quedó completado. Ya sabía lo que debía hacer.

Duncan notó la expresión testaruda de Vicky y se dispuso a llevarla a rastras hasta la puerta. Pero entonces vio que ella tomaba los papeles de la reclamación con ambas manos y se disponía a romperlos.

—¡No! —exclamó y le sujetó las manos justo antes de que lo hiciera—. ¿Qué diablos haces?

—Asegurarme de que no defraudes al seguro.

—Estás loca, Vicky, ¿lo sabías? —Duncan le quitó los documentos de la mano con tal rapidez que ella no tuvo tiempo de reaccionar—. Seguirán aquí cuando recuperes el sentido común.

—No me van a hacer falta —replicó Vicky con firmeza—, porque ahora sé que tú no has tenido nada que ver con la desaparición del vestido.

—Entonces, ¿quién se lo ha llevado? Dímelo y me ocuparé de ello.

—No —Vicky lo miró con gesto rebelde—. No. Esto es algo que tengo que hacer personalmente.

A continuación, tomó la caja del vestido y salió del despacho a toda velocidad.

Duncan tuvo que parpadear varias veces antes de que la tormenta que había en su cabeza se calmara lo suficiente como para dejarle pensar. ¿Qué estaba pasando por la claramente confusa mente de Vicky?

Después de haberle visto subir a su tejado y haber sido testigo de cómo conseguía que otro se desplomara sobre sus cabezas, sabía que era capaz de casi cualquier desastre.

Y le produjo un intenso miedo la idea de que no sobreviviera al siguiente. ¿A dónde había ido?

Repasó la conversación que habían tenido, buscando una respuesta. Cuando por fin la obtuvo, soltó una maldición, furioso consigo mismo por haber tardado tanto en comprender.

«Qué detalle por parte de Alistar¡ Shields», pensó Vicky mientras abría la puerta lateral que daba al patio de este. Antes de seguir adelante echó un vistazo a su alrededor. Los pájaros cantaban en los

árboles y el murmullo del tráfico llegaba de la calle principal, que se hallaba unos bloques más allá. En las casas de los alrededores no se veía a nadie.

Tampoco ladraba ningún perro, lo que era buena señal. Entraría en la casa, tomaría lo que había ido a buscar y saldría de allí a toda prisa.

Tras dejar a Duncan había ido hasta su coche a por la lista de empleados del museo que aún guardaba en su cartera. Resultó que la casa de Alistair Shields se hallaba bastante cerca del museo.

Aún le costaba creer que no hubiera hecho la conexión de inmediato. Después de todo, se había topado con Shields en el pasillo solo unos momentos después de haber oído una discusión procedente del despacho de Duncan. Pero en ese momento estaba demasiado centrada en poner en su sitio a Duncan, sin ni siquiera plantearse concederle el beneficio de la duda.

Ahora tenía en sus manos la oportunidad de compensarlo por ello.

Mientras entraba en el patio de Shields, esperando encontrar una ventana entreabierta, apenas se dio cuenta de que solo unos días atrás ni siquiera se le habría ocurrido concebir un plan como aquel.

Encantada, comprobó que la primera ventana a la que se había acercado, que daba a un dormitorio, estaba ligeramente abierta. Además, no había plantas ni arbustos delante que pudieran impedir su entrada o su huida. Su plan consistía en entrar, tomar el vestido y salir. Estaba totalmente segura de que el vestido se encontraba dentro… o «casi» totalmente segura.

Tenía que estar allí. Shields no podía ser tan tonto como para tenerlo en su despacho del museo. Estaba allí, y había llegado el momento de entrar a por él.

Alzó la ventana, metió una pierna, se sujetó al borde y subió la otra. Cuando sus pies tocaron el suelo, se inclinó hacia atrás y deslizó el resto del cuerpo por el hueco de la ventana. Acababa de meter la cabeza cuando oyó un ruido.

Su corazón se puso a latir como loco.

—Hola, Vicky. Qué agradable sorpresa.

—¡Duncan! ¡Me has asustado! —exclamó ella en un susurro, aunque sabía que la casa estaba vacía—. ¿Qué haces aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo.

Duncan tenía las manos tan llenas de encaje que casi parecía que llevaba puesto el vestido. Por un segundo, Vicky se preguntó si estaría aliado con Alistair.

—Tú… tienes el vestido.

—Sí. Lo tengo.

—Eso es lo que he dicho. Lo tienes.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Llevarlo al museo y confesarlo todo.

—¿Qué? ¿Después de todo lo que he hecho? ¡No puedes hacerlo! —Vicky avanzó decididamente y aferró el vestido con ambas manos —. Dámelo.

—Por qué? ¿Qué quieres hacer con él?

—Llevarlo a Global Fidelity, como planeamos originalmente.

—No, Vicky. Esto ha ido demasiado lejos. No dejaré que arriesgues tu trabajo por mí.

Vicky tiró del vestido.

—¡Claro que sí!

—¡Ni hablar! —replicó Duncan, tirando a su vez.

—¡Es la única forma de arreglar este caos!

—Olvídalo, Vicky. No voy a dejar que te lo lleves.

Vicky dio un paso atrás sin soltar el vestido. Duncan dio otro en dirección opuesta.

—Esto es problema de mi familia —dijo, acalorado—. No pienso permitir que te metas en este lío. ¡Dame el vestido!

—¡No!

Vicky dio un tirón furiosa, decidida a arrancárselo de las manos. Duncan resistió. Sus ojos se encontraron en una batalla de voluntades mientras el tenso encaje se extendía entre ellos. De pronto, ambos se quedaron paralizados al unísono.

—Oh, Dios —gimió Vicky, sin atreverse a mirar el vestido—. ¿Lo… lo hemos roto?

El aliento que expelió Duncan fue claramente audible.

—No. No lo hemos roto.

Vicky vio que se había puesto totalmente pálido, y supo que a ella le había pasado lo mismo. Pensar en el horror de lo que habían estado a punto de hacer le produjo un intenso escalofrío.

Aún tratando de recuperarse, oyó un sonido incongruente en aquella situación. Luego otro. Y otro. Procedían de Duncan.

—Estás riéndote —dijo, atónita—. Siempre te ríes en los momentos menos adecuados. Esto no tiene gracia.

Sin poder contenerse más, Duncan rompió a reír abiertamente. Fue tambaleándose hacia la cama, donde dejó el vestido y luego se sentó, sosteniéndose los costados con ambas manos mientras se balanceaba atrás y adelante en medio de sonoras carcajadas.

—Oh, Vicky. Todo… todo este asunto del vestido de boda ha sido tal… tal lío. Romperlo habría sido… el colmo.

Vicky se abalanzó sobre él y le hizo tumbarse de espaldas en la cama. Enfadada, le golpeó el pecho con los puños.

—¡Deja de reírte, Duncan! —exclamó—. Esto no tiene gracia.

Duncan le sujetó los puños con las manos. Era evidente que lo intentaba, pero le estaba costando. Impotente, Vicky apoyó la cabeza en su pecho.

—No tiene gracia —repitió—. Hemos entrado ilegalmente en la casa de Alistair. Tú estás a punto de cometer un suicidio profesional, y puede que yo ya lo haya cometido. ¿Qué vamos a hacer?

Finalmente, la risa de Duncan remitió.

—No lo sé —dijo—. Pero lo cierto es que no cambiaría nada de lo sucedido —trasladó ambas manos de Vicky a una de las suyas y apoyó la otra tras la cabeza de ella—. Porque si las cosas hubieran sido distintas, no te habría conocido.

Al ver el brillo de sus ojos, Vicky supo cuáles eran sus intenciones incluso antes de que la besara.

Entonces el tiempo se detuvo y ella se sumergió en el abrazo del hombre al que amaba. Era asombroso el modo en que sus bocas y sus cuerpos encajaban, como si fueran dos mitades de un todo, asombroso cómo sus lenguas se acariciaban y se detenían, como si cada uno de ellos supiera lo que el otro iba a hacer incluso antes de que lo hiciera. Aquel hombre estaba dentro de su corazón, dentro de su alma.

Duncan interrumpió el beso.

—Tienes razón, Vicky —dijo, roncamente—. Tenemos que salir de aquí.

Reacia, Vicky se apartó de él y se puso en pie.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Llevo el vestido a mi oficina, como habíamos planeado?

Duncan se levantó de la cama y la tomó de los brazos.

—Es demasiado arriesgado. Además, si no aclaro todo este asunto, penderá siempre sobre mi cabeza como una guillotina.

—Pero no es justo —Vicky miró el vestido con añoranza—. Meg tenía todo el derecho del mundo a casarse con él.

«Y yo también», pensó, pero no tuvo oportunidad de decirlo, porque, aunque hubiera querido hacerlo, cuando alzó la mirada hacia Duncan vio que Alistair Shields estaba justo tras él.

—No os mováis, tortolitos. Tengo una pistola apuntando a la espalda de Duncan.

Capítulo Trece

Duncan se quedó helado. Sujetó con más fuerza los brazos de Vicky. Sucediera lo que sucediese, debía asegurarse de que no resultara herida. Pero ella apenas notó su reacción mientras miraba a su captor con gesto incrédulo.

—Una pistola? —se mofó—. No seas absurdo. No tienes ninguna pistola.

Duncan pensó que lo que tenía apoyado contra la espalda podía ser una pistola. Shields había dicho que lo era. Seguro que lo era.

—Podría tener una pistola, Vicky —dijo.

Alistair presionó con más fuerza el objeto en cuestión contra su espalda.

—La tengo, y estoy dispuesto a usarla si no haces lo que te diga. Y ahora mismo, lo que te digo es que llames a la policía.

Vicky lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Sabes quién soy? —preguntó con altivez—. Soy Vicky Deidrich. Trabajo para la compañía de seguros Global Fidelity. Y si crees que no voy informar de esto, estás muy equivocado.

Duncan carraspeó.

Alistair rio, satisfecho.

—Perfecto. He vuelto al despacho de Duncan y he encontrado la reclamación firmada, lo que me ha traído aquí a por el vestido para poder entregarlo. Ymira lo que he encontrado. La perito de la compañía de seguros y el ladrón conspirando para defraudar al seguro. Yo mismo no podría haberlo planeado mejor —presionó de nuevo la espalda de Duncan y agitó con su mano libre una carpeta —. Aquí están los papeles. Y ahora, si no quieres que dispare a tu novio, haz esa llamada.

—No tienes derecho a quedarte esos papeles —protestó Vicky—.

Son propiedad de Global Fidelity. Dámelos ahora mismo.

—¿Estás loca, o qué?

—Yo le he hecho la misma pregunta —murmuró Duncan—. Haz lo que te dice Alistair, Vicky, por favor.

—No pienso hacerlo. Todo este asunto es ridículo. No creo que tenga una pistola. ¡Es un arqueólogo, por Dios santo! ¿Qué iba a hacer un arqueólogo con una pistola?

Duncan sintió que el temor lo atenazaba. Ya había visto a Vicky en acción en varias ocasiones, y se temía lo peor.

—Vicky… cariño…

Mientras decía aquello, Vicky se liberó de sus manos con un movimiento de artes marciales, lo rodeó rápidamente y se lanzó sobre Alistair.

—¡Nooo! —exclamó Duncan a la vez que giraba sobre sus talones, dispuesto a recibir el disparo, a proteger a Vicky aún a costa de su vida.

Un grito de horror surgió de la garganta de Alistair a la vez que una risa ahogada lo hacía de la de Vicky. Incluso mientras lanzaba su puño contra la nariz de Alistair, Duncan supo que sucedía algo extraño.

—Es solo… —Vicky volvió a reír—. ¡Es solo un plátano!

—¿Un plátano? —el impacto del puño de Duncan en el rostro de su captar puntuó su pregunta.

Alistair se tambaleó, su espalda dio contra la pared y acabó sentado en el suelo, apuntando con el plátano como si realmente pudiera hacer algún daño con él. Justo cuando Duncan empezaba a captar el humor de la situación, Vicky dejó de reír.

Avanzó hacia Alistair.

—¡Entrégame los papeles! —ordenó, y le arrancó la carpeta de las manos de un tirón. Luego se volvió hacia Duncan—. Creo que ha llegado la hora de llamar a la policía.

—Nada de policías —gimió Alistair—. Maldita sea, Mulcahey. ¡Creo que me has roto la nariz!

—Hace tiempo que debí hacerlo —espetó Duncan—. Adelante, Vicky. Haz la llamada.

—¡Espera! —gritó Shields—. Piensa en ello. Es solo vuestra palabra contra la mía. He hecho copias de esos papeles. Aunque los destruyáis, aún podré probar que tú y tu queridita habíais

conspirado para defraudar al seguro.

—¿Tu queridita? —repitió Vicky—. Creo que este tipo no me gusta, Duncan.

—A mí tampoco. Pero tiene cierta razón.

—Entonces, ¿qué hacemos con este cretino?

Shields miró a Vicky con gesto ofendido.

—No hace falta insultar.

—Oh, podría decirte cosas mucho peores, te lo aseguro. ¿Qué te parece, Duncan? Se ha cometido un delito. De eso no hay duda.

—Sigue siendo mi palabra contra la vuestra —repitió Shields.

—¿Sabes qué? —dijo Vicky, mirándolo burlonamente—. No creo que hayas hecho ninguna copia de la reclamación. Después de todo, también has dicho que tenías una pistola y no era cierto. ¿Tú crees que ha hecho las copias?

Solo entonces se dio cuenta de que Duncan aún no había respondido a sus últimas preguntas. Se volvió hacia él y vio que estaba mirando con aire taciturno el vestido.

—Je encuentras bien, Duncan?

—¿Qué? Oh, sí, estoy bien —contestó él, pero parecía un tanto aturdido, y tenía la boca entreabierta, como si estuviera a punto de decir algo. Vicky esperó a que lo hiciera.

—Shields tiene razón —dijo Duncan finalmente—. Es su palabra contra la nuestra. Además, todas estas mentiras no van a dejar de perseguirme. Algún día tendré que pagar por ellas.

—¿Vas a confesar? —preguntó Alistair, alarmado—. No seas idiota, Mulcahey. Nuestros nombres quedarán manchados, y sin ningún motivo real.

—Sigo pensando que no ha hecho las copias —dijo Vicky. Entregó los papeles a Duncan y luego miró el plátano que aún sostenía en la mano. De pronto recordó que esa mañana había salido de casa sin desayunar—. Creo que voy a echar un vistazo por ahí.

Peló el plátano, le dio un bocado y salió del dormitorio en busca del despacho de Shields.

—Te has enrollado con una loca —oyó que decía Shields.

Esperó en el pasillo a que Duncan respondiera, pero este habló tan bajo que no entendió lo que decía. Desde donde estaba vio una puertaa abierta y, dentro de la habitación a la que daba, la esquina

de un escritorio. El despacho de Alistair. Dio otro bocado al plátano y entró para ver qué encontraba.

El despacho estaba inmaculadamente ordenado. Encima del escritorio había varios montones de papeles perfectamente colocados y una cartera. Decidió buscar primero en esta, ya que era el lugar más obvio en el que podían encontrarse las copias de la reclamación.

—No creo que vayas a ir con este lío a la junta del museo, Mulcahey —oyó que Alistair decía desde el dormitorio—. Tú no Vires tan tonto. Además, ¿por qué ibas a hacerlo? Ño lo entiendo.

—Puede que yo me hunda, pero te arrastraré conmigo —contestó Duncan, lo suficientemente fuerte como para que Vicky lo oyera—. No respetas nuestra profesión, y no quiero que destroces todo lo que Horace logró construir con tanto esfuerzo.

—No lo entiendes, ¿verdad? Las antigüedades significan prestigio. Lo que mueven es dinero. Dinero con D mayúscula. Ya no tiene importancia preservar el pasado. La empresa Calwood lo entiende así, y ese es el motivo por el que yo encajo perfectamente en su organización.

—No hace falta que me cuentes cómo actúas. Te conozco y sé que tardarás muy poco en vender las mejores piezas del museo— al mejor postor.

—Sí, pero para entonces ya tendré en perspectiva un trabajo mejor.

Vicky dejó de escuchar para concentrarse en su búsqueda. No podía permitir que aquel imbécil vestido de arqueólogo destrozara la reputación de Duncan.

Buscó meticulosamente en la cartera y no encontró nada.

—¡Maldita sea! `Qué es lo que quieres? —el grito de Shields volvió a interrumpirla, y esperó un momento para escuchar la respuesta de Duncan.

—Si retiras tu candidatura al puesto de director, olvidaré lo que he visto aquí.

—¿Sin necesidad de confesiones? ¿Sin acusaciones?

—Sin confesiones ni acusaciones.

—¿Para que tu amigo Fulsom pueda ocupar el puesto?

—Se llama Fuller —corrigió Duncan con aspereza—. Y está cien veces más cualificado que tú para ocupar ese puesto.

—Ni en sueños, Mulcahey —replicó Shields en tono despectivo.

Vicky volvió a desconectar, pero la respuesta de Duncan a la pregunta de Shields le dio esperanzas de que estuviera dispuesto a renunciar a su necesidad de contarlo todo. No le parecía que esa medida fuera la más recomendable.

Si podía asegurarse de que Shields no tenía copias de la reclamación firmada, ayudaría a Duncan a tomar la decisión correcta. Impaciente, comenzó a abrir los cajones del escritorio.

Nada.

Miró a su alrededor para comprobar cuántos archivadores había en el despacho.

Su corazón se encogió. Había tres, y cada uno tenía cuatro cajones. Podía pasarse buscando todo el día, y aunque no encontrara las copias, no podría estar segura de que Shields no las había guardado en su despacho del museo.

—¡Vicky! —llamó Duncan—. ¿Vas a pasarte ahí todo el día?

—Quiero mirar en un sitio más.

—No tardes mucho. Estoy a punto de matar a este tipo.

Por el tono de voz de Duncan, Vicky no lo dudó. Pero, al menos, podía echar un último vistazo.

Tras revisar rápidamente y sin éxito uno de los archivadores, se fijó en un tablero de corcho que había junto a la puerta de entrada. En contraste con el resto del despacho, que estaba tan meticulosamente organizado que llegaba a resultar impersonal, el tablero estaba desordenadamente cubierto de tarjetas, folletos, papeles con notas, cartas abiertas.

Picada por la curiosidad, Vicky se acercó a echar un vistazo. Gran parte de los papeles eran recibos pagados o por pagar y, a pesar del aparente desorden, todo estaba ordenado por fechas.

Duncan volvió a llamarla con evidentes prisas. Vicky estaba a punto de salir cuando algo llamó su atención. Algo que le pareció fuera de lugar. Se inclinó para verlo mejor.

El papel era amarillo, pero no fue eso lo que llamó su atención, sino el tipo de letra. No era de una impresora moderna, si no de una antigua máquina de escribir. Alzó otro papel que lo cubría en parte y vio el logotipo del museo Whitfield impreso en lo alto de la hoja. La firma en la parte inferior se leía claramente.

Horace R. Whitfield.

Encima de la firma estaba el texto que daba derecho a Duncan y a su familia a utilizar el antiguo vestido de boda:

…y a cambio, el museo Whitfield, sus predecesores y sucesores, conceden en perpetuidad al clan Mulcahey permiso para utilizar el vestido en todos los matrimonios de su familia directa.

Los ojos de Vicky se llenaron de lágrimas a causa del alivio. Hasta ese momento no había querido reconocer en sí misma la parte que dudaba de Duncan, incluso de su madre. Pero allí estaba la prueba de que le habían dicho la verdad. Quitó cuidadosamente la chincheta del papel y fue rápidamente con este al dormitorio.

—Duncan —dijo con suavidad cuando entró.

—¿Dónde están tus escrúpulos? —estaba preguntando Duncan a Alistair.

—El éxito no se basa en los escrúpulos —replicó Shields.

—La vida se basa en los es…

—¡Duncan!

Duncan volvió la cabeza hacia Vicky.

—¿Qué?

—He encontrado la carta —dijo ella, moviendo el papel en el aire.

—¿La carta?

—¿La carta? —repitió Alistair.

—Del señor Whitfield.

Alistair gimió, pero Duncan se limitó a mirar a Vicky con gesto incrédulo.

—¿Has… has encontrado la carta?

—Estaba en el tablero de notas de Alistair.

Duncan tomó la carta de manos de Vicky, la miró unos segundos y luego se volvió hacia Shields.

—¿De dónde has sacado esto?

—Te voy a dar una pista —replicó Alistair en tono irónico—. Nunca archives nada como «personal». Si lo haces, estás vendido.

—¿Cómo sabías que existía esta carta?

—Oh, eso. Hace unos años me encontraba en una conferencia y coincidí en la cena con el viejo Whitfield. Habló del maravilloso vestido Mulcahey y de que lo único que había tenido que hacer para que el museo pudiera exponerlo había sido escribir una carta dando permiso a la familia para que lo utilizara en sus bodas —tras guiñar

un ojo a Duncan con expresión ladina, Alistair añadió—: Incluso insinuó que tenía una aventura con tu abuela.

—¡Estaba loco por ella! —exclamó Vicky, pero se mordió la lengua al ver la severa mirada que le lanzó Duncan—. No me creo que recuerdes con tanto detalle esa conversación —dijo Duncan.

—Uno nunca sabe cuándo podrá utilizar esa clase de información. Imagina la agradable sorpresa que me llevé cuando tu encantadora madre llamó pidiendo permiso para utilizar el vestido —Shields rio—. Es sorprendente hasta qué punto puede irritarse alguien cuando insultas su patrimonio familiar.

—¡Eras tú! —exclamó Vicky, acaloradamente.

Duncan se limitó a apartarse con gesto asqueado.

—Ahora puedo probar que los Mulcahey no son unos ladrones.

—¿Sigues pensando en informar de lo que has hecho? —preguntó Vicky, desconcertada.

Duncan se pasó una mano por el pelo.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Creías que había cambiado de opinión?

—Te he oído hablar desde el despacho. Le has ofrecido un trato a Alistair.

—Nada de tratos —dijo Alistair.

—Nada de tratos —repitió Duncan, sin dejar de mirar a Vicky—. De manera que volvemos al plan A.

—¿Por qué estás siendo tan terco? —preguntó ella.

—¿Terco yo? —Duncan entrecerró los ojos—. Tú sí que eres terca. ¿Y si Shields hubiera tenido una pistola de verdad?

—¡No la tenía!

—Pero podría haberla tenido, y tú podrías haber resultado herida —a Duncan le temblaron las manos como si el incidente acabara de suceder, haciéndole revivir el horror de pensar que podía perder a Vicky—. No vuelvas a hacer algo así nunca. Nunca.

De pronto, Vicky abrió los ojos de par en par.

—¡Cuidado!

Shields saltó de la cama, sorprendiendo a Duncan, y le arrancó la carta de la mano. Luego corrió hacia la puerta y la cerró violentamente al salir.

—¡Atrápalo, Duncan! —exclamó Vicky, a pesar de que fue ella la primera en salir corriendo tras Alistair, obstaculizándole a él el

camino.

Antes de que Duncan pudiera reaccionar, Vicky se lanzó sobre Alistair y lo agarró por las piernas cuando estaba a punto de abrir la puerta principal.

—¡Líbrame de ella! —gritó Alistair mientras caía al suelo con Vicky firmemente sujeta a sus piernas y una sonrisa de triunfo en los labios.

Duncan suspiró.

—Oh, Vicky. ¿Qué voy a hacer contigo?

Se acercó a ellos y extendió su mano. Vicky soltó a Shields y dejó que Duncan la ayudara a ponerse en pie. Aún sonreía abiertamente, y Duncan quiso borrarle la sonrisa del rostro con un beso, pero Shields intentó arrastrarse por el suelo y tuvo que ponerle un pie encima.

—¿Vas a algún sitio?

—De acuerdo, Mulcahey, tú ganas. Retiraré mi candidatura al puesto de director y dejaré que Fulsom se quede con el trabajo. Y ahora, deja que me levante.

—Todavía no —Duncan miró a Vicky con severidad—. Y ahora, señorita Vicky Deidrich, tenemos que aclarar unas cosas. Eres la mujer más temeraria e insensata que he…

—Yo no soy temeraria. Tú sí que lo eres, y me asusta mucho que pueda pasarte algo.

—Ahora ya sabes cómo me siento —dijo Duncan—. En cuanto a correr riesgos, cariño, ni siquiera te llego a la altura de los zapatos. Y si alguna vez vuelves a hacer algo que ponga en peligro tu vida, yo… yo… oh, diablos, Vicky, no sé que haré —concluyó, y la estrechó contra su pecho, donde ella apoyó dulcemente la cabeza.

—¿Crees que corro demasiados riesgos? —susurró.

—Creerlo? Lo sé —Duncan le acarició el pelo—. Estás tan loca, cariño…

—Amén —dijo Shields desde el suelo. Duncan aumentó la presión del pie sobre su espalda.

—Y tienes que parar —continuó—. No puedo permitir que la mujer a la que amo esté en constante peligro. Moriría de estrés en un año.

Vicky alzó la cabeza con brusquedad.

—¿Qué has dicho?

—Que moriría de estrés en un año.

—No, eso no. La parte de la mujer a la que amas.

Los ojos azules de Duncan destellaron por un momento de terror, haciendo temer a Vicky que quisiera retirar sus palabras. En lugar de ello, le acarició la mejilla con infinita suavidad.

—Te amo, Vicky —susurró. Luego se inclinó hacia ella y la beso.

—Qué romántico —murmuró Alistair.

Vicky le dio una ligera patada en las costillas y devolvió el beso a Duncan. ¡Dios santo! La amaba. Pensaba que era temeraria. Quería arriesgar su vida por ella. Por mucho que deseara creerlo, aquello era demasiado. Interrumpió el beso bruscamente.

—¿De verdad me quieres? —Duncan asintió. Ella lo tomó por las solapas de la cazadora, lo besó con fuerza y volvió a apartarse—. Más vale que sea verdad —dijo, fervientemente, tirando de las solapas.

—Te quiero de verdad —aseguró Duncan.

—Te quiere —dijo Shields, impaciente. Vicky le dio otra patada.

—Si no es verdad —dijo, tirando de la cazadora de Duncan con creciente ferocidad—, te mataré. Juro que lo haré.

—Calla un momento —dijo él, y le cubrió la boca con la mano para asegurarse de que lo hiciera—.

¿Te das cuenta de que ni siquiera me has dicho que tú también me amas?

—Claro que te ama —insistió Shields—. Cualquiera puede verlo.

Un apagado quejido de dolor siguió a sus palabras, pero Vicky apenas se fijó. Le había aterrorizado la idea de querer a Duncan, de pensar que su arriesgado trabajo pudiera arrancarlo algún día de su lado, de perder su amor. Pero los acontecimientos del día le habían demostrado que a él le sucedía lo mismo con ella. Sin embargo, él había encontrado el coraje necesario para seguir adelante. Pensaba que ella era temeraria, pero estaba equivocado. Había sido una cobarde toda su vida, pero eso se había acabado. Se había acabado para siempre. Apartó la mano de Duncan de su boca y le cubrió el rostro de besos.

—Te quiero, Duncan, te quiero. Te quiero tanto que me asusta.

Él suspiró, aliviado, y luego cubrió la boca de Vicky con un beso que selló su amor para la eternidad.

—Oh, no —gimió Alistair desde el suelo—. Voy a estar aquí

hasta el día del juicio final.

Epílogo

Día de San Valentín, un año después.

—Tienes que estarte quieta, querida —murmuró Bridget Mulcahey, a pesar de los imperdibles que sostenía entre los dientes.

—Oh, lo siento.

A pesar de la opinión popular de que la gente de épocas anteriores era más pequeña, la mujer que usó por primera vez el antiguo vestido de novia debió ser grande y pechugona, porque Bridget se había visto obligada a utilizar unos imperdibles para ceñirlo al esbelto cuerpo de Vicky, que empezaba a ponerse un poco nerviosa.

Volvió el cuello cuidadosamente para inspeccionar la operación.

—Quieta —repitió Bridget—. Muy quieta.

—Nunca ha podido parar quieta —bromeó la madre de Vicky, que sostenía en la mano el velo del vestido.

—Eso no es cierto —protestó Vicky—. Siempre fui una niña muy buena.

—¡Estate quieta!

Todas rieron, y Vicky sintió que su corazón se henchía una vez más de felicidad. Los Mulcahey se estaban portando maravillosamente con ellas. Después de estar tantos años solas, entrar a formar parte de una familia como aquella era como salir al mundo. Y sospechaba que su madre sentía lo mismo, pues desde el principio se había entendido a la perfección con Bridget.

Meg entró en ese momento en la habitación, con una caja llena de ramilletes de flores.

—Menos mal que las han enviado a tiempo. Temía que fuera a suceder lo mismo que en mi boda, que llegaron cuando ya estábamos en el vestíbulo. ¿Por qué sigues llamando a esa

floristería, mamá?

—Son unos amigos de Irlanda —Bridget hizo una pausa para mirar a su hija—. No dejan de preguntarme por qué tú y Roger no me habéis dado aún ningún nieto.

Meg miró a Vicky con gesto cómplice.

—¿Ves lo que te espera? —luego volvió la mirada hacia las dos madres—. No puedo creer que vayáis a ir a la luna de miel —miró de nuevo a Vicky—. Al menos, mamá no nos hizo eso a Roger y a mí.

Vicky dejó escapar una risita ahogada. Su futura suegra tiró de un lateral del vestido.

—No vamos a ir hasta Grecia —protestó Barbara—. Solo a Nueva York, y desde allí volaremos a Irlanda.

—Supongo que no os quedaréis en Belfast, ¿no? —preguntó Vicky. No había dejado de preocuparse desde que su madre y Bridget habían empezado a hacer planes para ir a Irlanda.

—Desde que decidiste casarte te has vuelto una rezongona —bromeó Barbara.

—¡Eso no es cierto, mamá!

—¡Estate quieta! —exclamó Bridget y, una vez más, todas rompieron a reír.

Cuando las risas remitieron y Meg salió con los ramos, Bridget palmeó la cintura de Vicky e inspeccionó por útima vez su trabajo.

—Ya está —dijo, irguiéndose—. Ahora, date la vuelta.

Vicky obedeció, y disfrutó al ver la expresión de aprobación que iluminó los ojos de Bridget, tan parecidos a los de Duncan.

—Eres una novia preciosa.

—Es cierto —dijo Barbara, orgullosa—. Este es el día más feliz de mi vida.

—Yde la mía —dijo Vicky.

—Y de la mía —dijo Bridget—. Bueno, exceptuando los de las bodas de Michael y Meg. Pero me siento igual de feliz.

Todas compartieron nuevas risas y luego Bridget se apartó.

—Y ahora, ponle el tocado a tu hija, Barbara. El novio está esperando.

Los ojos de la madre de Vicky brillaron a causa de las lágrimas y la emoción mientras colocaba el tocado de perlas y lentejuelas sobre la cabeza de su hija. A continuación arregló las capas y capas de

velo rosado en torno a sus hombros.

—Mírate —dijo, haciendo que Vicky girara hacia el espejo de cuerpo entero.

Vicky dejó escapar un suave suspiro. Una novia de cuento de hadas le devolvía la mirada desde el espejo.

—Oh, mamá —susurró—. Oh, Bridget.

Ambas mujeres estaban radiantes, pero ninguna de las dos dijo nada, y Vicky sabía por qué. Cuando saliera por aquella puerta, nada seguiría siendo igual. Su madre se quedaría sola por primera vez en su vida, y Duncan dejaría la casita desde la que había cuidado siempre a su familia.

Pero las dos mujeres que estaban perdiendo a sus hijos también estaban ganando una rápida amistad, y aquel matrimonio iba a hacer que Vicky y su madre entraran a formar parte de aquella encantadora familia de ladrones.

Vicky sabía que el día que había ido al museo Whit%eld decidida a dejar resuelto el caso del vestido que llevaba puesto en aquellos momentos había recibido una bendición del cielo.

Mientras, en el vestíbulo, Duncan caminaba de un lado a otro, impaciente, esperando a que la coordinadora de la boda fuera a comunicarle que podía pasar a la sacristía, donde tendría que seguir esperando hasta que llegara el momento de acudir al altar.

—¿Cómo soportaste esta parte? —preguntó a su hermano Michael, que estaba apoyado contra la pared, sonriendo—. ¿Tienes los anillos?

—Sí. Siguen donde estaban la primera vez que lo has preguntado. Relájate, hermanito, o vas a empapar de sudor ese elegante esmoquin.

—¿Y si cambia de opinión?

La sonrisa de Michael se ensanchó.

—Si alguna vez he visto una mujer enamorada, esa es Vicky. Confía en mí. Además, todos los novios se sienten así el día de su boda. A mí me pasó.

—¿A ti? ¡No! Sophie te adora. Está más claro que el agua.

—Esta igualmente claro en el caso de Vicky —Michael volvió la cabeza hacia la puerta—. ¿No es ese tu jefe?

—¿Dónde está?

—Ahí.

—Oh, sí —Duncan saludó con la mano y Bob Fuller se acercó a él.

—Debiste sentir un gran alivio cuando Shields retiró repentinamente su candidatura al puesto de director, ¿no? —dijo Michael—. ¿Has averiguado ya por qué lo hizo?

—Es una larga historia. Te la contaré más tarde, mientras nos tomamos una cervezas.

Duncan ya le había contado a Bob todo lo sucedido, y este había aclarado las cosas con la junta de Calwood. Tanto Duncan como Vicky se sintieron mucho mejor después de aquello. Ida, la jefa de Vicky, se sintió tan satisfecha con cómo había manejado el caso que había presentado una recomendación para que la ascendieran. Por supuesto, Vicky no le había contado todo a su jefa, pero se había acercado mucho a la verdad.

Duncan extendió la mano para estrechar la de Bob. Estaban intercambiando unas bromas cuando apareció la coordinadora y le comunicó que ya podía pasar a la sacristía.

—Eres muy afortunado —dijo Bob, y se fue rápidamente para ocupar su asiento.

Los siguientes momentos transcurrieron borrosamente. Duncan fue conducido a la sacristía, donde la coordinadora le dio unas últimas instrucciones que él apenas oyó. Y de pronto se encontró en el altar, de cara al púlpito. La música empezó a sonar y todos se levantaron. Duncan se volvió lentamente, con el corazón en la garganta, seguro de que la madre de Vicky aparecería en cualquier momento para decirle que todo había sido un error…

¡Dios santo! ¡Qué preciosa era!

El velo rodeaba la cabeza de Vicky como si fuera una nube besada por el sol, y caía sobre sus cremosos hombros y el delicado encaje del vestido. Sin embargo, la ropa en sí se desvanecía y solo parecía tener un propósito: resaltar el radiante rostro de Vicky. Michael tenía razón. Lo amaba, y avanzaba hacia él con la serenidad del convencimiento.

Se miraron a los ojos. La tensión abandonó al instante a Duncan. Sonrió.

La sonrisa de Duncan hizo que se esfumaran los restos de la tensión de Vicky. Antes de entrar en la iglesia, su corazón latía de temor ante la posibilidad de que Duncan se arrepintiera de su

decisión. Pero en aquellos momentos, mirando su expectante y sonriente rostro, supo que no iba a ser así.

Estaba increíblemente atractivo con aquel elegante esmoquin color gris perla, y lo llevaba con una naturalidad que daba la impresión de que siempre había vestido así. La sonrisa de Vicky se ensanchó al pensar aquello. No, Duncan volvería a ponerse muy pronto sus vaqueros, su cazadora, sus botas y su sombrero, y recorrería peligrosas regiones en busca de antiguas civilizaciones. Pero estaba segura de que no viajaría tanto como antes. Y ella lo acompañaría a veces, aunque su trabajo de investigadora en Global Fidelity la tenía bastante ocupada.

De pronto, se encontró a los pies de la escalinata del altar.

—¿Quién entrega esta mujer en matrimonio a este hombre? —preguntó el sacerdote.

—Yo —contestó la madre de Vicky, con la voz cargada de emoción.

Vicky miró a su madre amorosamente, subió los peldaños y ocupó su lugar junto a Duncan.

Él solo tenía ojos para ella.

Ella solo tenía ojos para él.

Unieron sus manos sin dejar de mirarse, y Vicky comprendió de pronto que si no hubiera sido por el lío del vestido de boda, ni siquiera estarían ante aquel altar.

Mientras el cura recitaba la misa, Duncan inclinó la cabeza hacia ella y susurró:

—¿Sabes por qué estamos aquí?

Vicky negó levemente con la cabeza.

—Por el lío del vestido de boda.

Sorprendida al oír las mismas palabras que ella acababa de pensar, Vicky sintió que una incontrolable sonrisa distendía su rostro. Una risa burbujeó en su garganta. Otra siguió a esta. Entonces, allí mismo, frente al cura, a varios cientos de invitados y ante Dios, perdió por completo el control.

Más tarde, después de recitar los votos, del beso final y de los saludos, la risa escandalosamente deliciosa de la nueva señora Mulcahey fue la comidilla de todos los invitados a la recepción.